

VAN

LIEN

TES

SIETE HISTORIAS DE SUPERACIÓN EDUCATIVA

VALIENTES

SIETE HISTORIAS DE SUPERACIÓN EDUCATIVA

VALIENTES. SIETE HISTORIAS DE SUPERACIÓN EDUCATIVA

© Fundación Súmate. Hogar de Cristo

© Dirección de Comunicaciones del Hogar de Cristo

Octubre de 2016

ISBN 978-956-7446-07-0

Investigación y textos: Francisca Retamales

Edición: Jazmín Lolas

Diseño: Camila Ortega

Supervisión de textos y edición: Marcelo Marchant, Paula Bravo

Fotografías alumnos: Francisca Retamales

Dirección editorial: Rosario Garrido

Edición limitada. Prohibida su venta.

Impreso en Chile por Lom Impresores



solidaridad en acción

VALIENTES

SIETE HISTORIAS DE SUPERACIÓN EDUCATIVA

ÍNDICE

PRÓLOGOS

Pág. 9

2

SIETE HISTORIAS

Pág. 13

1



NINOSKA

Pág. 35



CRISTOPHER

Pág. 15

3



CRISTÓBAL

Pág. 55

4



THIARE

Pág. 69

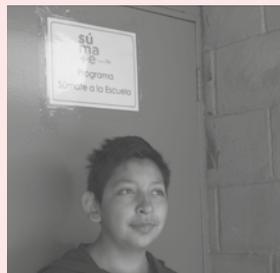
5



AARON

Pág. 85

6



NICOLÁS

Pág. 105

7



JENNIFER

Pág. 113

LAS HISTORIAS DE VIDA EN SÚMATE

La Fundación Súmate ha trabajado desde hace 23 años con la convicción de que todos los niños, niñas y jóvenes tienen derecho a recibir una educación que les permita decidir su futuro. En esta larga trayectoria, que hoy en día involucra a casi 100 mil chilenos que teniendo la edad para estudiar no lo hacen, siempre hemos entendido que nuestra labor implica escuchar a los estudiantes, comprender su realidad y apoyarlos para que continúen educándose. Son tres pasos que hemos aplicado en nuestras distintas áreas de desarrollo, como nuestras escuelas de reinserción educativa y los programas socioeducativos, que tienen como objetivo la prevención de la deserción escolar y la inserción en la formación técnico-profesional.

Siguiendo la línea de tiempo de esta tarea, y recogiendo los valores del padre Hurtado, sabemos también que no podemos concebir un país desarrollado sin considerar que una de las bases de la justicia social la constituye el acceso a educarse. Por ello, nuestra misión rescata conceptos como el “derecho a aprender”, ya que los seres humanos nunca dejamos de aprender y enfrentar los desafíos que la vida nos pone.

A partir de ese enfoque, hemos definido un modo de ser y de hacer en las escuelas de reinserción educativa, donde el trabajo con los estudiantes, que en su mayoría abandonaron la educación por más de dos años, ha consistido en plantearles nuevas formas de aprender, recogiendo su desafortunada experiencia con el sistema educativo que los expulsó e involucrando a sus familias y apoderados para integrar una comunidad que trabaje de forma conjunta. De esta manera queremos lograr que el menor no sólo aprenda sino que también se interese por los conocimientos que le son entregados.

Por otro lado, en los programas socioeducativos hemos logrado apoyar a escuelas con alumnos en situación de vulnerabilidad y riesgo de abandonar sus estudios, y ser un soporte en el desarrollo formativo de niñas y niños, incorporando a sus compañeros y apoderados e integrando nuevas metodologías de enseñanza que, junto con motivar a los estudiantes, ayudan al desempeño del establecimiento y sus profesores.

Otro de los programas socioeducativos es el de inserción en la educación técnica superior, iniciativa que pretende ofrecer opciones a jóvenes en situación de vulnerabilidad que buscan una oportunidad en la formación técnico-profesional, y en el que, además de ayudarlos para que puedan ingresar a carreras de rápida integración al mercado laboral, se les entregan herramientas que les permitan enfrentar las exigencias de esa etapa.

Es por ello que estas siete historias reflejan el trabajo que hemos hecho para generar conocimientos significativos que lleven a nuestros estudiantes a reencantarse con la educación y a desarrollar habilidades para su vida. Sus testimonios dan cuenta del desafío que tenemos como institución del Hogar de Cristo de involucrarnos y estar con quienes han sido excluidos de un sistema educativo que no ha captado la importancia que tiene interpretar la trayectoria educacional de un estudiante y su contexto, más allá de los resultados académicos.

Cada una de estas historias muestra el compromiso y la convicción de quienes las relataron, no sólo porque han comprendido que la educación es la alternativa más concreta para lograr sus metas, sino también porque

han experimentado la confianza y el respeto tanto de las escuelas y colegios de la Fundación Súmate como de los distintos programas socioeducativos. Por esta razón, les agradecemos por mostrar, en cada uno de sus relatos, su valentía y esperanza en la labor que hacemos en Súmate.

Las entrevistas realizadas por la antropóloga Francisca Retamales son el reflejo de sus vivencias, sus sueños e inquietudes, que serán expuestos a continuación con su propio lenguaje. Si bien corresponden a textos de análisis e investigación, los cuales han sido editados, también representan las voces de una problemática cuya salida tiene que ser respaldada por el derecho a aprender de todos los niños de Chile y del mundo entero. En ese contexto debemos trabajar como país, comprometiéndonos con las nuevas generaciones que carecen de oportunidades para salir adelante, invirtiendo en algo tan legítimo como educar a alguien que, pese a todas las complicaciones que tuvo en la vida, es consciente de que aprender es la única herramienta para romper con círculo de la pobreza.

Liliana Cortés Rojas

Directora ejecutiva

Fundación Súmate del Hogar de Cristo.

LA OPORTUNIDAD DE UNA VIDA DISTINTA Y MEJOR

Las historias de vida de Thiare, Nicolás y Aaron, que se presentan en este libro, son el reflejo de miles de experiencias de niñas, niños y jóvenes que enfrentan enormes desafíos para conducir sus trayectorias educativas y construir un futuro mejor.

Dificultades económicas y familiares llevan a que muchos niños, niñas y jóvenes recorran en soledad su tránsito por la infancia y la adolescencia. Las familias, cuando están presentes, hacen todos los esfuerzos a su alcance para brindar apoyo a los hijos e hijas, pero sus posibilidades se ven limitadas por las exigencias laborales, la fragilidad de la economía del hogar y los antecedentes educativos de los propios apoderados que, en muchos casos, no han alcanzado a finalizar la educación básica.

En otras ocasiones, los lazos familiares se ven rotos por circunstancias de la vida misma. La separación de los padres, la migración y las condenas de cárcel son pesados lastres para el desarrollo emocional y social de los niños, niñas y jóvenes, quienes sienten que deben tomar las riendas de su propio destino desde temprana edad. La falta de estructura y de relaciones de confianza y cariño mina la autoestima y la capacidad de proyección a lo largo de la vida.

A este complejo panorama familiar se suman contextos locales de precariedad, abuso de sustancias y entornos inhóspitos por la violencia y la criminalidad. Al transitar por la vida con poca compañía de grupos familiares directos, los menores acuden a las redes de amistad en los barrios o en la escuela. En ellos encuentran un lugar de pertenencia que, en ocasiones, está marcado por las circunstancias de marginación antes mencionadas. El remanso de aceptación y pertenencia puede resultar en un deterioro de las posibilidades educativas y de desarrollo para los niños, niñas y jóvenes. Las historias de vida que se presentan aquí demuestran que, a pesar de pasar por situaciones grupales complejas, los estudiantes que reciben un apoyo adecuado realizan esa odisea y son capaces de reorientar su destino.

Las escuelas son también lugares donde los menores buscan ser acogidos a través de la confianza, el respeto y el apoyo para construir su destino. A veces, en los establecimientos escolares se encuentran grupos de pares que favorecen el desarrollo de los estudiantes, aunque también en la escuela se expresan las problemáticas sociales del entorno que arrastran a los menores sin guía en un remolino de prácticas y actividades que los alejan de la educación y de la posibilidad de plantearse una trayectoria vital positiva y con perspectivas de mejorar sus condiciones educativas, sociales, emocionales y hasta económicas en el largo plazo.

Como puede verse, las circunstancias personales y familiares, y las características del entorno y de las escuelas pueden llegar a combinarse en un cóctel que obstaculiza las enormes posibilidades que tienen nuestros menores de edad y los sume en una profunda soledad y abandono al momento de tomar decisiones críticas para su vida.

Ante este panorama oscuro, personas como Thiare, Nicolás y Aaron, que representan con sus historias a un alto porcentaje de nuestra población, están en la búsqueda continua de los referentes y los apoyos que los ayuden a

conducir su vida con el fortalecimiento de su autoestima, la creación de lazos de confianza y cariño, la capacidad de resiliencia ante los tropiezos en la educación y la vida, y la orientación necesaria para tomar decisiones que los lleven por una senda de una positiva inserción social y realización personal.

La Fundación Educacional Súmate se ha entregado con ahínco a esta tarea de rescatar enormes talentos personales que están en peligro de perderse por las dificultades que enfrenta su entorno familiar y la incapacidad de nuestros sistemas educativo y social de dar respuesta a las necesidades de apoyo, cariño y orientación.

El esfuerzo de Súmate muestra un genuino compromiso con la vida de cada uno de estos menores, quienes con el apoyo brindado por la fundación logran mejorar sus habilidades educacionales. Y, lo más importante, se van constituyendo en artífices de su propio destino a través de las constantes oportunidades de desarrollo que les muestran que pueden tomar las riendas de su vida y ofrecer a la sociedad y a sus familias sus talentos para construir un mundo mejor.

Las historias de vida que presenta este volumen dan cuenta de lo sinuoso de la trayectoria vital de estos menores y de cómo una ayuda constante, bien estructurada y genuinamente preocupada por los intereses de niños, niñas y jóvenes hace una gran diferencia en las posibilidades educativas y de desarrollo en el corto, mediano y largo plazos. Estas historias de vida ofrecen una lección profunda para que el sistema educativo cambie su foco hacia las necesidades sociales, emocionales y cognitivas de los estudiantes. Es solamente mediante una atención integral que podremos ayudar a todos los menores de edad a enfrentar con mejores herramientas el desafío de conducir su vida.

Ernesto Treviño

Profesor asociado

Facultad de Educación

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago de Chile, julio 12, 2016.

SIETE
HISTORIAS

Nota sobre la edición

Desde hace 23 años, la Fundación Educacional Súmate ha tenido como misión garantizar el derecho a aprender a miles de niños, niñas y jóvenes que viven en condiciones de vulnerabilidad. Con ese propósito, la institución se preocupa de ofrecer una nueva oportunidad a quienes, por diferentes motivos, han quedado fuera del sistema educativo o están en riesgo de ser excluidos del mismo, así como de apoyar la integración a la educación superior de aquellos que han terminado la etapa escolar. A partir de esa tarea surge el proyecto Historias de Vida, que intenta reflejar y evaluar los alcances y resultados de las iniciativas impulsadas por las áreas de reinserción educativa, prevención de la deserción escolar e inserción en la educación técnica superior de la Fundación.

El objetivo principal de esta investigación ha sido conocer los contextos y vivencias asociados a los procesos formativos de los estudiantes, identificando hitos y actores relevantes o determinantes en el desarrollo de sus trayectorias. Para realizar este estudio se estableció una metodología cualitativa que permitió indagar en aspectos más subjetivos, significados y percepciones. El método escogido fue el relato de vida, ya que posibilita que surja la perspectiva o punto de vista del protagonista sobre su historia, al mismo tiempo que facilita la incorporación de otros elementos –imágenes, objetos, documentación adicional– que favorecen la comprensión del lugar desde donde un sujeto mira su historia y la interpreta.

Si bien se basa en el recorrido biográfico de cada uno, este procedimiento centra su interés en un tema particular, en este caso, la experiencia educativa de los niños, niñas y jóvenes que participan en los programas de la Fundación.

Francisca Retamales
Antropóloga

1

CRISTOPHER
ARÁNGUIZ



Nací el 3 de marzo de 1998 en Santiago, en el Félix Bulnes creo, por parto normal. Mi mamá era joven, tenía diecisiete años. Hay una foto donde me tiene en sus brazos, se ve contenta, parece que yo estaba durmiendo.

Mi mamá se llama Karen, tiene treinta y tres años. Mi papá se llama Patricio y tiene cuarenta y uno. Los dos son de Santiago, eran jóvenes cuando se conocieron. Ella tenía como dieciséis y él era viejo, tenía como veintidós. Estuvieron juntos mucho tiempo. Mi mamá quedó embarazada joven, a los diecisiete creo, y estuvo con mi papá hasta que yo cumplí siete años. Cuando se separaron yo era chico. Igual me marcó, pero entendía que se tenían que separar.

Cuando yo era chico vivíamos en Pudahuel. Recuerdo bien la casa porque mi papá está viviendo ahí mismo, sólo que ahora la amplió y tiene segundo piso, la tiene más bonita. Antes era el mismo espacio, pero era pequeño y le faltaba pintura. No me acuerdo mucho, pero estuve mucho tiempo ahí. Cuando se separaron mis papás, con mi mamá arrendamos otra casa en Pudahuel. Mi papá tenía la suya y yo lo iba a ver. Me acuerdo de que a las ocho de la noche veíamos “Los Pincheira” en el 7. Después, como a las nueve, me iba a dejar y al día siguiente iba al colegio.

En esa época salía con tres amigos: el Andy, el Eric y la Camila. Éramos como un piquete los cuatro: salíamos, a veces estábamos en mi casa. Yo tenía cualquier juguete y nos quedábamos hasta las nueve o diez leyendo todos los días, jugando, tomando helados, la pasábamos re’ bien.

Cuando tenía como siete años nos tuvimos que ir de Pudahuel y encontramos casa en Cerro Navia. El caballero que nos arrendaba tuvo problemas y nos echó, y nos tuvimos que venir a La Pintana. En Cerro Navia estuve hasta los diez, once años. Ahora vivo con mi mamá, mi abuela y mi hermano de tres años, Aaron. Allá en Pudahuel tengo a mi papá, mi madrastra y a mi otro hermano. Lo que pasa es que cada uno tenía su pareja y me llegaron dos hermanos juntos. Son de la misma edad: uno nació el 13 de marzo y el otro el 16 de abril. Se llevan por un mes. A mí papá nunca he parado de verlo. Hablamos, no tenemos mala comunicación. Vive con su mujer, la Maggie, y mi hermano. Cuando él la estaba recién conociendo, mi mamá se tuvo que agarrar con esa mina porque mi papá era muy macabeo. Ella no dejaba que yo estuviera con él, es medio celosa. Mi mamá le dijo y de ahí en adelante la mina como que me tiene buena, me agarró confianza.

Yo estaba muerto de la risa, tenía hartos amigos

Me acuerdo de mi primer colegio en Pudahuel, el San Damián. Yo vivía al frente, estaba al lado del jardín donde había ido. Era grande, con un patio también grande y hartos compañeros. La profe era simpática, todavía me acuerdo de su nombre: la tía Claudia. Era bacán porque hacíamos varias cosas. Pasaba muerto de la risa, todos eran mis amigos, había peleas igual. Jugaba a la escondida, nos comprábamos cosas en el negocio. Yo estaba feliz ahí, me gustaba, fue bonito.

Ese colegio tenía muchas historias, tenía una maldición por así decirlo. Cuando iba en segundo básico se murió el director en un acto. Otra vez hubo un incendio al lado. Siempre pasaban cosas. Estuve ahí hasta tercero básico porque después me cambié a Cerro Navia. Recuerdo que había un caballero que se ponía afuera del colegio a sacar fotos. Siempre hablaba con él, era simpático, a veces me compraba cabritas, era regalón yo. Él me sacó una foto, me acuerdo de ese día. Me fueron a dejar mi mamá y mi abuela. De mi papá no me acuerdo en realidad. En el colegio mucha materia no nos pasaban. Siempre llevaban colaciones a la sala, jugos, y estábamos ahí conversando, hacíamos trufas a veces, nos reíamos mucho. Para Navidad llevaban regalos para todos, nos regalaron caleta de juegos. Ahí aprendí las estaciones del año, a sumar, a restar, las divisiones. Me costaba en ese tiempo, pero aprendí a leer con la ayuda de mi tío, también, que me enseñó.

¡Papá, aprendí a leer!

En mi casa me ayudaban con los estudios: mi mamá, mi tío, mi abuela y mi papá cuando lo iba a ver. Vivíamos todos juntos. Mi papá vivía en un pasaje y nosotros dos pasajes más allá con mi abuela Raquel, la mamá de mi mamá, mi mamá y mi tío Richard, hermano de mi mamá. Mi tío me enseñó a leer; me decía: “La p con la a, pa; la l con la a, la. ¿Qué dice?: pala”. Y ahí aprendí, veía el dibujo y decía: “Ya, esa es una pala”. Después iba a donde mi papá, dos cuadras más allá, y le contaba: “¡Papá, aprendí a leer!” -¡Ya, buena, léeme esto!

De ahí aprendí las sílabas, varias cosas. Mi papá me enseñó a andar en bici. A los cinco años andaba sin ruedas, porque a los tres años me daba porrazos. Al colegio me iban a buscar mi papá con mi mamá. Después comprábamos lo necesario para comer, yo estaba un rato con mi papá y después me iba con mi mamá. Aunque hayan estado separados siempre he estado con ellos.

El cambio a Cerro Navia no fue difícil

El cambio a Cerro Navia no fue tan difícil, porque tenía como ocho o nueve años. Yo era pelusón. Me acuerdo de que estaba en la plaza, sentado, y veo un piño de cabros jugando un partido. Le pegan a la pelota y me cae justo a mí. Me dicen “¡chuta disculpa!” y se las tiré, y luego me preguntan “¿quieres jugar?” y yo “¡ya, poh!”. Conocí como a doce cabros altiro. Conocí al Ramón, al Simón, al Diego, todavía me acuerdo de sus nombres. Había una amiga y ahora supe que trabaja en la tele haciendo comerciales.

En Cerro Navia me inscribí en un colegio que estaba a dos cuadras de mi casa, fome la cuestión. Tenía una profe que era entera pesá: ¡entraba a la sala y no se movía ni una mosca! Ahí conocí a un mejor amigo, Jorge. Había otro cabro que era, no sé cómo decirlo, buscaba problemas. A la semana me agarré con él porque me sacó de quicio y le pegué. Fue cuático, me sentí terrible de malo porque había llegado recién y tenía la media citación de apoderado. Me suspendieron por pegarle. Después, por eso nadie me miraba más, pero con el tiempo fui conociendo a caleta de gente. En ese colegio la pasé re' bien.

Aprendí un poco de inglés, a tocar flauta, las multiplicaciones, las divisiones. En lenguaje aprendí a leer fluido. Los otros profes eran bacanes. El profe de música, como yo mostraba interés, me tenía harto cariño, me decía cómo tocar, me pasaba papeles con notas e iba sacando temas, él me ayudó caleta. Una vez que estaba enfermo hicieron un trabajo donde había que salir y tocar una canción en flauta. La cuestión es que yo había faltado unas semanas porque estaba esguinzado y el profe igual después me dio una oportunidad. Los otros profes, los tíos de física, también eran bacanes. Ahí estuve cuarto y quinto básico.

Lo vimos, nos gustó, nos inscribimos y todo bien

De ahí me cambié de casa y me fui al Leonardo Da Vinci en Cerro Navia. Era chico el colegio, pero era mejor la enseñanza. Pero era como una cárcel, no podías hablar con los profes, tirar la talla. Tocaban la campana y todos para adentro, y llamaban al apoderado por cualquier cosa, era fome igual.

Después me cambié. Mi mejor amigo, el Jorge, me dijo que conocía un colegio bueno y lo fuimos a ver. Se llamaba Colegio Presidente Russel. Nos gustó, nos inscribimos y todo bien. Ese colegio era grande, tenía hasta tercer piso, una cancha grande y varios trofeos de campeonatos. Era bueno, los profes eran buena onda, las salas grandes,

hartos alumnos. Tuve problemas con varios compañeros, pero me fue bien, pasé, creo, con un promedio 5,7 a séptimo. Eran estrictos: no podías ir con pantalones apitillados, porque te suspendían. Había hartas peleas también, era fome en ese sentido, pero a mí me gustó. Ahí hice sexto no más, porque al final de ese año el caballero que nos arrendaba la casa nos echó y nos tuvimos que venir a La Pintana. ¡Viejo de mierda!

El viejo era bien canalla y nos echó de la casa de Pudahuel porque se la compraron, pero nos dijo que tenía otro departamento y fuimos a verlo. Era más grande, no tenía patio, pero nos gustó igual. Nos fuimos al departamento, le pagamos ochenta lucas por el arriendo y, de repente, el viejo, a fin de ese año, llega y nos echa. Un día nos cortó el agua. Estábamos todos preocupados, llamamos al caballero y nos dice: “Les doy una semana o si no, pa’ fuera no más”. Todos desesperados, mi abuela consiguiéndose agua con los vecinos, sin luz, hubo hartas peleas. Aparte que los vecinos que teníamos eran como las reverendas. Les gustaba poner música a todo chanco y no dejaban dormir; era fome vivir ahí. Los vecinos de al lado no hacían problemas, pero los del frente y los de mas allá... Cuando el viejo nos echó, mi abuela llamó a mi tía. Ella tenía una ampliación y nos vinimos a vivir como allegados a La Pintana, con mi mamá y mi abuela. Mi tío se fue a vivir con la pareja, con la que ya tienen una hija de 9 años.

Tuvimos que vivir de allegados, fueron como una bomba todos esos años

A La Pintana llegamos el 2010, 2011, cuando pasé a séptimo. Llegamos a vivir a la casa de mi tía, pero en la ampliación. Por desgracia, porque mi tía es habladora, es lengua de serpiente, esta señora puro que nos pela. Fue fome el cambio, no me gustó, puros problemas. No me fui con mi papá porque no iba a dejar a mi abuela sola y menos para que estuviera con esa señora, no. Con mi tía no hablamos mucho, tratamos de evitarla para que no ande pelando. Yo no la pesco, incluso la he parado, le he dicho: “Oiga, sabe, ¿por qué no para de hablar weás?”. Allá donde vivimos son traficantes y la otra vez me estaban vendiendo un celu. Yo necesitaba uno y mi tía por eso dijo: “Ustedes les están guardando cosas a estos weones”. ¡Porque me vendieron un celu, a ese extremo llegó! Ahí me paré con esa señora. A mí no me gusta estar aquí por el tema de mi tía, por vivir de allegado. Además, el otro día, como mis vecinos son traficantes, hicieron una mexicana: pasaron en un auto otros traficantes y tiraron balazos a la casa, donde cayeran y a quien le cayeran: eso es una mexicana. Yo estaba sentado en el sillón hablando por whatsapp y empecé a escuchar uno, dos, tres, cuatro disparos. Me escondí en el sillón y empecé a grabar. Es fome vivir así. No era tarde, eran las diez y tanto. Mi mamá podría haber salido a comprar cigarros o algo. No es seguro aquí, pero no hemos encontrado otra casa para arrendar.

Cuando llegamos yo tenía doce años y llegué mal porque mi mamá tuvo varios problemas. Estuvo metida harto tiempo en el vicio de la marihuana. Allá en Cerro Navia se desordenó y conoció al Carlos, su ex pololo, y se fue a vivir con él. Como estaba lejos, a veces me iba a ver a la casa. Una vez salí con ella y fuimos a Cerro Navia. Nos quedamos en la casa de una amiga de ella y ahí, conversando, me dice que está embarazada. Yo me lo tomé mal, fue como una bomba. Yo creí que eso nos separaría. Pensé: “Mi mamá ahora no me va a tomar atención”. Le dije cuestiones feas, lo tomé terrible de mal, no quería que mi mamá volviera después de eso. Desde mi forma de ver las cosas, dije: “Putá, este weón la dejó embarazada y después ella se va a venir para la casa y va a ser puro problema”. Y mi tía abrió el hocico: “El otro weón va a dejar el cacho acá”, decía, porque él no se iba a hacer cargo. Y así fue: mi mamá tuvo a mi hermano y él la dejó sola. Ella lo tiene demandado y le manda plata, pero puros dramas con ese loco.

En ese tiempo yo no quería ver a mi mamá. Cuando iba para la casa a dejarme cereales o a ayudarme en algo, yo la echaba, porque igual me dejó mal. O sea, fui hijo único hasta los trece años y de repente me llegan dos hermanos.

De mi papá no me importó tanto, porque lo veía una o dos veces al mes, pero mi mamá estuvo siempre ahí y de repente desapareció. Se metió en el vicio y más encima volvió con un hermano. Estuve mal en ese tiempo. Fue cuando más la necesité y no quería saber de ella. Le dije hartas cosas feas que no debería haberle dicho.

Yo vivía solo con mi abuela. Cuando más necesitaba a mi mamá, no la tuve por diez meses, un año más o menos. El cambio me afectó caleta. Además, tuve que dejar de ver a mis amigos de Pudahuel y de Cerro Navia, fue trágico. Ahí bajé mi rendimiento en el colegio, me empezó a ir mal.

En mi casa no se dieron cuenta. Mi abuela trabajaba, mi mamá no estaba, no tenía mucho apoyo. Trataba de hacer mis cosas, pero igual me iba mal. Con mi papá ni siquiera hablábamos. Yo no sabía llegar a su casa desde La Pintana: tenía que tomar más de una micro, no sabía llegar, en metro menos. No me llamaba, no conversaba con él. Después me enteré de que iba a ser papá de nuevo con mi madrastra, pero eso no me afectó tanto. Mi abuela igual me ayudó caleta ese tiempo. Ella trabajaba para darme las cosas a mí. Trabaja en Fruna, ya se va a jubilar. A pesar de mis problemas en el colegio, siempre me apoyó fuera como fuera. La quiero hartito, tiene sus mañas y toda la cuestión, pero la entiendo.

Cuando mi hermano Aaron tenía como tres o cuatro meses, mi mamá volvió a vivir con nosotros. Y entre ella y mi abuela fueron criando a mi hermano. Al final, cuando él nació, lo vi y no lo quería soltar, fue todo lo contrario de lo que pensé. Ahora mi mamá se arregló y ya no tenemos problemas, nos llevamos bien.

Repetí séptimo, después pasé séptimo y en octavo de nuevo lo mismo

Cuando nos cambiamos a La Pintana entré al Santo Tomás. En ese colegio repetí séptimo, después pasé séptimo y en octavo tuve bajo rendimiento y repetí de nuevo. Ahí fue cuando mi mamá volvió con mi hermano Aaron. Cuando él tenía como un año y tanto, me echaron del Santo Tomás porque estaba repitiendo octavo.

El Santo Tomás era estricto. Cuando conocí el colegio no me gustó: tenía tercer piso, era grande, eso era bacán, pero los compañeros eran subidos por el chorro. Los profes tenían varias normas: yo tenía un grupo de amigos con los que íbamos a agarrar internet y siempre nos retaban. Los profes, cuando uno les contaba algo, si había peleas entre compañeros, nunca hacían nada. Un día tuve problemas con un cabro que era repitente, que tenía como diecisiete años. Estábamos en su casa, salimos a la calle un rato a lesear y me pegó. No me acuerdo por qué talla fue. Yo era chico, tenía doce o trece años. Me pegó un puro combo y me dejó en el hospital, me desmayé. Unas señoras me recogieron, me llevaron para su casa y me pusieron hielo, y luego fueron a buscar a mi mamá. Estuve con suero dos días en el hospital y con el ojo hinchado. Cuando volví al colegio empezó el bullying. Había llegado bien, tenía mis amigos, pero después viene este weón y me saca la cresta por no hacer nada.

El bullying partió porque como soy tan alto, los cabros decían: “Éste es el medio weón y no hace ná”. Por eso me empezaron a mirar a huevo, a molestar. Primero eran uno o dos. Yo les paré la mano, pero después se acoplaron todos. Eran como diez, doce, y yo solo. Ahí la sufrí, estaba mal, estaba choreado. Estuve dos años y medio en ese colegio, repetí séptimo ese año. Después llegó mi prima, ella iba en sexto y quedamos los dos en séptimo. Luego pasamos a octavo juntos. Eran locos nuevos, me fue mal, eran weones tirados a choro y me fui a pérdida. Repetí el octavo y mi prima pasó a primero.

En ese colegio me fue mal, fue el cambio de casa de Pudahuel, de Cerro Navia. Allá tenía hartos vecinos, a todos mis amigos. Yo creo que repetí por los problemas que tenía: era el hijo único hasta los trece años, el mimado, el regalón, como que todo era para mí y entonces mi mamá, en Cerro Navia, conoció al loco ése y se quedó a

vivir con él. Estuve solo de los doce a los trece años, con mi abuela. Ella trabajaba y no la veía casi nunca. Estaba prácticamente solo todo el día, encerrado en la casa viendo monitos o jugando en el computador. Entonces como que me relajé, porque no tenía mano dura. Por eso repetí el primer año. El segundo año fue porque me bajoné: me sentía mal por haber repetido y por lo que me pasó con los locos. No quise ir más.

Me dijeron que tenía depresión, ésa fue como mi parte negra

Estuve bien mal, en el colegio me mandaron al psicólogo y me dijeron que tenía depresión. Había que pagar las terapias. No me ayudó mucho en realidad, ¡no me ayudó pa' ná! Yo le conversaba al psicólogo, como que me desahogaba con él y nada más. No me decía “tienes que hacer esto”, nada de nada. Después mi mamá habló con la profesora y me llevó al consultorio, porque cuando volvió se puso las pilas, me retomó. Mi papá si se dio cuenta de que yo no estaba bien, pero no podía hacer nada.

En el consultorio el psicólogo me ayudó hartito, pero me dijo que por la depresión tenía déficit atencional y me estuvieron dando pastillas. En realidad no eran para la concentración, eran para volarse, porque estaba en clases y en vez de concentrarme me quedaba dormido. En el colegio me veían raro y me preguntaban qué me pasaba. Nunca me había volado antes. Después tuve un tiempo en que fumé marihuana, pero no tenía idea de que las pastillas también volaban, y eso que era una sola, era chiquitita ¡Eran como para calmar a los locos! Mi mamá averiguó sobre las pastillas y decían que se las daban a los esquizofrénicos. Pero yo no tenía problemas de conducta así que mi mamá no me las dio más y no fui más al psicólogo. Ahora estoy bien.

Antes peleaba con todos, yo sabía que era flaite

En mi adolescencia me dieron más responsabilidades. Era como más independiente, tuve hartos cambios. Una vez, a los doce años, cuando venía del colegio, yo nunca había sido fuerte de axilas, pero esa vez venía tan transpirado que me dije: “¿Qué me pasó?, ¿qué comí?, estoy creciendo”. Mi mami me dijo lo mismo, y entonces pensé: “Me voy a tener que dar una ducha diaria”. No me gusta andar pasa'o. Después vino el cambio de voz. Antes hablaba así como pito. También los pelos: yo soy lampiño, pero me empezó a salir un poquito de pelo, bacán. Pero los olores fueron lo que más me marcó.

La edad del pavo, de los catorce a los quince, fue medio trágica: “Christopher, tienes la pieza hedionda, anda a bañarte. -Después, un ratito más. Por mí, podía pasar tres días sin bañarme, me daba flojera. Luego, en educación física: “Ya poh, Aránguiz, corre calmado”. -Tío, estoy cansado.

Fue horrible, puras peleas, es que era tan flojo. Andaba echa'o, como que quería que la vida se fuera a la cresta. A los catorce estaba como rebelado, era más flaite, más flaco, siempre andaba encapuchado. Como que no estaba ni ahí con el mundo. Me subía a la micro, me sentaba atrás y escuchaba música fuerte, me daba lo mismo si alguien al lado mío necesitaba el asiento. Si me decían algo me ponía a pelear, callejeaba hasta tarde, me vestía con ropa de marca; o sea, con unas zapatillas blancas que habrán costado sesenta lucas. Me vestía como pulento, me gustaba andar así; yo sabía que era flaite en ese tiempo.

Ser flaite se puede identificar por la ropa, por cómo se visten, por el corte de pelo: usan zapatillas Jordan o de marca cara con caña, pantalones anchos o short color café; andan mostrando el cinturón, usan polera

apretada, un gorro de marca igual, el corte de pelo degrada'o de menos a más; se peinan para el lado y la ceja así, como si se sacaran fotos. Se les reconoce también por las amistades que tienen, los locos andan hasta tarde en piño. También por cómo hablan. Hablan así como sale en los programas “En la mira” o “Alerta máxima”, cuando los locos que andan robando dicen: “Cha' no paquéé', si ando en esa tranquilo”. Hay distintos tipos de flaites: flaites encapuchados y no encapuchados. Como que no están ni ahí con nada, así es un flaito, y yo era así antes, pero quise cambiar por las mías. Cuando empezó el bullying en el Santo Tomás, ahí quise cambiar, ahí dije: “No voy a dejar de estudiar, no voy a botarlo”. Mi mamá, aunque no vivía conmigo, fue la que más me ayudó. Tuve harto apoyo de mis amigos igual, de mi abuela. Ahora estoy súper tranquilo, piola, más solidario, antes peleaba con todos.

Nos dijeron que en el colegio de Súmate nos podían ayudar

En el Santo Tomás me dijeron que estaba repitiendo de nuevo y le contaron a mi mamá que conocían un colegio que tenía menos materias, que exigía menos, que me podían enseñar las cosas que no había aprendido antes, porque yo el octavo lo pasé raspando, me faltó aprender materia. Le dijeron que en el colegio de Súmate nos podían ayudar y nos mandaron para acá. Mi mamá me dijo: “Christopher, conocí un colegio dos por uno más sencillo, más fácil para ti, con cabros más o menos igual que tú”. Yo le respondí “ya, poh”, y lo vine a ver.

Cuando vine me di cuenta de que había un vecino mío y empecé a hablar con él. Este año se tendría que graduar, pero tiene muchos problemas, así que ya no viene más al colegio. Después me di cuenta de que había otro loco que conocía, que iba antes en el Santo Tomás. En realidad eran tres, y la cuestión es que empecé a hablar con ellos y por ellos conocí a todos los que están acá. Como había hartos amigos me gustó el colegio, así que dije que sí y de ahí estoy aquí.

Me veían como uno más

Cuando entré al colegio pensé: “Putá, los weones pa' flaito”. Los locos estaban jugando ping-pong y “¡qué y la concha' el loro!”. -¡Shii, habla má' bajito! Yo dije: “Chuta, salí de una pa' meterme a otra”. Después conocí a los chiquillos y en realidad todo bien. Cuando llegué en la mañana, justo un compañero del año pasado se estaba fumando un cigarro afuera y dice: “Mira, Marcelo, te presento al Christopher”. Y ahí empecé a conocer a uno, después al otro y a todos al final. Entré conociendo a todo el curso, en realidad. Me veían como uno más, nos llevamos súper bien. Al día siguiente ya estábamos cagados de la risa, fue bacán. Al segundo día tuve dos atados altiro. Me dijeron: “Ya, tienes que ir a un taller”. Y yo elegí gastronomía, pero estaba lleno. Entonces me metieron a la fuerza a una cuestión de arte en metales, para soldar fierro y todo eso, y a mí no me gusta, me gusta más la gastronomía.

La cosa es que empezamos a lesear y llegó otro loco y entre leseo y leseo nos picamos. Me llegó un fierrazo y me quedó moradito. Después a otro le paré la mano, al Juan, pero tenía fuerza, trabaja en la feria el hueón, tiene músculos, me las ganó. Me tiré contra dos hueones que eran más que yo, las cagué. Al que me tiró el fierrazo no me lo pude sacar, me dejó en el suelo. Pero les di la cara, no dejé que me ahogaran. Al tercer día estábamos todos cagados de la risa. Después tuve peleas con otros locos, y le dije al man: “Oye, me está ahogando”. -Loco, vo' mueve la mano y nos metemos todos. Como que se planteó la confianza y fue bacán.

La sufrí, pero aprendí la materia y me fue bien, pasé octavo

El colegio se abre a las ocho o un poquito más temprano. Uno tiene horario de entrada a las ocho y media, un cuarto para las nueve, y a las nueve empiezan las clases. En todo ese rato uno toma desayuno o te quedas afuera conversando. Cuando a los chiquillos les sobra tiempo van para afuera y se fuman un cigarro. Luego empezamos las clases: los bloques duran cuarenta y cinco minutos, después vienen los recreos de diez minutos y más bloques con otros profesores. A la una y cuarto nos dan almuerzo. A mí me gusta como cocina la tía, pero no me gusta que no pueda decidir los almuerzos, le pasan las cosas. Lo que más me gusta es el arroz primavera y los fideos con harta arveja. En la tarde, antes de irnos, un cuarto para las cinco, nos dan un jugo con un pan. Y ahí termina la jornada. Son largas sí, da flojera.

Los cursos son más chicos: en el otro éramos treinta y dos o treinta y ocho alumnos. Aquí siempre faltan hartos, pero podemos ser diez, doce, poquitos. Entonces podemos estar toda una clase “¿aprendió, aprendió, aprendió? –No.

–Ya, hagamos todo de nuevo. Podemos gastarnos toda una clase en un ejercicio, pero se aprende, no como en los otros colegios. Si uno no aprende tiene que ir a reforzamiento después de clase, a una hora fija, sin pensar en el horario de uno. Es como que ellos dicen: “¿Aprendiste?” –No. –¡Cagaste!

Cuando llegué a octavo, me dijeron que me faltaba materia para poder graduarme y me devolvieron a sexto para nivelar. La sufrí, pero aprendí la materia y me fue bien. Ayer me entregaron las notas, no bajo del seis. Este año tengo un seis y tanto de promedio, pasé octavo. Siempre estamos en las mismas salas, pero cuando hay actividades como el círculo motivacional nos juntamos los dos cuartos niveles para relacionarnos más. Hacemos un círculo entre todos, quedamos todos al medio y empezamos a conversar. Eso lo hacemos con los profes de los cuartos niveles nada más. Hablamos de cómo nos relacionamos con los demás, qué pensamos sobre eso, cosas así. Nos preguntan cosas, hacemos actividades en grupo, hablamos de lo que somos ahora, de lo que nos gustaría ser en el futuro. Lo dibujamos, lo escribimos, para que uno piense y se proyecte. Vemos videos de embarazos juveniles y empezamos a conversar y a pensar las cosas entre todos. Ahora hemos estado hablando del bullying y las consecuencias que trae, de las cosas que están mal. Esto nos sirve para abrir los ojos y darnos cuenta de lo que estamos haciendo y lo que no. Ayudan hartos los profes, tienen harta paciencia.

Los días lunes y viernes hacemos un círculo para el colegio entero después del primer bloque de clases. Los lunes los profes nos dan la bienvenida y a veces cuentan lo que van a hacer en la semana. Por ejemplo, el viernes de la próxima semana hay una cicletada. Te recuerdan la actividad o que se va a jugar el campeonato de baby. También los profes felicitan a los alumnos por el esfuerzo, por ejemplo a los que han participado en campeonatos. Los viernes es lo mismo, pero es como un recuento. Hoy felicitaron a tres compañeros y les dieron unas medallitas por el campeonato de ping-pong. También nos dijeron que aprovecharíamos el fin de semana y nos acordáramos de que la próxima semana son las pruebas finales, las coeficiente dos.

Se hacen paseos también, a la piscina, al cine. Por mi comportamiento postulé a un paseo a la piscina, porque no soy desordenado. Estoy clasificado con unos pocos para ir a un paseo a la piscina, porque no vamos a ir los desordenados y los piola juntos. Ahí quedaría la patá. Yo nunca he ido a la piscina, el año pasado fui al cine no más. Fuimos unos pocos, como diez. Los otros fueron después.

Se hacen completadas cuando viene gente de afuera. Nos dicen “ya chiquillos, hay completos gratis”, porque en algunos colegios hay completos a \$600 cada uno. El otro día la tía estuvo de cumpleaños y en su curso le hicieron una tortilla, papas fritas, para picar, todo. Fue bacán. También tenemos talleres de oficio los lunes y miércoles. Son talleres semestrales. Hay algunos que dicen “yo no quiero estar en el taller de gastronomía”, pero tienes que conversarlo con el profe para ver si hay cupos o no en otros.

Los talleres son de gastronomía, peluquería y madera. La cuestión es que cada uno hace como su profesión ahí. En peluquería, por ejemplo, las compañeras se hacen rulos, se tiñen el pelo. En maderas hacen diseños, cajas. A veces en los recreos ponen tableros de ajedrez y jugamos damas y cosas que ellos mismos construyen.

El otro es de gastronomía, en el que estoy yo

Yo he estado siempre en gastronomía. La primera clase fue fome, porque nos enseñaron hábitos de higiene, cómo manipular la comida, la base. Después hicimos pan amasado. Aprendimos a hacer la masa primero, la cantidad de agua, cuánto tiempo toma en el horno. Yo desde la primera clase que le puse empeño, me gusta la cocina, le pregunto a la tía: “¿Está bien esto?, ¿se hace así?, ¿le falta algo a la masa?”. Hacemos cosas ricas: kuchenés, dobladitas, empanás, alfajores, repollitos, pie de limón, toda la repostería.

Salí elegido y me pusieron la pechera del Torneo Gastronómico

Todos los años la universidad INACAP auspicia un torneo con todos los colegios de la fundación: La Granja, La Pintana, Renca y Maipú. Como todos tienen el mismo taller de gastronomía, la tía o los otros jefes seleccionan a los que mejor han cocinado en el año. Son cuatro grupos de a tres por colegio. Viene un chef de la universidad y le pide a la profesora que elija y entonces nos ponen la pechera que dice Torneo Gastronómico. Y como estuve atento a todas las clases, me eligieron. El martes fui al INACAP a conocer la cocina. Este año era la mejor empanada, entonces ahí vamos practicando las masas, el pino. Nos salió bien.

De aquí fuimos con una compañera del curso del lado, la Gisel, y otra de tercer nivel. Son dos de cuarto y uno de tercero; los de cuarto cocinan y los de tercero son ayudantes. Yo corté la carne e hice la masa. Mi amiga cortó la cebolla e hizo el pino, lo frió y lo aliñó. Después pesamos la masa. Había que dividirla en seis, sacamos los bollitos, hicimos todo. De ahí estiramos bien la masa, hicimos círculos, les fuimos echando el pino, la aceituna, las pasas, el huevo. Después les dimos forma, pintamos las empanadas y las guardamos. Fuimos aprendiendo, practicamos cinco semanas, todos los miércoles.

¡El premio del mejor relleno es para el colegio San Francisco!

Ayer fue el torneo, llegamos allá y conocimos a los otros cabros. El chef nos conversó un poco y después nos dijo: “¡Ya, el torneo empezó, están perdiendo el tiempo, saquen sus cosas!”. Sacamos las cosas, la carne, la cebolla y fuimos cocinando. Un caballero pasaba a ver lo que estábamos haciendo. Cuando estuvieron listas, todos los chefs estaban en unas mesas con el jurado y anunciaron: “Estas son las empanadas de los grupos un, dos, tres, cuatro”. Nosotros éramos el grupo ocho. Yo tenía dolor de guata, brígido, y mis compañeras igual. Estábamos los tres abrazados y nos dijeron: “Después de probar todas las empanás, pueden salir de la sala, los llamaremos luego”. Ahí nos llevaron al primer piso, como a una sala de cine, y nos mostraron una recopilación de lo que habíamos hecho todos. Mostraron cómo hacer una empanada y también una entrevista que me hicieron a mí y a otro compañero. Fue bacán. De ahí mostraron a los chefs: había una colorina buena para los postres de “Top Chef” del 7 en el jurado.

Los jurados avisaron: “Ahora vamos a premiar las categorías”. Por la masa, creo, ganó el colegio de Maipú, y todos: “¡Bien, bravo, bravo!”. Después: “Ahora el premio del mejor relleno es para el colegio San Francisco”, y yo “¡bravo!, ¡eeh!”, emocionado. Y anunciaron “el mejor del grupo 8”, que éramos nosotros. Me paré, chiflé y fui a buscar mi diploma, fue bacán. Después eligieron el mejor sabor, era una categoría importante: “Colegio San Francisco”, y yo “¡bien!”

Yo había decidido que teníamos que sacar algún premio, aunque fuera el mejor relleno. Le dije a la Gisel, a mi compañera: “Tú preocúpate de cortar bien la cebolla, que quede bien la carne”. Cortaba los medios pedazos, salió harta carne y por eso ganamos por el mejor relleno, porque le echamos como tres cucharadas y media a cada empaná. Quedaron cototudas, buen olor también, las encontraron ricas. Pero la masa era lo más importante. Mis otros compañeros salieron con el mejor sabor, otros con mejor masa, mejor empanada y así.

Fue bacán conocer a los chefs. Me pusieron nervioso, sí, por la tensión, con ellos encima viendo lo que hacías, además de los fotógrafos, las cámaras. Eran dos colegios por sala. Las salas igual eran grandes, pero con tanto horno prendido hacía mucho calor. Era lavarse las manos, secarse y después de nuevo lavarse las manos, la cara. Había que cortar rápido, ordenar. Después de los premios nos dieron almuerzo. Yo nunca había estado en una universidad, nunca me habían ofrecido almuerzo en una universidad. Tienen bandejas y tres comidas distintas: puré, arroz y no me acuerdo qué era lo otro. Yo dije “arrocito”. Para acompañar había carne al jugo, pollo y pescado ahumado, y un pancito, un jugo y como cuarenta tipos de ensalada. Yo saqué tomate, choclo y lechuga. En otra mesa había aliños: yo saqué dos limones y sal. Quedé lleno, no podía más. Fue bacán, me gustó.

Aquí en la Fundación tienen empatía con uno; yo estaba mal y me ayudaron

Aquí en la Fundación te entienden, tienen empatía con uno. Si uno se manda un condono te dan oportunidades. Es para los que quieren retomar sus estudios y dicen “no, yo quiero estar aquí a pesar de mis condoros, quiero sacar mis estudios”. Recoge a los que estuvieron mal y los ayudan. Por eso no me echaron, porque yo estaba mal y me quisieron ayudar. A mí me estaba yendo mal en el colegio y acá me dieron la segunda oportunidad.

Aquí hay más libertad, uno puede conversar con los profes, contarles los problemas y te ayudan. Hay un psicólogo a la mano, puedes hablar con él a cualquier hora, cualquier día. Uno le puede decir “tío, sabe que necesito conversar con usted, estoy mal”, y listo. Los profes son más buena onda, acogedores, como un compañero más, tiran la talla, se ríen. A mí me han preguntado “¿quieres un dulce o algo? -No, tío. -Vale. Toman la iniciativa. Cuando llegué y me mandé los condoros me dieron oportunidades, no me echaron. A la hora que hago eso en otro colegio me echan altiro. Aquí es como “las cagaste, ahora asume”.

Lo que pasó es que yo el año pasado me sentía mal y los profes me dijeron que no me podía ir. Entonces yo no hallé nada mejor, por rabia me pasó, que fugarme y los profes me cacharon. Llamaron a mi mamá y me retaron harto en la casa, y en el colegio me dijeron que tenía que volver con mi apoderado. Mi mamá vino, conversamos y pude volver. Y lo otro que pasó fue que me gustaba fumar marihuana. La cosa es que un amigo de aquí del colegio que ya se graduó me dice: “Tengo un pito”. -Ya, poh, a la salida. -No, ahora, es que yo me quiero ir. -Entonces vamos al baño. Era un hachís. Nos pegamos una fumá’, salimos y ahí nos cacharon a los dos. Fue fome, me tacharon la hoja de citación y me dijeron: “Se lo dices tú o llamamos nosotros a tú mamá”.

Mi mamá sabía que yo había fumado, pero no me daba permiso, y tenía que contarle lo que pasó. Le conté, no sabía cómo decirselo, reaccionó mal, tuve problemas en la casa por eso. Los profes y el psicólogo me dijeron:

“No te vamos a echar, te vamos a suspender hasta que tú quieras. Tienes que responder la hoja de reflexión, cuando te sientas capaz la traes contigo y vuelves, siempre que tomes el compromiso de no hacerlo de nuevo”. Me sentí cuático. Me fui a mi casa con la hoja y la llené. Lo que pasó es que justo me encontré con el tío de religión bajando de la micro, hablamos, hicimos un trato. “Sabe tío, me siento mal por esto”, le conté.

Al día siguiente con mi mamá conversamos y llegamos a un acuerdo, pero igual me dio lata esa cuestión, de ahí que no lo he vuelto a hacer. O sea, igual a veces cuando carreteo me gusta tomar, pero la última vez que fumé marihuana fue para el 18 de septiembre. Me agilé. El 21 de noviembre del año pasado hice esa cuestión en el baño y no fumé hasta el 18 de septiembre: duré diez meses. Y nada, le dije a mi mamá y me contestó que no importaba, que quería que yo la pasara bien, pero que no hiciera más cuestiones. Igual me costó decirle.

Aquí los profes son para mí una ayuda. Hace un rato estaba conversando con el tío Andrés. Ha sido el mejor profe jefe que he tenido. Tiramos tallas con el curso, siempre el profe jefe como si fuera un compañero más, hay caleta de confianza. Los profes me ayudan, me tienen buena, me escuchan, me prestan atención, quieren saber de mí. Encuentro bueno eso, porque de todos los colegios en que he estado, en ninguno se me han acercado y me ha preguntado cómo estoy, cómo me siento. En ninguno. Aquí los profes, si no los veo, me buscan para saludarme, es bacán. Ayer el profe me dijo que tuviera fe, que confiara en mí, que pusiera todo el empeño, me dio caleta de consejos. Y antes de ayer, le dije a un tío: “¡Oiga, tío, bonitas zapatillas!”. Fue por talla, y me preguntó: “¿Cuánto calzas?” -42. -A ver, pruébatelas. Nunca me había pasado: ¡El profe cambió sus zapatillas por las mías!

Encuentro que hay varios cabros a los que les dan algo y no lo valoran. Los profes se dan cuenta de eso, de cómo es uno. Ven que yo valoro las cosas. En otros colegios no, los profesores se saben con suerte el nombre. Aquí te observan, te hacen sentir bien. Igual los amigos influyen mucho. Por ejemplo, una vez estábamos tirando la talla y siempre sale una chuchá loca. Las tías se preocupan por mí, me dicen: “Oye, si tú eres un caballero, ¿no?” -¿Por qué no les dicen a los demás? -Porque nosotros sabemos que son así, desordenados, pero tú eres rescatable.

Siempre lo notan, me lo recalcan, es bueno. Puedo cometer un error con mis amigos, pero puedo corregirlo, parar y decir “no”, rescatar lo bueno y no quedarme con lo malo. Con otros cabros les han buscado por todos lados, han conversado con psicólogos, les dan la hojita de reflexión, pero no quieren aprender, no ponen empeño. Entonces los profes igual los dejan un poco de lado para ver si reaccionan, para ver qué es lo que les pasa, si los cabros toman la iniciativa solos. Siempre van a estar ayudándolos, pero a veces tienen que dejarlos para que se den cuenta de lo que se están perdiendo.

A veces hay cabros que están en inducción, o sea, que llegan a las ocho de la mañana y se van a las once porque no se pueden comportar. Estar en inducción es como estar en un sistema para los chiquillos que se portan mal, para que dejen hacer clases a los demás. Otros profes con harta paciencia les hacen una clase aparte, para que aprendan un poco la materia del día y luego se van. Es para que no hagan la maldad en la sala, para que no hagan rabiar a los profes. Pero no se los deja de lado, esa es la idea. Igual son parte de la escuela, son parte del curso.

Yo estoy en la sala normal, no tengo problemas. Los profes me han dicho que les gusta que sea entusiasta, lo paso mucho bien con ellos. Es fome venir al colegio porque da lata levantarse temprano, pero sé que lo voy a pasar bien, cuando yo quiero lo voy a pasar bien. La escuela es algo para salir de la casa, un lugar entretenido para aprender más cosas, porque es una necesidad.

No tengo baja asistencia, no he faltado nunca. El otro día falté porque perdí mi pase escolar y fui a retirar el pase temporal. Tuve que esperar como doce horas más para retirar el oficial. Y, bueno, a veces no vengo porque tengo que ver a mi hermano chico cuando no tiene jardín. También he faltado en invierno, cuando hay lluvia torrencial y no se puede cruzar Santa Rosa. Pero si no tengo que hacer nada o no pasa nada, no falto.

Me reconocen por lo que soy

Mis lugares preferidos en el colegio son el gimnasio, para hacer pesas, o el patio, para caminar. Con mis amigos nos gusta juntarnos en el gimnasio, nos ponemos a jugar con el teléfono. Me junto con el Ignacio, el Andrés, el Mariano, el Bryan Salinas y otros más, que son compañeros de curso.

Yo hablo con todos aquí. Un día con un cabro con quien no hablé a principio de año llegó mal y el profe le pregunta: “¿Qué te pasó, Salazar?” -Nada. Después yo me acerqué y le pregunté: “¿Qué te pasó, hermano?” -Nada, es que tengo problemas. Luego la mano se me devolvió, porque un día llegué mal acá y el Salazar, que ahora somos como ña y mugre, me preguntó “¿qué te pasa, hermano?”. Me vio llorando en el patio, conversó conmigo, se quedó afuera hartito rato acompañándome. Después en la sala me tiraron tallas y me querían leseat, pero mi amigo altiro: “No, embara’o, si está mal”. Uno logra que los otros sientan cariño por uno.

Yo creo que mis compañeros me ven como buen amigo, me reconocen por lo que soy. El semestre pasado, para las vacaciones de invierno, los chiquillos me eligieron como mejor compañero de la sala. Es bacán que me vean así y digan “esté compañero ayuda”. Fue una manera de demostrarme que soy así con ellos.

Siempre trato de tirar pa’ rriba

Antes en el colegio era como bien flojo. Ahora trato de ponerle empeño, quiero superarme. Cambié porque vi que me estaba quedando atrás, que iba mal. Tenía problemas en la casa, en el colegio, y no me gustaba eso, no me gustaba que me estuvieran llamando la atención, ser como el niño problema. Por eso quise cambiar.

Ahora soy amable con los profes, soy respetuoso, humilde, trato de hacer sentir bien a los demás. Tengo harta empatía con las personas, trato de ser solidario. Cuando veo a alguien que está mal en su casa lo ayudo. Siempre trato de tirar pa’ arriba a los chiquillos. Soy bien alegre, me cago de la risa de nada, trato de tirar pa’ rriba.

Con mi hermano chico soy más responsable. Mi mamá ayer me dijo: “Christopher, ven a buscarme”. Y partí a buscarla. Me traje al Aaron en brazos y después a lapa. Después mi mamá llegó a la casa, se puso a hacer el aseo, y yo me quedé con mi hermano chico afuera. Lo tenía en los brazos, le compré un jugueto. Estábamos sentados viendo videos en el celu y de repente se quedó dormido, como a las nueve y media, y lo acostamos. Mi familia me dice que soy inteligente, que cuando tengo que ayudar, ahí estoy. Soy muy flojo y desordenado igual, por eso quiero cambiar.

Ahora creo que puedo enfrentar bien lo que se viene

Llevo poquito más de un año, un año y medio en el colegio. Tengo hartos buenos momentos: uno de los mejores fue cuando me seleccionaron para el torneo de gastronomía. Otro momento fue cuando me dijeron que tenía buen promedio, cuando me eligieron buen compañero, cuando me felicitaron por mi conducta, cuando valoran lo que hago, cuando los tíos me prestan atención, cuando juego con los chiquillos.

El cambio me hizo bien. A mi llegada al colegio venía entero desanimado y ahora estoy feliz, no tanto por los amigos, sino por los profes. Han sido los únicos que siempre han estado ahí. Juegan contigo en los recreos, te observan, si te ven mal te dan cinco minutos para conversar, hay confianza, te dan hartas oportunidades en este colegio. A mí me han mucho y ahora creo que puedo enfrentar bien lo que se viene. Aquí han hecho que yo me sienta con personalidad. He agarrado harta confianza, me siento mejor conmigo. Después voy a decir que vengo de este colegio, de la fundación en La Pintana. No tengo vergüenza en decirlo, porque ha sido el mejor colegio en que he estado. En ningún otro van a dejar que andes gritando, cantando por los patios.

Cuando voy a Pudahuel es entrete para mí, si allá me crié

Cuando me voy del colegio parto tranquilo escuchando música. A veces me voy fumando cigarros con uno de los chiquillos, conversando, tirando la talla. Después en la micro hago como que no existo, es decir, me voy escuchando música tranquilo. Llego a mi casa, me baño, ordeno mi ropa, veo si tengo que hacer alguna cosa, veo la hora, voy a buscar a mi hermano y me pongo a jugar con él. También juego play, con mi primo vemos películas, voy a comprar las cosas para la once. A veces salgo con mi hermano chico a la plaza, él no pide mucho: su comida y sus juguetes.

Los fines de semana cambia: fin de semana por medio estoy aquí en La Pintana y los otros con mi papá. Es entrete para mí porque tengo a todos mis amigos en Pudahuel, a mis familiares, mis tíos. Allá me crié. Los viernes después del colegio, como salgo temprano, llego a mi casa, me baño, ordeno mi ropa y me voy.

El viernes pasado me fui tarde de aquí de La Pintana, como a las cinco. Una amiga me fue a buscar al metro San Pablo, nos juntamos, la fui a dejar a la casa y de ahí la fui a buscar de nuevo. La pasamos bien. El sábado fue poco lo que hice, en realidad, porque llovió. Y el domingo cumplimos un mes con mi polola: estuvimos toda la mañana juntos, la pasamos bien, conversamos, estuve desde la siete hasta como las diez. De ahí me fui a mi casa, aproveché de dormir un ratito más y me levanté. Limpié la piscina, la llené, nos tiramos unos chapuzones con unos amigos. Me junté con mi mejor amigo y nos tomamos unas cervezas.

El lunes me quedé allá, me encontré con mi mejor amigo, el Seba. Con él es pura risa, somos como ña y mugre. Si tenemos plata nos vamos a comprar helados o papas fritas, lo que sea. A veces estamos en problemas y entre los dos nos pegamos la salvá'. Nos conocemos al revés y al derecho. Yo al Seba lo invito a mi casa y nos tiramos en la piscina. Es mi yunta, por eso tengo esta foto con él de fondo de fondo de pantalla en mi celu.

Ese día llegó y me despertó como a la una. Yo estaba muerto de sueño igual, me había levantado a las seis y de ahí me dormí de nuevo como a las diez. Y me dice: "¿Acompañame?". -¿No estás estudiando? -No, si este mes son los exámenes, salgo todos los días a las once. -Ya, ¿y a dónde? -Aquí, a comer unos completos. Se rajó con un desayuno. Le dije a mi papá y le pregunté si traía algo de afuera y me encargó carne molida para el almuerzo. Íbamos para mi casa a dejar la carne y me encuentro con una ex andante y, na' poh, nos juntamos los tres. Nos pregunta a dónde íbamos a comer completos, ella también quería ir. Comimos y tomamos bebidas, y yo con mi hermano chico y la carne, porque no la pasé a dejar. Hoy voy a Pudahuel, tengo una junta con unas amigas. Vamos a lesear un rato. A mi amiga le gusta hartito el vino y vamos a tomar un tropical: vino blanco con Kem. Es rico.

Tengo hartas historias. Estuve soltero dos años, o sea, estuve conociendo a una loca entre medio, de Quilicura. Pero de La Pintana a Quilicura... no funcionó. Nos queríamos caleta pero no, nunca nos juntamos. Hice hartas cosas por ella, pero nunca le pedí pololeo ni nos dimos un beso. Antes tuve una andante, fue algo más prohibido, porque ella estaba pololeando.

Yo iba para los catorce años. Ahora estoy pololeando con la Belén, ella es de Pudahuel. Vive a la vuelta de mi casa, de la casa de mi papá, donde viven todos los más flaites, donde una vez tuve problemas. La Belén tiene catorce años y yo dieciséis. El hombre es siempre mayor, así que todo bien.

Nos conocimos por Facebook. No es que yo agregue a muchas personas al Facebook, me da flojera. Si me agregan, sí, y si no, no. Un día me agregó ella y yo dije que sí. Pensé: "Qué onda está loca, yo la conozco". La había visto así de pasada ¡y resultó! Me empezó a hablar, nos fuimos conociendo de la nada, conversamos, después ya nos juntamos y empezamos a lesear. Yo me di cuenta de que me gustaba y se lo dije. Ella me respondió que yo igual le gustaba y de ahí nació, justo para Halloween.

Ella es un poquito más chiquita que yo, pero es bien enrolá. Le digo la Tigresa del Oriente. Es pecosa, tiene buen físico porque su preparador físico es profe de acá. Es tierna, regalona, cuando me da besos me muerde brígido. El otro día me dejó hinchado, me dolió. Es simpática, es tranquila, no sale a la calle. Es tierna, es bacán conmigo. Me gusta su personalidad: no es tímida pero tampoco acelerada, se toma su tiempo. Es comprensiva, me ha entendido en varias cosas, me ha ayudado. Una vez, cuando nos estábamos conociendo, me dieron unos ataques de celos: veía que varios locos le estaban escribiendo en el muro de Facebook cosas cuáticas. Yo le dije: “Pa’ que hablas del Camilo si no lo conozco”. Me preguntó “¿quieres ver?” y me dio la clave del Facebook. Yo me metí y vi que ella era pesada con ellos, que no hablaba con esos locos, es decir, que los locos la saludaban y eso. Nunca pensé que ella era tan así. Me demuestra caleta que me quiere, es simpática, le gusta tirar la talla conmigo, no se enoja cuando la molesto.

Cuando cumplimos un mes íbamos a ir a una piscina pa’ allá pa’ Las Condes, todo gratis, todo pagado, su mamá nos había invitado. La Belén le contó que me estaba conociendo, porque no sabe que somos pololos. El fin de semana pasado, cuando la fui a ver, la mamá me dice: “Ven, pasa, ¿tú eres Christopher?” -Sí. -Pasa. Brígido. Conversamos un rato y le conté: “¿Sabe?, con su hija nos estamos conociendo”. No le iba a decir que su hija me gustaba. La cosa es que me preguntó qué planes tenía con ella y le empecé a contar. Y justo me dice que por el trabajo, ella trabaja en el mall de La Florida, tenía unas entradas a una piscina y nos invitó a todos. El caso es que como el día estaba feo y había llovido el día anterior, la hermana chica de mi polola se enfermó y no pudimos ir. La hermana tiene tres años y estaba con treinta y nueve de fiebre. Yo dije igual no importa.

Ese lunes no fui al colegio porque me quedé en la casa de mi papá. Mi mamá fue a conversar con él por el tema de mi cambio de casa y sí, me fue bien, me quedo allá. ¡Estoy feliz, no se me sale esta cara de alegría! Fue bueno que hablaran. Mi mamá pudo ver cómo eran las cosas allá, cómo voy a estar.

Tomé solo la decisión

El próximo año quiero irme a vivir con mi papá a Pudahuel. Hoy me llamó y me dijo que le fue bien con el colegio que estamos viendo allá. Es dos por uno, hago primero y segundo, y después cuando cumpla los dieciocho, me voy a estudiar al servicio militar para hacer tercero y cuarto adentro.

Por ahora voy sólo los fines de semana. Mi papá igual me saca el jugo: me pide que vaya a darle una vuelta a mi hermano y a comprar, le ayudo con su pega a veces, a martillar donde los vecinos. Le ayudo caleta, me gusta. Igual salgo, tengo mi libertad, lo paso bien.

Tomé solo la decisión. Le dije a mi mamá: “Me quiero ir a Pudahuel”. Mi mamá me dice que no quiere que me vaya, pero yo sí quiero, una carga menos para ella. Lo conversé con mi papá y me dijo que bueno, que yo sabía cómo eran las cosas allá, que no iba a dejar que me soltara tampoco. Pero le gustó, lo aceptó, ya me encontré colegio.

Con mi mamá nos llevamos bien ahora, pero ya no quiero estar más en esa casa. No es que no quiera a mi mamá o a mi abuela, pero encuentro que soy mucha carga para ellas. “Mamá quiero esto, mamá quiero esto otro”. No sé, como que ahora salgo más caro y ella tiene que velar por el Aaron. Mi abuela tiene depresión, ahora se jubila, entonces es mejor que me vaya para que mi tía además nos deje tranquilos y mi mamá no tenga que estar tan preocupá. Ya estoy grande, no me veo como un cabro chico que necesite tanto apoyo.

Hace rato que estoy con la idea de irme donde mi papá, del año pasado más o menos que le vengo diciendo. Él vive en una casa que amplió con un segundo piso. Allá voy a tener mi pieza, mi espacio, mis cosas. Está bien experimentar allá.

Me quiero inscribir en la nocturna

En Pudahuel, el colegio me quedaría más cerca que si me quedo en la fundación, porque la media está en Renca y se entra a las ocho. Tendría que estar en pie como de las seis y sería como mucho. Llegaría tarde a la casa, estaría muy cansado y sin ganas de ir. Allá en Pudahuel hay un colegio que queda a la vuelta de mi casa, a cinco minutos a pie: es salir, doblar y llego, y me aceptan con diecisiete años. Podría hacer primero y segundo en la nocturna, y después me iría a inscribir al servicio militar para hacer el tercero y cuarto, porque allí igual se puede estudiar. Me tincan el colegio nuevo, es grande. El único drama es que van puros weones flaites porque está al lado de una plaza que es conocida, la Siete Canchas. Te dan un piño de marihuana y salen caleta de los zumba'os. Pero va a ser un año no más, porque después me voy a meter al servicio, eso es lo que quiero. Yo creo que un cambio de colegio más no me va a afectar.

Mis papás se pusieron de acuerdo

Mi mamá estuvo bien mal porque yo me quiero ir de la casa. Estuvo estas últimas tres semanas llorando. La semana pasada fue a un psicólogo. De verdad estaba mal, se las había llorado todas, pensó que yo iba a estar mal allá. Y resulta que cuando mi mamá fue a la casa de mi papá para conversar, fue todo distinto. Vio como mi papá tenía la casa, o sea, no de lujo pero la tiene bien cuidada y aseada, vivimos bien allá. A mí mamá le cambió la cara al tiro: “Oye, que tienes bonita la casa, Pato”. Todo bien.

Mi papá le empezó a contar cómo lo iba a hacer conmigo, que no me iba a dejar todo el día vagando porque estuviera en la nocturna: “El va a pescar los cuadernos y se va a poner a estudiar. En los permisos lo voy a tener cortito, no va a poder andar hasta las once y media de la noche como cuando viene los fines de semana. Hasta esa hora anda en la calle”. Cuando esté viviendo allá van a ser distintas las cosas. Mi papá no va a ser tan permisivo conmigo. A mí me conviene, porque aquí con mi mamá y mi abuela me entregan todo en bandeja de plata. Como soy el único hombre mayor. Con mi papá no, me voy a criar con dos hombres y voy a tener que saber criar también a mi hermano.

Mis papás se pusieron de acuerdo cuando mi papá le dijo a mi mamá cómo iba a ser conmigo. Aparte, la polola de mi papá, que llevan diez años juntos, va a estudiar en la nocturna conmigo, en el mismo colegio y en el mismo curso. Como estaríamos estudiando juntos, no van a pensar que voy a hacer la cimarra o algo así. Por ese lado es bueno, para que no crean que yo ando haciendo las cosas mal. Ahí a mi mamá le cambió al tiro el rostro y dijo: “Bueno, si él quiere, que se venga; si se siente cómodo, que se venga”. Yo me alegré caleta. Mi mamá le conversó de mis mañanas a mi papá: que soy duro para levantarme y todo eso, y mi papá le contestó: “Aquí el Christopher se porta súper bien. El único drama es con el teléfono, nunca lo suelta”.

Eso es verdad, pero eso se conversa. Igual me dijeron que era una lata que las cosas que no hago acá en La Pintana sí las hago donde mi papá. Se dieron cuenta de que yo era flojo aquí por mi tía. Es que me tiene choreado el ambiente. Con mi papá soy distinto. Mi mamá y mi abuela son mujeres, entonces me ven a mí y a mi hermano como los reyes de la casa, son un siete. Y, bueno, yo soy el único hombre y el mayor, entonces soy flojo en ese sentido. Pero mi papá me pone mano dura. Si quiero salir tengo que hacer mi cama antes, si nos tiramos a la piscina tengo que dejar mi ropa colgando. Allá hay horarios para levantarse, a las diez de la mañana, es otra cosa con él. Los días de semana, mi papá a las ocho ya está en pie regando la calle. Yo soy otra onda con él.

Con mi mamá, los fines de semana me puedo despertar a las doce y ser el último en levantarme. Mi papá no: “Ya, levántate, levántate”. Pueden ser como las nueve de la mañana, me voy a bañar y me pregunta: “¿Te bañaste?”. -Sí, poh. De ahí empiezo a ayudar: “Anda a comprarme esto para el almuerzo”. Pero aquí en la Pintana no voy a comprar. Me preguntan qué bebida quiero, me regalonean. Por eso es distinto con mi papá: con él no soy tan flojo.

¡Con los pies bien puestos en la tierra!

Me quiero meter al servicio militar. Un amigo, el hijo de una amiga de mi mamá, lo está haciendo y me conversó que es bacán. Son seis meses adentro, una semana fuera y luego seis meses adentro. Él está estudiando electricidad y me dijo que es interesante. Me quedó gustando lo que me contó; me serviría porque quiero cambiar. Yo lo vi justo el último día antes de que se fuera, y me contó cómo es la cosa allá.

Me contó que los gendarmes no te pegan, porque siempre he tenido ese temor. Me mostró una foto de cómo era él antes, así como suelto, y ahora es más apretado y un poco más flaco. El cabro es bien educado, se quiere quedar en el servicio ahora. Le aseguran casa y le pueden pagar los estudios si él quiere, le enseñan una profesión. Él está estudiando electricidad. Le hacen unas pruebas, tiene que ir aplicando lo que aprendió y cada vez le van poniendo desafíos más difíciles. Al término del año tiene que construir un circuito y mostrar lo que sabe hacer. Ahí lo van pasando hasta que deje el servicio y pueda salir a la sociedad y decir: “Yo sé esto, me especialicé en esto”.

Eso me gusta. Mi familia me apoya con la idea, mi mamá fue la que me incentivó, me preguntó que por qué no lo hacía. Lo pensé harto rato, sí, y luego me decidí. Están todos de acuerdo. A mi abuela le gustó, a mi papá igual le gustaría verme ahí. Cuando le pregunté me dijo que quiere que me meta a la marina, pero no me gusta. Yo quiero estar en terrestre no más. Y a la fuerza aérea le tengo pánico: una vez estuve a unos veinte metros de altura, miré para abajo y no, no me gusta. ¡Con los pies bien puestos en la tierra! Si cuando cruzo los puentes me da pánico, cruzo corriendo y bien afirmado de algo. Igual me gustaría hacer la marina. Nunca he nadado, pero sería bonito. En la terrestre me mandarían pa'l norte o pa'l sur, a los extremos: Concepción o Arica. Pero no sé. En la marina, creo, podría viajar a otros países. Sería como estudiar turismo más o menos.

Cuando cumpla los diecisiete años recién puedo inscribirme para que me llamen cuando tenga los dieciocho, como para el 2016. Estaría saliendo del servicio el 2017. Son hartas las oportunidades que te dan ahí. Quiero aprender un oficio, sacar mis estudios. Además quiero cambiar mi forma de ser, porque soy muy desordenado, no en la sala de clases, sino en mis hábitos. No sé, me lavo los dientes y dejo las cosas ahí encima. Me entregaron el pase temporal y me duró una semana y media. Después encontré el temporal y se me perdió el comprobante para ir a retirar el pase oficial. Al final, mostré el papel con el que había pagado el temporal y mi carnet, que ahora lo tengo en el velador ¡bajo siete llaves! para que no se me olvide que está ahí.

Adentro creo que me puedo asegurar con una casa, después me jubilo a temprana edad y me pagan. Te pagan caleta de plata y puedes seguir estudiando, te especializan en una profesión. Esa es mi meta ahora.

Yo sé que si quiero lo puedo hacer

Si sigo así como estoy, me imagino que voy a caer bien en todos lados. Igual tengo tremendo físico, tengo porte, soy maceteado. Puedo tener un trabajo mejor después y una buena vida, no sé. Me pueden decir: “¿Sabes? Tú sirves, eres respetuoso, no hablas mal, sirves para una pega mejor”.

«HAY VARIAS COSAS QUE ME GUSTARÍA SER: PSICÓLOGO, CHEF O ESTUDIAR ANÁLISIS DE SISTEMAS, PORQUE ME MANEJO CON COMPUTACIÓN Y TODO ESO. LA COCINA IGUAL ME GUSTA, PERO HAY TANTAS CARRERAS. NO LAS CONOZCO TODAS, ME GUSTARÍA SABER QUÉ OTRAS HAY, APRENDER OTRAS COSAS. QUIZÁS HAY ALGO QUE ME GUSTE MÁS QUE LA COCINA. LO QUE SEA, YO SÉ QUE SI QUIERO, LE VOY A PONER EMPEÑO»»

Hay varias cosas que me gustaría ser: psicólogo, chef o estudiar análisis de sistemas, porque me manejo con computación y todo eso. La cocina igual me gusta, pero hay tantas carreras. No las conozco todas, me gustaría saber qué otras hay, aprender otras cosas. Quizás hay algo que me guste más que la cocina. Lo que sea, yo sé que si quiero, le voy a poner empeño. En el servicio me ayudan con una parte de la plata para pagar estudios. Sería un alivio para mí y mi familia, porque no son carreras de cincuenta lucas al mes. No es imposible, pero costaría. Sé que si quiero lo puedo hacer, así lo veo.

Aparte de los estudios, me gustaría tener mi casa y decir: “¡Ya, este es mi fin de semana libre con mis amigos y chao!” Es como un sueño: tener una casa bonita, con muebles, hartos adornos, vivir tranquilo, poder salir a la calle a las doce de la noche porque quiero comprarme un cigarro sin miedo de tener problemas con éste o con éste, compartir con mis amigos, invitarlos, hacer un asado.

A mí me gustaría vivir en el sur, en Concepción, Lota, Rancagua. Quisiera estar cerca, aquí al ladito. No conozco por esos lados, pero sí he escuchado, he visto fotos. Me gustan los ríos, me gustaría vivir en algún lugar así, estar tranquilo y tener una familia. Sería bacán, ¡sería una maravilla!

Me gustaría dejar un mensaje

Creo que es interesante que te escuchen, que uno hable y el otro te escuche, que te hablen y uno escuchar. Los espacios así son bacanes. Contar mi historia ha sido bueno, sirve para proyectarse en el futuro y ver lo que uno ha hecho, porque no hay que decepcionarse por lo que uno ha hecho. Por ejemplo, yo me he mandado mis condoros, pero he cambiado. Sé lo que quiero hacer en el futuro. Quizás si otras personas leen esto les pueda servir, para que lo piensen. Eso no más.



2

NINOSKA
ARÁNGUIZ



Mi bisabuela materna y sus hijos nacieron en Curicó, pero se vinieron a Santiago a trabajar, a estudiar. Se vinieron todos, menos mi bisabuelo, porque cuando mis tíos eran chicos él le pegaba a mi bisabuela. Así que ella agarró a sus hijos y se vino. Aquí mandó a los chiquillos al colegio, los mayores trabajaban y le ayudaban en la casa, así que ya no tuvo necesidad de trabajar. Cuando estaban todos grandes, tenían su vida y se habían casado, mi bisabuela volvió a Curicó. Ahí algunos se fueron también y otros se quedaron. Los chiquillos le compraron la casa allá, le hicieron todos los trámites. En Curicó vivían mi bisabuela y mis tías. Hay dos que viven allá ahora, tienen hartos hijos. Otra tía vive en Melipilla; ella está más lejos, porque la otra tía vive casi al frente de mi abuela, o sea, donde vivía mi bisabuela. Mi padrino, que también es mi tío, vive en la misma casa que mi abuela. Yo conocí a mi bisabuela. Se llamaba Blanca, era como súper enojona, porque mi mamá se pasaba trabajando y con mi hermano íbamos al colegio temprano. Llegábamos a las cinco de la tarde y me decía que yo era floja, que no hacía nada, que pasaba todo el día en la calle leyendo, y mi hermano no. Como que él era estudioso, el que hacía todas las cosas.

Nací en Santiago

Yo nací en Santiago el 29 de enero de 1997, en el Hospital San Juan de Dios. Cuando nací viví en Renca, en la casa de mis abuelos; vivía con mi mamá, mi papá y mi tía. Mis abuelos vivían al frente, me crié con ellos después. Mi abuela materna falleció de cáncer cuando mi mamá tenía trece años. No la conocí, pero mi mamá me contó que tenía cáncer, que estaba flaquita y falleció. Años después, mi abuelo Luis conoció a una señora y se quedó con ella hasta el día de hoy, pero no es su señora, porque no están casados. Cuando era chica estábamos como súper juntos: mi papá se dedicaba a trabajar y mi mamá me cuidaba. Mi papá trabajaba en la construcción, haciendo calles, poniendo veredas, todo eso. Mi tía igual era medio problemática, porque se crió con la madrastra, con la pareja de mi abuelo. Mi tía era muy regalona, lo que ella quería se lo daban. Había muchas diferencias entre ella y mi mamá, peleaban mucho por eso. Me acuerdo de que mi abuelo nos regaló una piscina, no de esas que se inflan, sino de esas chiquititas redonditas, las primeras que salieron.

Mi mamá le echaba un poquito de agua y como era verano me metía. Mi hermano Ariel estaba chiquitito, era guagüita y andaba en andador. Mi mamá me veía mientras hacía las cosas. Me acuerdo de una vez, cuando mi abuelo llegó del trabajo, que me pasó una fuente y me dijo que le tirara agua a mi hermano, y yo voy y le hago caso. Pesco la fuente y mojo entero a mi hermano. El salpicó y se puso a llorar y ¡mi abuelo puro riéndose! Mi mamá salió de la casa y me retó, después retó a mi abuelo: “¿Cómo le haces eso? ¡Recién lo bañé con agua calentita!” Mi abuelo se reía. Mi mamá lo siguió retando y le dijo que me cambiara de ropa, porque íbamos a salir, y él me arregló. Ese día fuimos a comprar ropa, unos zapatos para mí, y nos sacamos una foto con mi mamá. Después nos fuimos a la casa.

Mi abuelo fue como mi segundo papá

Con mi abuelo Luis nos llevamos súper bien, él es el papá de mi mamá. Como mi papá trabajaba todo el día prácticamente, yo lo veía en la pura tarde. Entonces mi abuelo fue como mi segundo papá. Lo que pasó es que cuando empecé a caminar mi abuelo me cuidó, estuve como un año y medio viviendo con él. Esa fue la primera separación de mis papás. Fue súper duro para mí, porque igual yo estaba grande. Ahí mi mamá se fue para Curicó con mi hermano. Él tenía meses, estaba recién aprendiendo a caminar, y mi papá se fue para la casa de sus papás. Me marcó esa separación, me acuerdo de eso. Además, como la mujer siempre es más apegada al papá, yo era la

regalona, lo echaba de menos. Mi mamá partió y me quedé con mi abuelo en Renca. Tenía tres, cuatro años más o menos. Mi mamá habló con mi abuelo para que me quedara con él mientras ella encontraba trabajo.

Mi hermano fue a la sala cuna y mi mamá empezó a trabajar para mantenernos, porque a mi papá le gustaba el vicio, consumía droga. Igual le pasaba plata a mi mamá, pero no lo suficiente; no alcanzaba para comprar mercadería, yo me quedaba sin pañales. Cuando me fui a vivir con mi abuelo me mandaron al jardín. Eso duró un año más o menos, me acuerdo de todo. Él en ese tiempo vivía con su pareja y ella no dejaba que yo viera a mi papá, porque decía que era un drogadicto y que no era bueno que me fuera a ver. Ese año lo vi muy poco, nada, unas seis veces. Cuando mi papá se pagaba y tenía plata, me iba a ver y me dejaba unas cositas, para mis cumpleaños, para ocasiones especiales. La señora de mi abuelo dejaba que yo le recibiera las cosas, que me diera un abrazo, un beso y lo echaba, y a mí me retaba y me echaba para dentro. Luego ella pescaba los peluches, cosas que me traía mi papá, y las botaba. Yo me ponía a llorar. Cuando mi abuelo llegaba, estaba encerrada en la pieza y él siempre preguntaba dónde estaba yo. Ella le decía: “Está en la pieza durmiendo”. Cuando subía mi abuelo tenía que hacerme la dormida, porque si no, al otro día ella me pegaba.

Con mi abuelo siempre hemos tenido buena comunicación. Ahora está trabajando en Curicó, en la construcción de casas, y cuando voy para allá en las vacaciones o los fines de semana largos paso todo el día con él. Salimos, vamos al río, él me abraza, me pregunta cómo estoy, si estoy bien, cómo me va en el colegio, si necesito algo. Nos queremos mucho. Con mi abuelo paterno es distinto: pasa todo el día tomando, así que yo no tengo mucha comunicación con él. Con suerte, en las mañanas, cuando me vengo al colegio, lo saludo. En la tarde cuando llego, también.

Siempre iba a verla hasta que me quedé

Cuando yo vivía con mi abuelo, viajábamos a Curicó a ver a mi mamá. Recuerdo la última vez: fui con un vestido de mezclilla y zapatos de charol, con unas pantis de ésas como de hilo. En ese tiempo hacía calor y habían regado. Se había hecho una poza de agua y yo andaba jugando, porque acá en Santiago no jugaba con nadie y allá estaban todos mis primos. Empezamos a jugar con mi abuelo y con mi hermano, y me caí justo al agua y se me mancharon todas las pantis. Me puse nerviosa y empecé a llorar como loca, ¡como la señora de mi abuelo me gritaba por todo! Me pilló mi primo que es bien grande, es como mi hermano mayor. El me tomó en brazos y me dijo que no importaba.

Después mi mamá me vio y preguntó qué me había pasado. Vino la señora de mi abuelo y me retó bien retá, y mi mamá le dijo: “¡Cómo la retas así, si es una niña! Obviamente que se tiene que ensuciar, las pantis se lavan”. -No, pero es que costaron caras. Ahí empezaron a pelear. Después de eso mi mamá le comentó a mi abuelo que ya no quería estar más lejos de mí, que quería que me trajera, y él le dijo: “Ya hija, lo voy hacer”. Así que me quedé en Curicó. Mi abuelo Luis justo me había llevado ropa, porque estaba de vacaciones de verano e iba a pasar mi cumpleaños con mi mamá. Mi abuelo previno que me podía quedar porque me llevó un bolso lleno de ropa. Así que nos quedamos viviendo con mi tía.

Campo, puro campo

La casa era grande, era campo, puro campo. Estaba la casa y atrás el patio con árboles frutales: había manzanas, duraznos. Si nos daban ganas de comer fruta, la sacábamos del árbol, la lavábamos y la comíamos. Mi tío tenía de todo: había un gallinero lleno de gallinas, ¡tenía más de cien gallinas! En el verano, en las tardes, arreglábamos los

árboles con mi mamá y mis tíos, íbamos a buscar duraznos en una fuente, sacábamos los que estaban más maduritos, después nos sentábamos a comerlos y a ver la comedia. Como hacía calor nos poníamos afuera de la casa, ahí era fresquito.

Como era verano, mi mamá encontró pega poniéndoles bolsas a las manzanas o a las frambuesas, para que no se las comieran los gusanos. Trabajaba en la fruta más que nada y mi tía Cecilia nos cuidaba. La casa donde vivíamos quedaba cerca de un camino donde había frambuesas. Estaban al frente, así que cuando queríamos comer, nos arrancábamos y nos pasábamos por entremedio de los alambres con mi hermano. Llevábamos una taza y la llenábamos de frambuesas, la tapábamos y nos íbamos corriendo. Y si mi hermano no alcanzaba a llenar la taza, yo le daba. Mi tía lavaba bien las frambuesas, les echaba un poquito de azúcar y las molía, o nos hacía jugo con leche. Teníamos la fruta ahí mismo.

Tengo buenos recuerdos de esos años: la naturaleza, los animales, los primos, el cariño. Incluso a mi tía Cecilia no le digo tía: le digo mamá. Y a su ex marido, porque se separaron, no le decía tío, le decía papi, papi Alfonso. Era como súper lindo. Ahí estaban mis primos también, yo jugaba con ellos, pero ellos son mucho más grandes que yo. El mayor ahora tiene veinticinco y el otro tiene veintitrés. Yo me crié con ellos, me enseñaron muchas cosas, me hicieron mi primer cumpleaños, a mi hermano también. Me enseñaron a compartir, a pasarlo bien, lo pasamos bien juntos. Fueron súper lindos esos primeros años de mi infancia, a pesar de que estaba lejos de mi papá.

Ahora mis primos están grandes. Cuando voy para allá en el verano, en las vacaciones, me abrazan, me preguntan cómo estoy, si estoy triste me invitan a salir, a comer un helado para que yo me distraiga, para contarles cómo estoy. Siempre hablo con ellos, si estoy acá en Santiago me llaman. La otra vez fui un fin de semana largo, antes del 18, con mi pololo y se los presenté a mis primos. Yo pensé que iban a ser súper pesados con él, y no pasó eso, lo saludaron, le dijeron que me cuidara, que no me hiciera sufrir porque si no, se las tendría que ver con ellos. Son súper familiares, como que uno llega allá y es pura alegría.

Con mi prima nos íbamos todas las mañanas juntas al colegio

Cuando entré a la escuela, como me quedaba muy lejos de la casa donde vivía mi tía Cecilia, me fui donde mi otra tía, mi tía Sonia. Ella tenía dos hijos que también iban al colegio. Uno iba al liceo del centro de Curicó y mi prima, la Katy, que nos parecemos mucho las dos, iba al colegio donde estaba yo. Entré a primero básico y ella estaba en octavo. Con mi prima nos íbamos todas las mañanas juntas al colegio, nos compraban colación y nos íbamos. Como se llama Katy, a mí me decían la Katy Chica. Nos llevábamos súper bien. Si ella salía antes de clases, me esperaba o iba a la casa a cambiarse de ropa y luego me iba a buscar. El colegio estaba en toda una esquina, como a la entrada de la villa. Nosotros vivíamos en la primera calle del pasaje, vivíamos súper cerquita.

Me gustaba ir a la escuela. En clases nos enseñaban a restar, a sumar, a leer, todo me gustaba. Aparte que yo era súper ordenadita: iba con mi uniforme, con mi jumper, con la blusita bien ordenada. Pero cuando estaba en segundo, repetí de curso porque tuve un accidente: me quebré la mano, la muñeca derecha, y no podía escribir. Yo le decía a una amiga que me escribiera, yo respondía y ella escribía, pero la profesora no sé, me tenía mala. Me sacaba buenas notas al principio del semestre y después del accidente me ponía puros dos, aunque hiciera las tareas.

Después me cambié de colegio, porque nos vinimos a Santiago, ahí entré a tercero básico. De los profesores del colegio de Curicó no me acuerdo, pero sí de los compañeros. Hasta ahora tengo amigas de ese colegio: una se llama Belén y la otra Soledad. Antes nos veíamos todos los días. La Belén vivía casi al frente; ella se iba a quedar a mi

casa y yo a la de ella. Si ella faltaba al colegio, yo le pasaba los cuadernos y ella lo mismo; si ella estaba enferma, yo informaba en el colegio, llevaba el papel médico y todo eso. Para ir al colegio, mi tía Sonia me peinaba siempre con distintos peinados, y mi amiga Belén, como es demasiado crespa, me decía: “Ay, a ti te hacen todos los peinados y yo no puedo porque soy crespa”. Ella se hacía una cola. Mi tía le decía: “No sea envidiosa, hija, si a ti también te puedo peinar”. Le hacía trenzas bien pegadas en todo el pelo para que no se le salieran los rulitos, la Belén quedaba feliz.

Mis amigas todavía viven en Curicó, las veo en el verano. Este año, cuando fui, me topé con la Belén y justo estaba de cumpleaños. Me llamó y me invitó al cumpleaños. Ahí estuve con ella, no quería irme para la casa, porque como nos vemos sólo en el verano.

¡Maní salado, maní confitado, maní!

Algo raro pasó, no con mis tíos ni nada de eso, pero cuando terminé el año en el colegio, un día a mi mamá le dio la cuestión y nos vinimos a Santiago. Aquí estudié tercero y cuarto básico. No me acuerdo dónde llegamos a vivir. Juan se llama mi papá, en ese tiempo trabajaba vendiendo maní y cabritas, y vivía con el caballero que le daba trabajo. Un día le preguntó a mi papá si tenía familia –mi papá le dijo que sí– y que cuándo se venían a vivir con ellos. Ahí a mi papá se le ocurrió la idea y mi mamá se vino a Santiago con nosotros.

Llegamos a La Pintana: vivía con mi mamá, mi papá, mi hermano y el caballero que trabajaba con mi papá. El jefe de mi mamá era manicero, tenía carros de maní y de cabritas. Contrató a mi mamá y a mi papá para que vendieran, y él se encargaba de echar la mercadería al carro, de tener anotadita la cantidad que llevaban para ver que después no le faltara. En La Pintana estuve viviendo un año y medio o dos, más menos.

Mi mamá comenzó a vender cabritas en un parque: se ponía afuera, hacía las cabritas y las vendía. Trabajaba desde las dos de la tarde hasta las diez de la noche. Cuando llegaba, mi hermano y yo ya estábamos bañados y estábamos durmiendo. Mi papá también trabajaba: salía a las dos y llegaba tarde en la noche. Como era manicero, llegaba mucho más tarde porque se iba caminando. Algunas veces trabajaba hasta la una. Al otro día dormía toda la mañana, se levantaba, se bañaba, almorzaba y se iba a trabajar. Mi papá era un súper buen vendedor: algunos días llevaba doscientos manís, maní salado, maní confitado, ¡y los vendía todos! A veces llamaba para que le fueran a dejar más. Mi hermano y yo íbamos a la escuela en la mañana y comíamos ahí. Mi mamá nos despertaba, nos levantaba, nos vestía y nos iba a dejar. En la tarde nos iba a buscar el jefe de mi mamá. Mi papá le dijo una vez al caballero: “Nosotros trabajamos hasta tarde, Ximena no puede ir a buscar a los niños al colegio ni yo tampoco”. Le preguntó si él podía y él dijo que sí: “Ningún problema, yo voy en la bici”.

Nos iba a buscar y a dejar a la casa. Vivíamos en la misma casa, así que no nos quedábamos solos. Él trabajaba prácticamente todo el día ahí: contaba la mercadería, iba a comprar maní. El caballero nos iba a buscar al colegio en la bici y como era para una persona, a mí me sentaba adelante, en el fierro, y mi hermano iba sentado en el manubrio, al lado de mi pierna, y yo lo sujetaba. Así nos íbamos. Cuando llegábamos, bajaba mi hermano y luego me bajaba yo.

Una vez en la casa, nos decía que nos cambiáramos de ropa y después nos pasaba unas monedas para que nos fuéramos a comprar un helado. En ese tiempo, a la vueltecita vendían unos cubos grandes de fruta natural. Cuando salíamos, el caballero nos quedaba mirando desde la esquina y de ahí volvíamos a la casa. Al frente teníamos una plaza y con mi hermano le preguntábamos si podíamos ir a jugar. Él nos preguntaba si teníamos tarea y nosotros le decíamos que no, y nos íbamos al parque. Jugábamos ahí mismo, al frente, él nos salía a ver. Se ponía a trabajar

afuerita y nos miraba. Si teníamos tarea no íbamos a la plaza, nos sentábamos en un cartón en el pasto del patio, a la sombrita, y ahí nos tirábamos a hacer las tareas, en el fresquecito.

Él caballero tenía su señora y trabajaban juntos. Ella se encargaba de hacer la comida y nos daba si teníamos hambre. Si era la hora de once, nos llamaba, nos lavábamos las manos y nos servía, nos daba oncecita. En la noche, antes de acostarnos, nos preguntaba “¿tienen hambre?”, nosotros le decíamos “sí” y nos servía un plato de comida. De ahí nos lavábamos los dientes y nos íbamos acostar. Ella iba a ver si estábamos acostados, si necesitábamos algo, nos apagaba la luz y dormíamos hasta el otro día.

Llegué a tercero básico, hice cuarto y repetí

En La Pintana, el colegio se llamaba Hueñecito. Cuando llegué tuve que hacer nuevos amigos, todo de nuevo. Fue difícil, porque el uniforme era color burdeo y yo iba con uniforme azul y me preguntaban por qué iba con ése. Ahí les explicaron que no teníamos plata para comprarnos el nuevo, así que fuimos todo el año así y ya no nos dijeron nada.

El colegio era chiquitito, era como súper familiar, acogedor, eran pocos alumnos por curso: diez más o menos. Había talleres, hacíamos cocadas y galletas dulces. Había una tía que vendía esos pegalocos que se pegaban en los vidrios. Siempre comprábamos con mi hermano y jugábamos. También vendía cartas de cartón de monitos. Comprábamos hartas con mi hermano, la señora las vendía a \$100. Las íbamos comprando de a una y las juntábamos, teníamos una bolsa llena. Mamá reclamaba: “Les paso plata para que se compren algo para comer y compran eso”. Nos retaba, pero cada vez teníamos más. Entonces mi mamá nos empezó a comprar colaciones y dejó de darnos plata. Nos iba a dejar en la mañana y pasábamos al negocio, nos compraba un yogurt, una galleta, una fruta y un juguito para acompañar el almuerzo. Nosotros le pedíamos: “Mamá, danos cien”. -Ya no tengo plata, les compré colación.

En ese colegio me enseñaron casi lo mismo que me habían enseñado en el colegio de Curicó, así que no avancé mucho. Los profes eran buenos, si a uno le costaba le ayudaban. Ahí estuve hasta los diez años más o menos, en cuarto repetí. Yo creo que repetí porque tenía muchos problemas con mi mamá y mi papá. No me ayudaban no sentía que me apoyaban. Me sentía sola porque cuando llegaba a la casa mi mamá estaba trabajando y mi papá también. Peleaban mucho. Se habían separado varias veces porque él no quería dejar el vicio. Ella le decía: “Ahora tienes dos hijos, tienes que hacerte cargo”. -Bueno.

Yo trataba de hacer sola las tareas. Si no entendía, le preguntaba a mi mamá para que me ayudara, pero me decía que no, que no sabía. No tenía a quién más preguntarle, porque mi papá estudió hasta cuarto básico y mi mamá hasta octavo. No tenían mucho aprendizaje, y yo no tenía a nadie más. En el colegio hacía lo que sabía o lo que entendía, y cuando me preguntaban de la tarea y no sabía, les contaba a los profesores y me volvían a enseñar. Así fui aprendiendo. Después yo le ayudaba a mi hermano a hacer las tareas.

Volvimos a Curicó; se veía feliz con él, pero después estuvo todo mal

Mi mamá con mi papá peleaban mucho y ella decidió volver a Curicó. Llegamos a la casa de mi abuela y ahí fue cuando mi mamá se encontró con el ex pololo, con el caballero ése. Había sido el primer pololo de mi mamá, se conocían desde chicos, y como ella estaba soltera... Yo tenía catorce años cuando se juntaron, mi hermano doce.

Se encontraron, empezaron a pololear de nuevo y ahí él le preguntó a mi mamá si quería que viviesen juntos. Ella dijo que sí, enamorada yo cacho, y nos fuimos todos a su casa. Con él vivimos casi un año y medio o dos, en una casa en el mismo pasaje de mi abuela. Fue bueno por una parte, porque así no molestábamos a mi abuela, en su casa vivían hartas personas. Yo veía bien a mi mamá, se veía feliz, pero después estuvo todo mal.

Yo no me llevaba bien con él, mi hermano en cambio estaba feliz, porque si quería algo se lo daba altiro, como a todo niño cuando es chico. Pero como yo era la mayor, no era muy bueno eso. Estaba acostumbrada a estar con mi papá, no fue fácil para mí. Eso me marcó harto.

Luego de un tiempo que llevábamos juntos, una noche el caballero ése le pegó a mi mamá. ¡Fue tan cobarde! Le pegó con un cenicero de vidrio con punta y le marcó la cara, fue súper doloroso. Ese día en la noche, recuerdo que estábamos durmiendo con mi hermano; teníamos una pieza y dormíamos en camarote. Ellos estaban viendo películas, puro riéndose y de repente todo quedó en silencio, apagaron las luces: “Se van a acostar”, pensé. Y luego empecé a escuchar gritos desde la pieza de mi mamá y me levanté. Al principio creí que era un sueño, pero cuando abrí un ojo, escuché los gritos más cerca. Me levanté y era mi mamá que estaba llorando. Ahí prendí la luz de su pieza y la vi: tenía la cara destruida, llena de sangre. Lo único que fui capaz de hacer fue pescar el escobillón que estaba justo ahí, y pegarle al caballero unos palos y decirle: “¡Voy a llamar a los carabineros!”. Mi hermano despertó y llamó a los carabineros, y el caballero salió por detrás, arrancó por un potrero.

Mientras tanto, yo le marqué el teléfono al Ariel para que llamara a mi tía. Ellos recién se habían ido para su casa, hacía como una hora, y empecé a limpiarle la cara a mi mamá porque la tenía llena de sangre. Yo no sabía dónde se había cortado. Llegaron mi tía y mi tío, me dijeron que pescara ropa para nosotros y mi mamá, lo que más usábamos, y que la guardara en una mochila, que nos íbamos. En el camino, con mi hermano teníamos mucho sueño. Cuando llegamos a la casa le limpiaron la cara a mi mamá, le dijeron que se bañara y la llevaron a la posta. Ahí la curaron, no le quisieron poner puntos, o le pusieron, no me acuerdo. De vuelta recién pudimos dormir con mi hermano, nos quedamos dormidos a las seis de la mañana.

Al otro día despertamos asustados. Cuando fuimos a ver a mi mamá todavía estaba durmiendo. Estaban todos durmiendo, así que con el Ariel no quisimos meter bulla y nos acostamos. Mi mamá no me dijo nada después. Yo creo que por eso ella tiene miedo de juntarse con alguien, porque mi mamá no está enamorada de mi papá, tiene muchos problemas con él. Por eso se quiere ir de la casa, pero no puede: “No puedo arrendar una casa porque sale muy caro”, me dice. Nunca pensé que el caballero éste le iba a pegar a mi mamá. Cuando la vi así, con sangre, me dio rabia. Yo creo que nadie espera ver a su mamá ensangrentada, que un hombre le pegue. Cada vez que vamos a Curicó a ver a mi abuelo, a mi tío, él pasa por afuera del pasaje, trabaja por ahí. La otra vez estábamos con mi mamá conversando y fumándonos un cigarro, escuchando música, y pasó el Oscar. Yo estaba de espalda y, como a mí no me saluda, pasó justo en el momento en que mi mamá estaba conmigo y la saludó. Le dijo “hola, Ximena”. Yo le reconocí la voz y me di vuelta, le di una mirada y él caminó rapidito.

Teníamos lo justo y necesario

A mí me cae mal él porque trató mal a mi mamá, le marcó la cara. Él era casado, pero tuvieron un atado con su señora y ella lo dejó por el primo y tuvo un hijo. Cuando se quedó viviendo solo fue cuando se encontró con mi mamá. Ahora volvió con la señora y el hijo del primo, que ahora es supuestamente su hijo porque se llama igual a él. Le puso el apellido, aunque no es su hijo.

Cuando nos fuimos de esa casa, nos quedamos viviendo un tiempo con mi tía y después arrendamos una casa al frente de mi abuela. Ahí había unas piezas, como una mediagua. Cabía una cama no más, y nos fuimos mi mamá, mi hermano y yo. Recuerdo que nos llevamos el camarote: yo dormía arriba y mi hermano dormía abajo con mi mamá. Teníamos una mesita chiquitita para tomar once, tres tazas; teníamos lo justo y necesario y de a poco mi mamá nos fue comprando ropa, porque de la otra casa salimos con lo puesto. Después mi tío tuvo un problema y se fue arrendar ahí otra pieza. Él tenía su pícita, sus cosas, y cuando mi mamá dormía mal, le dolía la espalda, yo me iba a dormir con mi tía y mi hermano dormía arriba en el camarote. Así ella podía dormir sola, más cómoda.

En ese tiempo mi mamá trabajaba en un frigorífico seleccionando las mejores frutas para exportación. Ella las ponía en una caja de embalaje. Siempre traía cajas de todo tipo de frutas: manzanas, ciruelas, guindas, frutillas, duraznos, todas las frutas. Como mi mamá trabajaba ahí le vendían a \$5.000 una caja grande. Trabajaba mucho, a veces le tocaba turno de noche, y cuando nosotros veníamos llegando del colegio ella iba saliendo para el trabajo. Entonces no nos veíamos nunca, era como “hola, cómo les fue, me tengo que ir”.

Ese colegio no era tan nuevo para mí

En Curicó, en ese tiempo, iba a un colegio que estaba afuera, en Los Niches. Quedaba como a veinte minutos de mi casa, estaba súper cerca. No era nuevo para mí porque ahí hice primero y segundo básico, y volví a hacer cuarto y quinto básico. En ese tiempo estudiaba dos años en una parte, después me iba dos años a otra, volvía dos años y así. Al principio fue muy fome. A mí me gusta estudiar pero mi mamá nos cambiaba a mí y a mi hermano a cada rato de colegio. Todos los años nos cambiaba y yo quedaba repitiendo por las notas o por asistencia. No tanto por asistencia, porque iba todos los días, pero en las pruebas me iba mal. Igual fue bueno volver, porque, aunque no estuvieran los mismos amigos de antes, siempre había alguien conocido y me iba haciendo amigos.

Volvimos a Santiago; yo escribía y escribía

Después de estar en Curicó nos vinimos a Santiago, como a los dos o tres años más o menos. Mi mamá se vino a trabajar porque en Santiago estaba mejor que en Curicó. Volvimos a la casa de mi papá y todavía estamos ahí.

Mi mamá empezó a trabajar en negocios: cortar cecinas, atender público. Trabajaba muchas horas, prácticamente todo el día: entraba a las ocho, salía a las dos a colación, hasta las cinco, tenía otra colación y de ahí hasta las doce o una de la mañana. Era un minimarket y botillería. Nosotros salíamos a las cinco del colegio y llegábamos a las cinco y media a la casa, y mi mamá no estaba. Cuando ella llegaba estábamos durmiendo.

Después mi mamá se dio cuenta de que le sacaban el jugo y que no le pagaban las horas extras, así que se retiró y se metió a otro negocio. En el otro hacía lo mismo: trabajaba todo el día, incluso más, porque entraba a las siete cuarenta de la mañana y no tenía horario de colación. A veces tenía que estar todo el día trabajando y no comía, estaba a pura agua atendiendo gente. Ahí adelgazó hartito, con el Ariel le dijimos, llegué a pelear con ella para que dejara ese trabajo. “¡Cómo voy a dejar de trabajar, quién les va dar para que tengan sus cosas, si yo no trabajo no comemos!”, decía. Mis papás en ese tiempo tampoco estaban muy bien, porque mi papá con mi tío andaban jugando, pasándola bien, tomando, pero igual seguimos viviendo todos juntos.

Ahí yo me hacía cargo de la comida, del aseo, de lavar y recoger la ropa, me preocupaba de todo eso. Pasaba sola, porque cuando mi papá no tenía trabajo se la pasaba en la calle, mi hermano igual. Era el tiempo de los volantines y

mi hermano salía hartito a encumbrar volantines. Como estaba sola, pasaba llorando, triste por problemas o tonteras: me iba mal en el colegio. Antes me trataban mal, me hacían bullying y toda la cuestión, y no me podía defender. Me daba miedo contarles a mis papás o a mis tíos, porque ellos son como muy acelerados y me daba miedo la reacción, que fueran al colegio y dejaran la embarrada. Entonces no conversaba con ellos cuando tenía problemas.

Lo que hacía era escribir en un cuaderno, escribía y escribía todo lo que sentía. Después lo leía, sacaba la hoja o la quemaba, y ahí escribiendo salía todo. Escribía como hablando, como contándole a alguien y así me desahogaba. Ahora ya no tengo que hacer eso porque puedo hablar con la gente. Por ejemplo, con mi mamá. A ella le digo las cosas; a veces se enoja o se molesta porque le digo la verdad, pero al menos me desahogo.

“La niña estaba acostumbrada al campo”

Igual fue fome el cambio, no fue muy fácil adaptarme. Fue triste porque me alejé de mi tío, del campo, y pasaba enferma. Como aquí en Santiago hay mucho esmog, gérmenes, no era lo mismo que vivir en Curicó. Pasaba con dolores de cabeza, mareos, vómitos, pasaba en el hospital. Mi mamá decía que a lo mejor era una infección, un virus que andaba por ahí, y no era eso. ¡Ni los médicos sabían! Pero cuando volvía a Curicó cambiaba altiro: tomaba el bus en Santiago y me sentía súper mal, pero llegaba a Curicó y apenas me bajaba me sentía bien. Mi tía le dijo a mi mamá que era el cambio de aire: “La niña estaba acostumbrada al campo y no a la ciudad”. Tenía razón, porque cuando volvía a Santiago, me sentía mal. Mi tía me dio unos remedios naturales, de esos de hierba, para relajarme. El agüita de apio me ayudó mucho. Andaba bien todo el día, me sentía bien como si estuviese en Curicó. Con el tiempo no tuve necesidad de tomarla más, fui creciendo.

Somos catorce personas, la convivencia es difícil

Desde que tengo doce años vivimos todos juntos en la casa de mi papá: mi mamá, mi papá, mi hermano, mi abuelo paterno, mi tía por parte de papá y el hermano mayor de mi papá y su hijo. Mi tío está con su señora y sus dos hijas; una hija está con su marido y sus dos hijos, la otra hija está con su pololo. También mi prima, ella pasa todo el día con nosotros. Somos catorce personas con los niños: hay cinco niños, son primos, pero más bien lejanos. La casa de nosotros está adelante, tuvimos que hacer un segundo piso. Atrás vive mi abuelo con mi tía: ahí están el patio, el auto, también está la casa de mi tío. Hay tres casas en el terreno, dos con segundo piso, cada uno con su espacio. La convivencia es difícil.

Mi papá ya tiene treinta y nueve años. Le gusta trabajar, pero como consume droga no le cunde mucho la plata. Consume marihuana y pasta base, lo que gana se lo va gastando en eso. Un día que no fui al colegio y me quedé en la casa, ordené lo que más pude y después llegó y me dijo que hiciera almuerzo. Le dije que “ya” y le pregunté: “¿Quieres que haga de almuerzo?” -No sé, compremos una ensaladita. -Pero mi mamá dijo que hiciera cazuela. -No, hace mucho calor para estar haciendo cazuela, más encima cuánta plata vas a gastar. Cómprate una ensaladita y unas hamburguesas. Me pasó plata: -¿Eso no más tienes? Eran dos mil pesos. -Sí, poh, de ahí tengo que ir a buscar más”. Hace como un mes que está sin trabajo, aunque hace pololitos: va a botar basura en su triciclo y le pasan plata. Me dijo: “Tengo que hacer un pololito, de ahí voy y te traigo plata para que compremos para la once”. Así que almorzamos, lavé la loza y me puse a ver las comedias. Mi papá ese día tuvo que lavar dos alfombras y yo le ayudé. Por eso le pagaron \$5.000. Me pasó los \$5.000 y me pidió: “Compra para tomar once y me traes \$2.000 para que tu mamá cargue la BIP”.

Así con mi papá. A veces no hablamos mucho, pero cuando estamos solos nos comunicamos súper bien. A veces pensamos igual, pero cuando anda con su vicio no le hablo porque no me gusta que haga eso. Ahí es como si estuviera hablando sola, no me puedo apoyar en él. Él me ha prometido que va a dejar el vicio, las drogas, el alcohol, las máquinas, pero todo lo que gana se lo gasta en eso.

Mi papá consume desde que nació, mucho antes de que conociera a mi mamá, la verdad, prácticamente desde niño. Mi mamá está aburrída, tiene miedo por mi hermano, porque igual tiene catorce años. Tiene miedo de que más adelante, cuando tenga más edad, haga lo mismo que mi papá, que consuma droga. Más encima mi papá le ha pegado a mi mamá y mi hermano lo ha visto. Ella tiene miedo de que él cuando esté pololeando, cuando esté con su pareja, le pegue, que llegue curado a la casa y le pegue a la señora.

Mi papá no se ha hecho ningún tratamiento. Yo le he dicho que vaya, incluso le he ido a sacar hora y le aviso, pero me dice “no puedo, tengo que hacer”, y de ahí no aparece hasta la noche. Con mi mamá hemos comprado unos polvitos para que deje de tomar. Con esos polvitos, cuando prueba el alcohol vomita o con el puro olor no quiere tomar más. Se ponen en todo lo que él come, en el vino. Hasta en la botella de jugo le echamos un poquito, y mi papá no... era peor, como que más ganas le daban.

Mi mamá tiene que aguantar todo para que no la echen

Creo que mis papás vuelven porque no tenemos casa propia para decir: “Ya, yo hago las cosas que quiero, tú te vas”. La casa es de mi abuelo paterno. Mi mamá pidió una mediagua y la pusimos arriba en el techo. Así nos hicimos un segundo piso, pero mi mamá está aburrída porque mi papá llega curado y ella tiene que aguantar todo.

Mi papá la ha echado varias veces, pero mi tío, el hermano mayor de mi papá, le dice a mi papá: “La Ximena no se puede ir, siempre está pagando las cuentas de la luz y el agua, y tú nunca lo haces; ella paga las cuentas antes de que lleguen. Tú ni siquiera le pasas \$2.000 para que pague”. Siempre mi tío está apoyando a mi mamá, y como me tiene a mí y al Ariel, le dice a mi papá: “La Ximena no está sola. Tú te puedes ir a la cresta, no aportas en nada en la casa, sólo para pasar rabias. Ella tiene a los chiquillos, tú no la puedes echar. ¿A dónde se van a ir? Los chiquillos están estudiando, tienen que terminar de estudiar”.

Eso igual me da rabia. Mi mamá toda su vida ha trabajado. Desde que nació yo, ha hecho de todo para sacarnos adelante a mí y a mi hermano, y a mi papá lo único que le importa son sus vicios. Por ejemplo, ahora mi mamá cuida a unos chiquillos. Cuando ellos están en el colegio mi mamá llega más temprano a la casa, pero cuando es verano llega más tarde, como a las ocho, nueve. La última vez llegó a las doce, pero normalmente es a las siete.

Mi mamá

Mi mamá, Ximena, ahora tiene treinta y siete años. Hace poco tiempo teníamos demasiados problemas, pasábamos peleando por todo. En general no me escuchaba. Cuando llegaba del trabajo hablaba todo el rato de “que los niños, que hice esto, que estaba desordenado el departamento”. Y cuando trataba de hablarle, hacía como que me escuchaba pero seguía viendo la tele. Era súper fría conmigo. Yo también soy fría, pero cuando a veces me sentaba a su lado para darle un abrazo, ella me decía “ya, estoy ocupada” o “tengo calor”, alguna excusa. Yo no digo que no me quiera, pero no tomaba atención a lo que decía. Aparte, mientras más crecía, mi mamá menos me dejaba salir, y cuando uno va creciendo quiere salir más, conocer, hacerse de amigos y todo eso. Pero como que no le gustaba que

yo tuviese amigos. Antes me iban a ver a la casa, pero no pasaban veinte minutos y mi mamá me llamaba para que me fuera a acostar, que ya era tarde, o me mandaba a hacer cualquier cosa para que mis amigos se fueran. Eso igual aburre. Después, como estaba encerrada, me decía: “¿Qué estás haciendo encerrada? ¡Sale!” -¿Con quién voy a salir si no tengo amigos? Ahora no me vienen a ver. Yo los llamo o les escribo, pero no me contestan.

A veces no la entiendo mucho. Mi abuela falleció súper temprano, mi mamá era muy chica, pero la cuidaron mi bisabuela y mi tía, que es mayor. Mi tía siempre ha estado con ella, las mujeres de la familia no la dejaron sola. Lo femenino siempre estuvo, ellas fueron como su segunda mamá. Mi tía me cuenta que si a mi mamá le pasaba algo, al tiro se preocupaban. Si mi mamá estaba triste le preguntaban; si les quería contar algo, ellas siempre la escuchaban, le daban consejos, le decían lo que era bueno y lo que era malo. Mis tías le dieron el consejo y el apoyo que ella necesitaba cuando estaba chica, cuando tenía la misma edad mía. Y a mí que he necesitado su apoyo, ella no ha podido dármelo.

Llegué el año 2012 a Súmate; me recibieron al tiro

Cuando nos vinimos a vivir a Pudahuel con mi papá, llegué a hacer sexto básico, pero repetí. Mi mamá no encontraba colegio para mí, así que me quedé en la casa y perdí medio año. Después me matricularon acá en Súmate. Mi mamá había buscado colegio por todos lados y como mi tía trabajaba en Renca, un día justo se baja en el paradero y vio el colegio que está al lado de éste. Mi mamá y mi papá fueron a ver si me podían matricular y les dijeron que no, porque había repetido muchos años y por la edad. Como no los recibieron, vieron que al lado estaba este colegio y mi mamá vino al otro día a preguntar si me podían matricular.

Cuando vino a la Escuela Padre Hurtado me recibieron al tiro. Le preguntaron mi edad, yo tenía quince en ese tiempo, y le dijeron que sí, que ningún problema, que tenía que venir a hacer una prueba y de ahí ya quedaba matriculada. Vine, hice la prueba de evaluación para saber a qué curso podía entrar y el nivel que me correspondía, y me fue bien. Todo lo que decía la prueba yo ya lo sabía, así que quedé en el curso en el que tenía que estar. Llegué aquí al tercer nivel, es decir a quinto y sexto.

Lo más difícil fue cuando recién llegué. Recuerdo que salía al recreo y me sentía sola, me sentía como un bicho raro. Después tocaban la campana y me sentaba sola. Gracias a los profesores me fueron conociendo los chiquillos y fui haciendo amigos.

Esta escuela es demasiado diferente

Esta escuela es muy diferente a las otras, demasiado diferente. En las otras escuelas uno tiene que comprarse todo: el buzo, el uniforme, todo, y algunos papás no tienen los recursos. Aquí es al contrario: piden los cuadernos que uno necesita y si uno no tiene, los tíos nos pasan los cuadernos, los lápices, los materiales. De lo único que uno tiene que preocuparse es de venir todos los días.

Por eso mi mamá está agradecida del colegio y por eso también metió a mi hermano aquí. Ella piensa que gracias al colegio no tiene que hacer tanto gasto como en otras partes. En el otro colegio pedían lista de materiales y al final uno no usaba casi nada, y después te seguían pidiendo y pidiendo. Aquí no. Incluso el buzo te lo regalan y en la talla de uno. Me regalaron también un par de zapatillas nuevas, de marca; las donó una tienda, creo.

En los otros colegios donde he estado, los profesores son súper centrados en ser profesores y nada más. Por ejemplo, si allá tenía problemas o alguien tenía problemas no se preocupaban, sólo los amigos se preocupaban. En

cambio aquí se preocupan los amigos y los profesores de que uno esté bien, de que a uno no le falte nada. Además el trato es diferente, todo es diferente. En otras partes los profesores son medio cuicos y aquí son gente común y corriente. Pueden tener su profesión, tener la media casa, ganar plata, pero son súper humildes.

La educación también es diferente. En los otros colegios se aprende todo en un puro año y aquí, como es dos en uno, es más complicado. Yo repetí aquí. En el otro colegio vi la misma materia, pero no la pasan igual. Acá uno logra aprender. Si uno no sabe, los profesores te explican hasta que aprendas, pero en el otro colegio los profesores decían la página donde teníamos que hacer los ejercicios y si nos costaba no nos explicaban. Si uno los llamaba para preguntarles algo, decían que en el libro estaba todo, eran súper pesados.

Llego como a las ocho y media y me voy un cuarto para las cinco

Cuando llego al colegio, entro por la puerta y siempre hay un auxiliar. En las mañanas temprano están los profesores o el inspector y te saludan en buena onda. Si uno viene como con mala cara, ellos te preguntan que cómo estás, que por qué esa cara. Las clases duran hasta un cuarto para las cinco, de lunes a jueves, porque el viernes salimos a la una, pero con el almuerzo y todo. Hasta noviembre tenemos clases normales. En diciembre las cosas cambian: las clases durarán hasta las cuatro y veinte y tendremos paseos la primera semana.

En la mañana, cuando uno llega, pasamos al comedor. Se llega como a la ocho y veinte, porque a las ocho y media tocan para entrar a clases, entonces para el desayuno hay que estar antes. Hay muchos que no toman desayuno porque no alcanzaron o porque tomaron en sus casas.

Cuando entro al colegio, después de saludar me voy caminando a la sala. A la pasada saludo a la tía Bárbara o la tía Ruth, o está el tío Nelson y me saluda. Después llego a la sala, toco la puerta, la tía me abre y me dice “¡hola!”, me da un beso, me abraza súper fuerte y me pregunta cómo estoy. Después saludo a mis amigas, que son dos, y luego la tía me pasa las guías que están haciendo. Yo me voy directo a clases porque a veces llego tarde. Entonces la tía me explica lo que han hecho. Si vengo muy atrasada y no alcanzo a copiar algo, me consigo el cuaderno o la tía me consigue uno y yo escribo todo.

A veces hay problemas porque llego atrasada. Lllaman al apoderado o te mandan para la casa, que por qué estás viniendo tan tarde y sin justificación. Pero si uno se atrasa una vez a la semana no te retan tanto. La primera hora es de clases, de las ocho y media hasta las diez. Después vienen los talleres para los cuartos y los octavos, desde las diez y media hasta como un cuarto para las doce.

Si es lunes, hacemos el círculo, una reunión donde nos juntamos todos: los profesores, los alumnos, el director, el inspector. Los lunes se hace la bienvenida y el viernes es como la despedida. Los profesores se turnan para hablar. El que abre el círculo da la bienvenida y al final hablan todos los profesores. Si es lunes, nos hablan de las actividades que va a haber; los viernes, en cambio, felicitan a los que se han portado bien, a los que tuvieron buena conducta, nos dan apoyo si hemos faltado a clases, nos dicen que no faltemos, que si nos pasa algo ellos nos pueden ayudar, y que si estamos tristes hablemos con ellos también. A los que se portaron bien en la semana, les pasan un papelito con su nombre y apellido.

El año pasado me tocaron más papelitos que este año, este primer semestre sólo me entregaron dos. Ahí me felicitaron por ser buena alumna, por llegar temprano, pero ahora no: ahora llego atrasada, porque ya es fin de año y como que no quiero venir más.

Los días lunes, además, la profesora jefe nos pregunta a cada uno cómo estuvo el fin de semana, si lo pasamos bien, si tuvimos problemas. De ahí la tía hace su clase y nos revisa el cuaderno, nos pone una nota por los ejercicios

y la anota en su cuaderno. Después salimos al recreo, nos juntamos con las amigas de los otros cursos, yo saludo a los otros profesores que no había visto. Con mis amigas vamos al baño, no sé, al patio, nos alisamos el pelo a veces, nos pintamos, escuchamos música, si tenemos hambre vamos al quiosco y nos compramos algo para comer, pura risa entre nosotras. A veces somos puras mujeres, dos o tres, y llegan los chiquillos: nos abrazan, nos saludan, tiran la talla, nos dejan riendo y se van. Después vuelven y así. Luego entramos nuevamente a la sala.

En la mañana me toca clase en mi sala. Después tocan la campana y ahí tenemos que pescar nuestros bolsos o mochilas, y luego del recreo irnos a otra sala. Las salas son por ramos, por profesores. En la mañana, por ejemplo, me toca lenguaje y después matemáticas. Son tres clases en la mañana. A las doce tocan y nosotros salimos al recreo lúdico, que es como un recreo largo: los hombres van a jugar a la cancha, está el taller de computación donde pueden subir hombres y mujeres; está el cordel para saltar la cuerda para las mujeres, está el colchoneton para que los hombres hagan volteretas, las mujeres también, pero más que nada la usamos para acostarnos cuando está a la sombra. También está el taller de costura: ahí las mujeres, si les quedan los pantalones anchos, suben y los arreglan, o si tiene una mancha le ponen un diseño.

De ahí viene la hora del almuerzo y hacemos las filas para entrar al comedor: una fila de hombres y otra de mujeres. Un profesor nos va dando la pasada. Cuenta cinco alumnos: cinco hombres pasan, después cinco mujeres y así. Luego hay que hacer la fila para recibir la bandeja y ahí uno se va a sentar. Después de comer tenemos que dejar la bandeja que ocupamos en una ventanita. La tía de la cocina la toma y la lava. A esa hora es ya la una, y tenemos recreo hasta las dos. Ese es el recreo más largo. Yo a veces almuerzo, porque no me gusta mucho la comida de acá. La dan con mucha sal o sin nada de sal, o muy caliente o muy helada... hacen puré instantáneo y no me gusta.

Por la tarde tenemos los talleres: yo tengo los lunes, los miércoles y los viernes. Y a la salida nos dan la once. Ahí tenemos la misma rutina que al almuerzo. Nos dan leche o su cajita de jugo, cereales o un galletón. También nos dan una bolsita con manzana seca; esa no me la como, pero todo lo demás, sí. Después hacemos la fila para formarnos y nos dan la salida en la puerta del colegio: hay un profesor que va contando cinco hombres, cinco mujeres, o de a diez, se despiden de uno y nos pasan comunicaciones. A veces hay otros profesores, están el tío Nelson o el tío Cristian de educación física. Nos dicen “chao”, que nos cuidemos, que nos vayamos bien derechos para la casa.

Los talleres son súper entretenidos

Hay talleres los lunes para los cuartos; para los quintos y sextos, los martes y jueves; y para los octavos, los lunes, miércoles y viernes. Son de peluquería, de gastronomía y de manualidades, ése es multi-taller. Yo he estado en los tres, son súper entretenidos, pero los que más me gustan son peluquería y alimentación.

En el de peluquería he aprendido a hacer visos, la permanente lisa y crespa, la manicure para arreglar las manos, la limpieza facial, a maquillar, a hacer algunos peinados, a cortarles el pelo a los hombres y a las mujeres. El corte de pelo me lo enseñó la tía Irma; no a todos les tiene confianza, a mí me ha ido enseñando de a poco.

Le corté el pelo a mi hermano y me quedó bien. La tía me iba guiando mientras le cortaba para que no me fuera a equivocar, para que no fuera a quedar un mechón más largo y otro más corto. Había momentos en que me decía como tenía hacerlo y después me dejaba sola. Yo me ponía nerviosa, pero seguía. Mi hermano quedó contento. Después quería que le volviera a cortar el pelo, pero le dije que no, que me daba vergüenza, y la tía me dijo: “Tienes que practicar más para que no te cueste tanto tomar las tijeras y la peineta con la misma mano”. Porque con una mano tienes la tijera para cortar y la peineta, con la otra pescas los pelos. Es medio complicado. Ayer la tía Irma me contó que van hacer un concurso de depilación y de manicura, y me preguntó si quería participar. Me dijo que si

aprendo a depilar, en el verano puedo comprar las cosas, que no se gasta mucha plata, hacerlo a domicilio y ganar mis monedas. Me encanta ese taller, igual que el de gastronomía.

En el de gastronomía he estado estos últimos tres meses. Ahí la tía nos enseña a hacer pasteles, tortas, puros dulces. Pero cuando empieza el año nos enseña a hacer pan amasado, dobladitas, las masas de pan. Ya después empieza a hacer trenzas dulces, pan de huevo, todo lo que es pastel y dulces. El año pasado aprendí a hacer la torta Selvanegra, la de milhojas, la de frutilla. Ahora no he hecho mucho porque estoy en taller de inglés.

Al taller de inglés voy los miércoles hasta las tres y después, de las tres y media hasta que toquen para salir, voy al de gastronomía. El de inglés empezó este segundo semestre. Antes lo hacían sólo los viernes, después del horario de clases, y uno tenía que quedarse, pero ahora no. Así que me inscribí para aprender lo más básico. Igual es difícil, porque una está acostumbrada a hablar solamente español, pero el profesor nos enseña. Somos poquitos: de mi curso somos tres y del otro hay más. También está el taller de manualidades. Yo, por ejemplo, no sabía casi nada de manualidades y en el multi-taller he aprendido hacer muchas cosas que ni yo misma sabía que era capaz de hacer.

Las salidas de Súmate

Hay también hartas actividades y salidas, paseos. Yo estaba inscrita en la salida de Súmate, o sea del “Sube conmigo”. Ahí uno sube a los cerros, se hace una vez al mes. Esa actividad es para las escuelas Súmate y para otras escuelas y colegios. Eligen a los que se portan bien y quieren participar. El tío de educación física, el tío Cristian, me inscribió, y el tío Nelson me entregó la autorización para que mis papás la firmaran. Me dijeron que tenía que ir cómoda, con calzas o buzo, y que solamente tenía que llevar cosas para comer y agua, aunque aquí nos dan. Con ese grupo vamos a los cerros de Santiago al cerro Manquehuito, al cerro de Renca, al cerro Colorado. Vamos a la nieve también, a Valle Nevado.

Subí el cerro de Renca, el Manquehue, ése es un inmenso cerro, y otro más que no me acuerdo, pero también era inmenso. Tenía muchas complicaciones para subir, pero se pasa bien. El paseo a la nieve fue la última salida que hice, porque después no pude ir. De este colegio van como doce, trece chiquillos, más no van.

De aquí nos vamos en micro y luego en metro, o en un furgón que nos lleva y nos viene a dejar a la escuela. Hay un campamento también, pero yo no he ido nunca. Mi amiga fue y me dijo que lo pasaron bien. Yo no participo en más actividades, pero sí, por ejemplo, cuando hacen la fiesta para el 18 y eligen la mejor vestimenta. Me vestía bonita, venía toda de azul y blanco para ganar. Esa vez me dieron un chocolate por la votación de los amigos.

Mañana por el colegio vamos de paseo a la piscina, ése es el último paseo. Nos vamos a ir temprano, es todo el día, de ocho a ocho. Hoy día tengo que llegar a la casa a armar el bolso grande con mi ropa y la de mi hermano. Tenemos que llevar además bloqueador y lentes. Cuando llegue a la casa, me voy a bañar y de ahí me pongo a arreglar la ropa, porque mi hermano no hace nada. Después tengo que hacer aseo en mi pieza, en la pieza de mi hermano y mañana a levantarse temprano.

Tengo la capacidad de aprender más de lo que he aprendido

En mi curso siempre vamos a clases, la otra vez éramos como veintiuno. Fue la vez que más habíamos en la sala, aunque somos muchos más. Lo que pasa es que no todos vienen porque algunos tienen problemas con sus familias, que no los apoyan para estudiar, o están metidos en los vicios, en la droga. Pero somos como veinte normalmente.

Yo no creo ser buena alumna, los chiquillos me dicen “ah, es que tú eres matea”, pero yo no me siento así. No sé, creo que ellos se distraen con cualquier cuestión o están metidos en el teléfono escuchando música, y yo sólo le pongo atención al profesor, nada más.

Igual no estudio para las pruebas, porque cada vez que estudio me va mal, así que prefiero hacer la prueba así no más y me va mucho mejor. Cuando me toca una prueba repaso todo en mi mente, los ejercicios que hemos hecho, y si no entiendo algo le pregunto al profesor, pero a lo lejos, una o dos preguntas, más no. Cuando empieza, al principio muevo los pies, muevo el lápiz, muevo cualquier cosa para concentrarme. Cuesta, porque como gritan no es fácil poner atención, así que eso hago: muevo cosas para concentrarme. La tía Katy, cuando uno tiene muchos rojos, ella es la encargada de eso, anota a todos los que tienen rojos y en el recreo les dice: “Oye, tú estás en la lista negra”. Todos como que se quedan pensando. -¿Por qué estoy en la lista negra si no he hecho nada?

Yo estuve el año pasado en esa lista y le pregunté por qué. Me respondió “tú tienes rojos en matemáticas y en historia”. -¿Cómo puedo subirlos? -Yo te voy ayudar, después hablas con el profe para que te haga una prueba y puedas subir ese rojo. Fui a las clases, no son un taller ni nada de eso. Recordamos y reforzamos la materia. A mí me ha ido bien, súper bien. Tenía tres rojos en lenguaje y los he subido.

El año pasado no fue un buen año, pero siento que este año sí lo es

Este año debería estar en primero y en segundo, pero repetí porque tenía muchos problemas familiares, por las notas aparte, por asistencia, porque no quería venir al colegio. El año pasado no fue un buen año, pero siento que éste sí lo es. Como que aprendí, como que cada año que pasa maduro más de lo que uno debería madurar. Los problemas que he tenido en la casa ahora los dejo afuera. Llego al colegio y hago como que no pasara nada, en el colegio estoy bien. Como que me olvido un poco de mi casa, me olvido de que mi papá es así, me olvido de cómo es mi mamá conmigo. Si me pasa algo, los profesores se preocupan al tiro y si yo quiero contar me escuchan, me dan consejos y me dicen si lo que quiero hacer está bien. O si lo que hago está mal, me ayudan a repararlo.

Le he contado algunas cosas sobre mi mamá a la tía Irma, a la tía de peluquería también y ella me dijo que algunas mamás son así. Yo le conté que mi mamá se preocupa de cuidar a los niños de su trabajo más que a sus propios hijos y ella me dijo: “Pero es que a lo mejor le pagan más plata”. Le contesté que eso no era así. Creo que mi mamá piensa que como estoy más grande, no voy a cometer errores, pero ella siempre ha tenido el apoyo de su familia.

Yo no estaba muy bien por eso, entonces la tía Ruth me vio, la tía Marcela también me vio. Normalmente llegaba al colegio y saludaba a todos y de un día para el otro llegaba, entraba, si me hablaban yo seguía; los miraba no más y seguía. O me saludaban y yo les contestaba “hola”, pero no los miraba o no los abrazaba. Después le dijeron a la tía Ruth que yo estaba así y ella se acercó, me preguntó qué me pasaba, me dijo que podía confiar en ella y ahí empezamos a conversar, a tomar confianza para que me ayudara con mi mamá. Primero me llamó para hablar conmigo en los recreos; después llamó a mi mamá y fuimos hablando las tres. La tía nos hizo llorar a mi mamá y a mí. Le preguntó a mi mamá si ellos, mis papás, habían planeado tenerme a mí y a mi hermano, o si había sido porque no se cuidaron. Mi mamá le respondió que habían deseado tenernos, pero cuando fuimos creciendo como que ellos cambiaron. Ese día mi mamá pidió que me pusieran presente, pero avisó que me iba a retirar del colegio para estar todo el día con ella y hablar. Fue súper bonito ese día, fue importante para mí. Después, como a la semana, volvimos a hacer lo mismo: conversamos y ella dijo que iba a cambiar, que iba a ser diferente conmigo. Yo también le dije que iba a cambiar, pero yo he cambiado y ella no mucho.

«LOS PROFESORES SE
PREOCUPAN AL TIRO Y SI YO
QUIERO CONTAR ME ESCUCHAN,
ME DAN CONSEJOS Y ME DICEN
SI LO QUE QUIERO HACER ESTÁ
BIEN. O SI LO QUE HAGO ESTÁ
MAL, ME AYUDAN A REPARARLO»»

Lo bueno es que siempre he tenido el apoyo del colegio. La tía Marcela, la directora, también se preocupa por mi mamá. Le ha dicho que si tiene problemas, que si le falta plata o algo, ella nos puede ayudar. Hasta el tío me dijo una vez: “No importa que llegues tarde, lo importante es que llegues. Y si no tienes plata para la tarjeta, yo te paso, yo te la cargo. Pero tienes que venir porque eres una niña ejemplar para el colegio”.

Igual yo sé que no estoy sola, eso me dijo la tía Ruth. Todos los profesores me dicen que no estoy sola, que aunque no tenga el apoyo de mis papás tengo el apoyo de las personas a mi alrededor. Y sé que es así. Tengo a mi otra familia allá en Curicó, pero están lejos.

Las cosas con mi mamá han ido cambiando: ahora salimos juntas; antes pasábamos peleando, pero ahora no. Hace como dos meses que no peleamos, no hemos discutido.

La escuela es como mi segunda casa, he aprendido muchas cosas sobre mí

Los profes de esta escuela son súper familiares, se preocupan de uno, están siempre ahí, apoyándonos. En la sala hacen el rol de profesor y en el patio el de amigo, son súper buena onda. Es bueno eso porque si una está triste, sentada sola en una banca, o anda sola, se acercan, te hacen reír aunque sea haciéndote cosquillas o una broma súper pesada. Pero te hacen reír. En los otros colegios a los profesores no les importaba lo que a uno le pasara.

Aquí en el colegio hay amor, confianza. Los profesores nos tienen fe, confían en que podemos ser más. Hay muchos niños que estaban metidos en la droga, pero la han dejado; hay niños que llegaban todos los días con los ojos rojos, andaban volados y ahora han cambiado. En vez de comprarse un pito se compran un par de galletas o una bebida. Ese cambio ha sido gracias a los profesores. Conmigo no, porque yo nunca he estado metida en vicios ni nada de eso, pero sí me han dado el apoyo que he necesitado. Cuando estuve enferma, los profes se preocupaban de que comiera, me preguntaban cómo me sentía, si me dolía la cabeza, si me había tomado algo. Aquí a todos les importa, a la tía, los profesores, el profesor jefe. Quieren que no estemos siempre aquí, que salgamos del colegio, que seamos mejores. Para mí los profesores son amigos sinceros en los que uno puede confiar.

Cuando llegué a este colegio era súper tímida, no hablaba con nadie, era pesada, enojona, inmadura. Me decían algo y me molestaba al tiro; si la profesora me preguntaba algo yo la miraba y no le respondía. Pero ahora no, ahora soy más simpática, alegre, converso con todos aunque no los conozca. Todos se saben mi nombre.

Ahora me gusta participar, no me gusta que me digan “oye, Ninoska, ayúdame a hacer esto” y yo responder “no puedo, estoy ocupada” por estar metida en el teléfono. Prefiero dejar lo que estoy haciendo y ayudar, porque si les digo que no, los demás podrían hacer lo mismo cuando yo necesite algo. Me gusta ayudar, los profesores me enseñaron a ser así. Como uno pregunta y ellos responden de buena manera, he ido copiando su manera de ser.

Los profes me han apoyado cuando he tenido problemas. Al principio me costaba, pero poco a poco he logrado hablar, desahogarme, y me han dado hartos consejos. Ahora no me cuesta tanto, si me preguntan les cuento al tiro. Con el paso del tiempo me han mostrado los cambios que he tenido, me fueron diciendo cómo era antes y vi todo lo que había cambiado. De a poco he ido madurando, gracias a ellos he aprendido muchas cosas sobre mí.

La otra vez, por el concurso de gastronomía, vino una chef profesional de la televisión, una que tiene el pelo rojo. Salió del comedor y yo la vi, la saludé y le pedí si nos podíamos sacar una foto. Ella me saludó, me abrazó, súper simpática, y nos sacamos una foto. Eso yo no lo hacía antes, me quedaba y veía de lejos no más.

La tía Ruth y mi mamá me han dicho que están orgullosas de mí. Dicen que si alguien necesita algo, yo estoy con ellos, y que si yo necesito algo, ellos también están conmigo. A mi mamá le gusta el colegio, viene a todas las reuniones. El año pasado la felicitaron mucho por mí, le decían que yo era buena alumna, que estaba bien en las

notas, que era súper comprensiva y todo. Cuando mi mamá llegaba a la casa yo le preguntaba que cómo le había ido, me contestaba “mal”, así como con cara de enojada. Pero después me decía “no, sí me fue bien, era broma”, y me preguntaba si quería comer algo rico, como premiándome.

El colegio es como mi segunda casa, siento que es acogedor, familiar. Donde vaya aquí es alegría. Me gusta todo: mis amigos, los profesores, me siento bien aquí, alegre. Son todos unidos, como una familia, y eso es lo que hace que yo haya cambiado.

Me eligieron para visitar a la Presidenta

Hace unos meses, no me acuerdo bien la fecha, por el colegio fui a conocer a la Presidenta. Podía ir yo o una amiga, y me eligieron a mí porque llevaba más tiempo en el colegio. Ese día fui a la fundación del Hogar de Cristo, donde está la jefa de los profesores. Éramos como cuatro niños de cada colegio. Los demás eran puros hombres, yo era la única mujer. La tía Marcela me eligió. A ella le dieron la oportunidad de elegir a un hombre o a una mujer y ella dijo “no, yo elijo una niña”, y fui yo. Me llamó a la oficina, me preguntó si quería hablar con la Presidenta y yo le dije que sí. Me abrazó y me felicitó, y me dijo que me iba a ayudar a juntar las palabras que tenía que decirle. El mensaje era pedirle que nos diera educación gratuita y que hicieran enseñanza media para menores de edad, porque hay solamente para mayores de edad. Yo estaba súper de acuerdo con el mensaje, con la tía Ruth elegimos las frases y escribimos el texto.

Cuando fui a verla nos sentaron en un círculo. A mí primero me iban a sentar al lado de la Presidenta, pero después me cambiaron y me dejaron al frente. Estaba demasiado nerviosa: cuando nos avisaron que ella venía caminando, me puse como a tiritar, me temblaban las manos. Las frases me las sabía de memoria, pero con los nervios y todo, tuve que leerlas. Hablé con ella, me puso atención y se aprendió mi nombre. Después le entregué un regalo, un presente, ella lo abrió y lo mostraron. Era una teja pintada, hecha con esa masa de greda, con diseño. Yo no la hice, la hizo otro niño, pero yo se la llevé de parte nuestra.

Después la entrevistaron sobre la experiencia que vivió con nosotros, y me nombró. Dijo que iba hacer todo lo posible para conseguir lo que yo le había pedido, incluso salió en la tele. Mi mamá lo vio. Se le pusieron los ojos llorosos cuando la Presidenta me nombró. Después la Presidenta dio una charla, se despidió y se fue. Ahí nos fuimos todos los de la fundación para un lado a conversar y llegó un caballero a preguntar que a quién había nombrado la Presidenta. Yo justo estaba tomando bebida y un niño le dice: “Yo no soy, es ella”. Me doy vuelta y se acerca el caballero con un micrófono para grabar, era de la radio. No sabía qué decirle, estaba roja, pero después le dije lo que pensaba. Me dio las gracias y me preguntó cómo me llamaba. Fue una experiencia súper linda, cosas así no se dan todos los días.

Fue bacán que me hayan elegido para representar al colegio. Cuando me contaron puse una cara así como mirando para todos lados, sin saber qué decir. Después llegué a la casa y le conté altiro a mi mamá. Mis compañeros estaban orgullosos de mí: “Ah, bacán, qué rico que hagas eso, bacán que te hayan elegido, manda saludos, diles que necesito esto y esto”. Los profesores decían “que me suban el sueldo”, y yo toda roja.

Este año nos graduamos, estoy orgullosa de haber estudiado aquí

Este año nos graduamos. Una amiga que es como la más llorona de todas me dice que me va echar de menos, que cuando nos graduemos se va a poner a llorar. Yo le pregunté: “Pero ¿por qué te vas a poner a llorar?, si es algo bueno para nosotros mismos, es un logro pasar de curso, irnos a otro liceo”. -Sí, pero no voy a estar con ustedes. -No vas a

estar conmigo, pero a lo mejor sí vas a estar en contacto con las chiquillas que están aquí, más cerca. Yo igual voy a estar hablando con ustedes. -Pucha, para qué te vas lejos.

Ahí una se pone medio sentimental. Estoy orgullosa de haber estudiado aquí. He aprendido cosas nuevas y además lo he pasado súper bien. He salido, he conocido gente hermosa, gente de afuera, visitantes. Lo que he vivido es como... de tan sólo pensar en eso me da alegría.

Ahora, como queda poco tiempo para que salga del colegio, es como estresante. Tengo el pecho como adolorido de los nervios. Igual estoy triste por sólo pensar que me voy a graduar en una semana y media más. No voy a ver más a mis amigas, voy a echar de menos el colegio, a los profesores, porque paso toda la semana y el día con ellos, son como mi segunda familia. Con la tía Carola, por ejemplo, mi profesora jefe, he estado tres años. Ya me acostumbré a verla, a saludarla, a que me abrace. Eso voy a echar de menos, porque a lo mejor en el otro colegio no lo van hacer.

Igual yo estoy convencida del cambio. Los profesores me dicen que donde sea que yo esté, aunque sea lejos, si necesito algo ellos van a estar para apoyarme, que si necesito algún consejo que venga, que aquí van a estar. Me dijeron que están como tristes porque nos vamos, y felices también, porque vamos a ser otras personas en la vida.

Yo pienso volver de todas maneras, pienso venir a verlos

No voy a dejar de seguir mis sueños. No he pensado tanto en el futuro, no me imagino mucho. Mis sueños serían entonces terminar mis estudios, tener mi profesión, mi casa, casarme y tener hijos. Al final tener hijos, porque si estoy estudiando y tengo uno, como que me va a detener los estudios, voy a tener que preocuparme de él. Ahora, si termino mis estudios y estoy trabajando, ahí sí podría. Tendría que dedicarle tiempo a él y al trabajo. Yo creo que voy a terminar bien este año, bien en el sentido del colegio y de mi vida también, para poder comenzar mi nueva vida.

He logrado lo que he querido

Haber podido seguir estudiando me hace sentir orgullosa de mí misma, me da alivio, porque hay personas que no pueden seguir. Por ejemplo, mi mamá no pudo terminar de estudiar, por eso ella quiere que yo termine al menos el cuarto medio. Pensé en un momento que no iba a poder, como repetía mucho, pero pude y ahora me voy a ir a un dos por uno, voy a terminar. Además he adquirido personalidad, más confianza en mí misma. Estoy feliz por todo lo que he logrado. He tenido muchos cambios, ahora soy más madura, más sociable, logro comunicarme con todos y no ando peleando, les contesto bien a las personas. Me siento feliz por todo eso, siento que he logrado lo que he querido.



3

CRISTÓBAL
LUENGO



yo elijo
a
mis amigos

Descernir

Siempre los
querremos

No Comu...

Siempre
querremos

ve tus
convenciones

La familia de mi papá es de Coronel, pero mi papá se vino a Santiago por trabajo a los diecisiete años. Tiene varios hermanos, algunos están en el sur y otros viven en Pudahuel y en Renca. Mi abuelo paterno se quedó allá en el sur, no sé dónde vive, no sé quién es. A mi abuela, en cambio, la veo cada dos años. Ella vive en Coronel.

Mi mamá, por su lado, es proveniente de Lautaro, nació en Temuco. Creo que se vino a Santiago con mi abuela. A mi abuelo tampoco lo he conocido. No me han contado mucho esa historia, pero sé que mi mamá se vino con mi abuela a Santiago. A ella no la veo tanto, creo que vive en San Ramón.

Mis papás se conocieron acá. Mi mamá tenía como diecinueve años y mi papá como veintiséis, no sé. Ahora mi mamá tiene cuarenta y dos y mi papá cuarenta y nueve.

Yo nací en Estación Central, el 22 de noviembre de 1997, no me acuerdo a qué hora, parece que como a las ocho de la tarde. Nací en el Hospital del Profesor, mi mamá me tuvo por cesárea. Vivíamos en Maipú y después, cuando tenía cinco años, nos fuimos a vivir con mis papás y mis dos hermanas a Temuco por tres años. Luego volvimos al mismo lugar en Maipú, a Siglo Veinte, a la misma casa.

Me gustaba hacer cosas manuales

Cuando era chico me gustaba jugar con autos. Creo que a veces jugaba con mi hermana. Con mi hermana mayor nos peleábamos por la tele y por una tortuga. Yo tenía dos tortugas: una se murió y la otra la tengo hasta ahora, desde el año 2003, se llama Pancho. La otra no me acuerdo cómo se llamaba. Eran de mis primas y yo se las pedí a mi tía, no me acuerdo por qué. Creo que me gustaban mucho los reptiles. Son tortugas de tierra, de tierra y de agua. La mía me ha durado hartito, es el macho. Aparte de eso no he tenido más mascotas.

Cuando era chico, en la noche veía tele, jugaba con mi hermana menor a las peleas, a la escondida. A veces la mayor se metía a jugar, pero yo siempre jugaba con la más chica. También hacía tareas, me gustaba trabajar, todavía me gusta un poco. A veces hacía juegos con greda y plasticina, me gustaban las cosas manuales. Ahora ya no las hago, pero igual podría armar una figura bien perfecta si me pasan una plasticina, soy hábil para eso. Antes hacía puros aviones, aviones de distinta forma, y personas. Era creativo. Me gusta el arte, dibujar, varias cosas. Después, cuando fui creciendo, empecé a preocuparme de mis responsabilidades.

Cuando tenía cuatro años fui a una escuela de lenguaje porque tenía problemas para pronunciar la erre, pero al jardín no fui. No me acuerdo mucho, pero creo que me daban tareas para la casa para pronunciar bien. Mi papá, mi hermana y mi mamá me ayudaban. Me decían “pronuncia esta letra” y yo lo hacía.

En Maipú hice kínder y primero, y allá en Temuco fue segundo, tercero, cuarto y a la mitad de quinto me vine para acá e ingresé al tiro a la misma escuela de antes en Maipú, al Complejo. Me costó el cambio, pero como extrañaba también, no hice tanto atado. En el Complejo terminé el quinto e hice sexto. Ahí repetí tres veces.

Lo pasé bien en Temuco

Me fui a Temuco cuando tenía cinco años. Partimos todos porque a mi papá le consiguieron un trabajo allá. Creo que trabajaba en la construcción, de administrador o algo así. Él compraba los materiales, administraba. Creo que todavía trabaja en lo mismo. Cuando nos fuimos a Temuco yo era muy chico, así que me dio lo mismo el cambio. Igual estaba ansioso por ir a otros lados, no tenía miedo ni nada, cada cosa que pasaba en la casa era como una felicidad. Yo era así, con cualquier cosa me ponía feliz, pero ahora si me fuera podría extrañar algo, no sé.

Cuando llegamos vivimos cerca de un cerro, no me acuerdo cómo se llamaba la villa. Al principio me gustaba mucho, aunque no me acostumbraba mucho, pero no hacía tantos problemas. Mi hermana mayor sí extrañaba bastante el liceo. Allá estuve tres años y entré a un instituto. No tenía muchos amigos ni en la villa ni en el colegio. Me hacían bullying en el colegio, pero a mí me daba lo mismo. Me preocupaba de mí, tenía otros amigos, iba al kung-fu, pero me salí porque creo que tuve problemas con un cabro nuevo que llegó, se puso pesa'o.

Esos tres años en Temuco los viví bien. A veces tenía problemas, pero los superaba. Lo pasé bien ahí. Después nos vinimos a Santiago. Mi mamá no trabajaba y parece que mi papá se quedó sin trabajo y tuvo que regresar, lo llamaron. Eso pienso, porque a mí no me dijeron nada. Yo estaba ansioso por volver a Santiago porque igual echaba de menos el colegio, no sé, la casa, varias cosas, pero más el colegio.

Cuando volvimos la casa estaba bien cambiada

Cuando volvimos fuimos a dejar las cosas a la casa y después de a poco nos acostumbramos. Estaba bien cambiada: la alfombra, la pintura. La casa es de nosotros y la arrendaron a una señora mientras estuvimos en Temuco. La señora nos estafó con las cuentas de la luz, de eso me acuerdo.

La casa es amarilla, tiene patio con pasto, tiene árboles mandarinos, un toldo, atrás tiene puras piedras. Está más viejo el lugar, pero sigue siendo el mismo. Ahí empecé a recordar cosas. Por ejemplo, me acordé de que jugaba en un rincón. Hay tres, cuatro piezas, yo tengo pieza solo. Antes, hasta los nueve años, dormía con mi hermana Natalia, por separado, pero en la misma pieza. A veces dormía con mi hermana chica también. A los diez u once años empecé a tener pieza solo y ahora mis hermanas duermen juntas. En mi pieza tengo algunos adornos, algunos dibujos hechos en la pared de calaveras, onda tatuajes. También tengo el nombre mío pegado con letras de papel, nada más.

La casa ha cambiado su aspecto. Por ejemplo, la tele y la cocina; y ahora agrandaron un poco el espacio del comedor, antes eso era un patio. También ha cambiado el ambiente porque ya no está mi mamá. Eso fue reciente, fue como en marzo. También ha cambiado... antes las peleas con mis hermanas eran más normales, por cosas obvias, pero ahora no sé, ahora peleamos por cosas estúpidas y no nos hablamos por meses.

El barrio no ha cambiado nada, hay hartos flaites. Yo encuentro que la gente donde vivo es medio cahuinera, no sé. A veces me siento incómodo por vivir ahí. No siento que pertenezca ahí, no me identifico con el lugar, porque son personas que pasan saliendo a carretear y yo no soy tan así. Además, la gente del pasaje me mira raro. Es gente que me ha visto desde siempre, pero me mira raro, como con desprecio, no sé por qué. Pensándolo bien no tengo idea, pero así lo siento.

Se echa de menos su presencia

Mis papás se separaron en el 2010, pero no legalmente, sino de casa, se distanciaron. Siempre peleaban y después se arreglaban. Antes eso era pan de cada día, pero una vez se pelearon bien fuerte y mi mamá llamó a Carabineros. Mi papá se fue antes de que ellos llegaran. Después quedó la cagá y mi papá se fue a vivir solo. Me quedé con mi mamá y mis dos hermanas en la casa hasta marzo de este año. Ahí mi papá volvió y mi mamá se fue.

Con mi mamá vivimos solos cuatro años. Yo veía a mi papá cada quince días. Lo extrañaba a veces, pero por otro lado estaba feliz porque mi mamá podía ser más libre. Mi papá a veces la trataba mal. No estoy exagerando.

Por lo que yo vi era así, entonces me sentí bien por mi mamá. En ese tiempo estuvimos bien, pero a veces había problemas por mí y mi hermana mayor con mi papá, y mi mamá tenía que buscar la solución a todo.

Cuando mi mamá se fue de la casa, se fue a vivir sola no sé a dónde. Se fue porque había muchos problemas, unos eran por mí y por la Natalia. Yo creo que no pudo aguantarlos. Ahora mi papá volvió y mi mamá se fue legalmente. Fueron al juzgado, hicieron los trámites, creo que fueron al Juzgado de Familia.

Veo a mi mamá una vez al mes, nos juntamos en otro lado. Son pocas horas, pero igual la veo. No sé dónde vive porque no la he ido a ver. A lo mejor no es un lugar propio y por eso no quiere decirme realmente dónde vive. Yo entiendo. Con mi mamá nos juntamos en un parque o en la casa de mi tía a veces. Ahí conversamos, nos juntamos los tres con mi hermana chica. Con la mayor no se habla mucho, o sea, no se hablan, están peleadas desde que ella se fue. Igual veo muy poco a mi mamá y cuando la veo es un par de horas porque yo aún no cedo en mis ideas. Pero se echa de menos su presencia; es decir, peleo con ella, pero no puedo negar que tenía otra confianza con ella, aunque sea mujer.

Ahora vivimos con mi papá y mis dos hermanas. En un principio pensé que con mi papá podíamos tener una buena relación, confianza, así como con mi mamá. Yo creí que él había cambiado, pero no, me di cuenta de que no, que sigue siendo igual, sigue siendo el mismo. Tengo que admitir que con mi papá no vamos a mejorar nunca, vamos a tener siempre peleas estúpidas, por eso prefiero alejarme de él. Antes, cuando él vivía sólo y me tocaba ir a visitarlo, era otro. Por eso pensé que podía confiar en él y en mi mamá no, pero él cambió mucho su actitud. Antes era buena onda, pero volvió y ahora está como pesado.

Con mi papá nos llevamos bien igual, pero ya nos dimos el máximo, somos distintos. Me llevaba mejor con mi mamá, ella me entendía más. Yo estoy bien, tampoco contento, es como así entre medio. Es que a veces hay conflictos, pero también paso momentos agradables.

Con mi papá justo ayer tuvimos una pelea y lo mandé a la cresta. Me retó por algo súper estúpido, algo injusto: traté de evitar una discusión entre mi hermana chica y él, por eso se enojó y me castigó. Yo soy callado en la casa, no hablo ni nada. Yo me cago de la risa si me castiga, porque no hay excusa, no hay nada. Así es la relación: las cosas no están ni bien ni mal. Lo más chistoso es que antes mi hermana mayor no hablaba con mi papá, se tenían mala, y de un día para otro se arreglaron. Ahora se llevan súper bien, eso no lo comprendo.

Yo soy el del medio

Tengo dos hermanas, una de 14 y otra de 23, yo soy el del medio. No es muy alegre ser el del medio, pero es lo que me tocó. A veces me llegan retos. Mi hermana mayor está estudiando no sé qué cosa, algo de computación. Mi hermana chica está en el colegio, ahí en el Complejo, donde estaba antes yo. La grande igual estudió ahí, ese colegio queda en Olimpo con Portales. Con mi hermana mayor, Natalia, antes nos llevábamos bien, teníamos peleas de hermanos, pero después volvíamos a la normalidad. Pero ahora no sé, peleamos y peleamos, y después no hay comunicación entre nosotros como por una semana. Es igual que con mi papá: tenemos la misma relación.

Ya me acostumbré a eso, no le doy importancia. Con mi hermana solamente nos hablamos cuando necesitamos algo. Le pido plata para la casa o para ir a comprar, ese tipo de cosas. Ahora hemos estado mejor, pero no me puedo confiar mucho, igual vamos a pasar peleando. Por eso no hablo mucho con ella, no hablamos de mi mamá, de nada, no me gusta. Con mi hermana chica, en cambio, estamos bien. A veces vamos bien, otras veces mal, pero somos hermanos. Me puedo apoyar en ella, hay confianza, con ella puedo conversar.

No repetí por rojos; repetí por bullying

En el Complejo, el primer año que repetí fue porque estuve dos o tres meses con sinusitis y esos meses no los pude recuperar. Luego, los otros dos años no repetí por rojos, repetí por los cambios bruscos que viví, por el bullying. Eso me hacía bajar las notas, pero no se lo conté a mi mamá, yo vivía con ella. En ese tiempo no sabía hacerme respetar, no sabía defenderme, nada. En los recreos pasaban los cabros molestándome y yo estaba solo. Justo los que decían ser mis amigos llegaban después.

Todavía me acuerdo, me da rabia, no sé cómo pude dejar que me molestaran, no sé por qué. Mi familia no sabía nada, porque no me gustaba contar mis cosas. A veces iba la semana completa al colegio, y otras veces faltaba y me quedaba en la casa para no estar tan estresado. En quinto asistí hartito, pero en sexto empecé a bajar la asistencia. Mi mamá no me dejaba faltar, pero ella no podía hacer nada más. Me insistía que fuera al colegio, pero yo a veces no le hacía caso y ella se aburría.

Mi mamá me decía que podía ser un vago si no estudiaba, no sé, a veces no estaba muy orgullosa. A mi papá obviamente le pareció mal que repitiera, pero me apoyaba igual, me decía que le pusiera empeño.

A veces los profes se preocupaban: cuando me iba mal me daban tareas, llamaban a mi mamá para avisarle o a mi papá, pero no hacían nada más. Recuerdo que había una profesora que se preocupaba. En ese momento me lo tomé a mal porque siempre citaba al apoderado, era súper pesada. Yo pensaba que lo hacía por joderme, pero ahora me doy cuenta de que era porque le importaba.

Allá, si no entendía algo me quedaba callado y estudiaba de los cuadernos de algunos compañeros, repasábamos. Ahí no era un buen alumno, no participaba mucho de las actividades. Había, pero no participaba, solamente iba a los paseos. Yo no tenía buena relación con mis compañeros, era más mala que buena. No tenía muchos amigos porque me molestaban, me picaban papeles, no sé, y yo no soporto las bromas. No aguanto eso, entonces quedaba la cagá. No sé por qué me molestaban, no me lo explico.

Yo andaba en otra: mi familia tuvo un cambio, mis papás peleaban y se separaron. Eso no interrumpió mis estudios o puede que sí, yo estaba mal. Ahí repetí de curso, eso fue el 2009, 2010 y 2011. Fue un cambio brusco para mí y por eso pasó lo que pasó. Fue difícil, pero salí adelante. Ahora que no vivo con mis papás también me afecta, pero eso es otra marca, no me afecta en el colegio. Igual hubo un momento bueno. Una vez me fue súper bien, fue una alegría para mis papás, porque en ese colegio no me fue muy bien los últimos años. Me fue bien, fue como “¡guau!”: recuerdo que me hicieron dos pruebas coeficiente dos y en las dos me saque un seis y no había estudiado casi nada, no sé cómo lo hice, no había copiado, nada. Si hasta mi papá dudó de que yo me sacara buena nota. Revisó bien la prueba, como que dudó de mí.

Cuando llegué me costó todo, pero duró poco

Entré a la Escuela Padre Álvaro Lavín por repitencia. Empezamos a buscar otro colegio y encontramos éste. Supimos por una lista de colegios que mi mamá sacó de no sé dónde. Cuando entré, mi mamá me decía que me preocupara de estudiar no más. Cuando llegué me costó todo: me costó adaptarme, quise irme como siempre, pero eso se me quitó en la semana, duró poco.

En la sala había quince alumnos, pocos. Los fui conociendo en los recreos, empezamos a hablar y ahí me hice amigos. Mis compañeros tenían diferentes edades: algunos eran mayores que yo, otros tenían como doce o trece años, otros tenían dieciséis y yo tenía quince o catorce. Aunque me costó adaptarme, de una semana a la otra semana

ya estaba bien, fue rápido. Ahora estoy en séptimo y octavo, haciendo octavo. Me ha ido bien, me destacan como buen alumno, los profes me dicen eso. A veces me pongo desordenado, pero eso no me perjudica en las notas, yo me siento un buen alumno.

Fue un cambio brusco

El primer año aquí fue como caótico, fue un cambio brusco. Yo era súper piola y todos los cabros buscaban pelea o se agarraban a combos, y yo no era así. Ese año no tuve que pelear, pero tuve que aguantar empujones, aprendí a controlarme. Al segundo año me acostumbré; a pesar de que me molestaban, me acostumbré.

Aquí me enseñaron que hay que aprender a controlarse, saber cuándo hay que enojarse y cuándo no. Me di cuenta de que acá hay muchos cabros que son como flaites. Allá en el otro colegio me echaba a morir porque me molestaban, pero aquí aprendí que si hay una pelea yo no tengo que hacer lo mismo, tengo que ser distinto, nada más. Si llego a tener una pelea, tengo que enfrentarme. Allá no lo hacía.

En el día a día he aprendido, por cosas que he visto, y me he dado cuenta de que la solución no es la violencia. Me han enseñado que uno debe medir las palabras. Igual aprendí que hay que tratar bien a los demás y respetar a las personas mucho antes de entrar acá. Me educaron así.

Ahora las cosas están bien en el colegio. A veces es amargo, es que mi actitud es muy grave. Mis compañeros piensan que me tomo las cosas muy en serio. Por ejemplo, podemos estar leseando entre amigos y me echan la talla, pero a veces yo lo tomo como una ofensa. No sé si yo estoy mal o los demás, como que no sirvo para la talla. Soy muy serio parece, pero a veces me voy en la volá y empiezo a reírme en la mía.

Elegí esta perspectiva

Este dibujo lo estoy haciendo desde allá mirando hacia acá. Elegí esta perspectiva porque así puedo dibujar como mejor veo la escuela. Así se ve completa, por eso elegí esta parte.

Los lugares importantes para mí en el colegio son, por ejemplo, este sector donde están los árboles. Aquí me relajo, me siento por ahí y converso a veces, es como mi espacio de distracción. Más allá están los tíos: ahí vamos cuando uno se siente mal, cuando llaman a la casa, es como un lugar donde uno va a buscar ayuda. Ahí están también los orientadores y donde paso el recreo.

Las clases son...

Las clases son desde las ocho y media de la mañana hasta las cinco, de lunes a jueves. Los viernes salimos a la una. En la mañana aquí se toma desayuno, después tenemos matemáticas dos horas, luego vienen el recreo y lenguaje, otro recreo y más tarde otro curso. De ahí almorzamos, después hay educación física y luego hay once. Eso es a las cinco de la tarde y después nos vamos. Eso es de lunes a jueves, porque los viernes no hay once, hay almuerzo no más. En este colegio no tenemos que usar uniforme como en los otros. Este colegio es muy distinto. Allá uno tenía que llevar el almuerzo, aquí lo dan, no hay que traerlo, y nos dan desayuno y once también. Es rica la comida. En el desayuno y la once dan siempre pan y jugo, y al almuerzo hacen por ejemplo lentejas, fideos, arroz, puré a veces. Es rico, hay postres, genial.

Aquí, por ejemplo, en vez de biología tenemos talleres de gastronomía, peluquería y paisajismo. Hay inglés también, pero creo que es para los cuartos niveles. Los talleres se hacen en la tarde o en la mañana, depende del curso. Van seleccionando alumnos. Por ejemplo, un semestre estás en un taller y si tienes buenas notas pasas a otro. Yo he pasado por los tres.

Primero estuve en paisajismo, después estuve en gastronomía y en peluquería. Los que más me gustaron fueron gastronomía y paisajismo. Aprendí a cocinar, a hacer lo más básico: pan amasado, panqueques. Igual cuesta, ya se me olvidaron las recetas. En paisajismo dibujábamos, hacíamos cosas manuales, pintábamos. Hice dos veces ese taller, en el otro sólo estuve una vez.

También tenemos el taller de música, ahí formamos una banda. Con el profe de música he aprendido hartas técnicas en la guitarra, he mejorado. El me enseña cosas nuevas y voy practicando.

A mí me gusta venir al colegio, siempre me ha gustado, me acostumbraron así. Antes me gustaba ir porque veía a los amigos, porque hacía tareas y eso me entretenía un rato y, no sé, porque aprendía cosas. Pero lo que más me gusta ahora es la música. A los demás ramos le hago el quite, pero igual me va bien. En matemáticas me va mejor, me es fácil. En lenguaje y en historia me va más o menos.

Con la música descubrí otra forma para desahogarme

Yo toco guitarra eléctrica, me gustan el rock, el metal y el thrash. Aprendí solo a tocar. Tenía una guitarra acústica que me había regalado mi mamá y ahí aprendí. Un día pesqué la guitarra, tenía catorce años. La tomé y empecé a tocar, no sabía nada, aprendí solo. Después me regalaron la guitarra eléctrica. Mi papá me la regaló porque me había portado bien en el año, porque le había ayudado en cosas, fue algo así.

Con la música descubrí otra forma para desahogarme; tocar guitarra para mí es como llorar o pegarle a un saco. Es como desahogarse porque uno puede estar tocando algo que le guste o puede estar creando. Cuando toco me alejo un rato de aquí, dejo que la música me guíe, me manipule.

Tengo un grupo con algunos colegas hace como dos años, tres aproximadamente. Ensayamos y tenemos algunas tocatas. Ensayamos aquí en la escuela o a veces en la casa de una señora cerca del mall. La señora presta la sala por horas y cobra. No juntamos una vez a la semana, somos tres en el grupo: el Camilo, el Jonathan y yo. El Camilo toca la batería, el Jonathan el bajo y yo la guitarra. El vocalista es un amigo que era del colegio, pero se fue en octavo, no sé dónde vive. Él ensaya con nosotros en la otra sala, no viene a la escuela. Tocamos covers de Metallica, de AC-DC, pero a veces les cambiamos la letra a las canciones. Por ejemplo si la canción está en inglés, nosotros la ponemos en español. Cuesta el inglés, por eso la cambiamos.

Hoy tocamos. Tenemos ensayo y de ahí tocamos. Se supone que hay reunión de apoderados y no sé por qué hay que tocar, pero igual. Vamos a hacer unos covers que hemos sacado. Tenemos pensado también hacer canciones propias, un cover de AC-DC que cambiamos al español para hacerlo más fácil, con letra propia. Yo escribo las letras.

Esta es una estrofa. A esta canción le pusimos Súmate; o sea, yo al principio le puse a La fiesta, pero después el profesor decidió ponerle Súmate, como Súmate a la fiesta. Es una canción de AC-DC con mi letra en español, la idea era que rimara. Aquí en la escuela ensayamos en una sala. Este espacio lo ofrecieron porque es el único lugar donde se puede ensayar o cantar. Yo encuentro que acá es más cómodo. Igual que nos hayan pasado este espacio depende de nuestro comportamiento, de nuestro esfuerzo, de cómo seamos yo y mis amigos como estudiantes. Este lugar es como “propio”; o sea, no estoy diciendo que éste es mi espacio, pero aquí me siento cómodo.

«CON LA MÚSICA DESCUBRÍ OTRA
FORMA PARA DESAHOGARME;
TOCAR GUITARRA PARA MÍ ES
COMO LLORAR O PEGARLE A UN
SACO. ES COMO DESAHOGARSE
PORQUE UNO PUEDE ESTAR
TOCANDO ALGO QUE LE GUSTE O
PUEDE ESTAR CREANDO. CUANDO
TOCO ME ALEJO UN RATO DE
AQUÍ, DEJO QUE LA MÚSICA ME
GUÍE, ME MANIPULE»

Con la banda vamos bien, pero decidí irme del grupo. Es que tenemos distintos estilos. Ahora pienso formar otro, con gustos más en común. Ya les conté a mis amigos y no quieren que me vaya, pero les dije que no, que siempre había problemas y que había tomado esa decisión. Por ejemplo, al baterista le gusta el rock mezclado con blues y el thrash. A mí me gusta el metalcore, el heavy metal y un poco de death. A otros les gusta el grunge, entonces son distintos gustos. Con esa banda hacemos puros covers y a veces no estamos de acuerdo en las canciones que sacamos. Por eso decidimos tocar en La Granja y de ahí yo me voy. Pienso formar un grupo donde tengamos gustos musicales comunes y no nos peleemos por cualquier cosa.

No me gusta participar mucho

Aquí los lunes y los viernes hacen el círculo motivacional. Los lunes cantamos el himno nacional todos los cursos, después armamos un círculo y habla el tío Ricardo, el director. Ahí nos informan sobre las cosas de la próxima semana, si hay reuniones, las cosas que han pasado o nos dicen qué hay que mejorar. La diferencia con el viernes es que ese día hay felicitaciones para los que se han portado bien en la semana. Una vez me tocó a mí: me felicitaron porque le puse empeño en la semana, porque me había portado bien, cosas así. Es bueno eso, pero me importa más pasar de curso y que me vaya bien a fin de año.

Yo encuentro que el círculo es útil para informar sobre las reuniones de apoderado y los paseos o cosas importantes de aclarar en el colegio. Me parece bien además que nos junten a todos, me parece correcto. Antes yo pensaba que era algo inútil, que no servía, pero después me di cuenta de que sí servía.

A veces, cuando me felicitaban por ser buen alumno, me daba vergüenza porque estábamos todos. Pero como estaba antes en un colegio donde había muchos alumnos, el triple, y aquí hay pocos, al final eso me creó más la personalidad. Creo que hay un Día de la Familia también. No sé si es en agosto, no sé qué onda, nunca he participado. No me gusta participar mucho, a menos que sea una fiesta o algo con amigos.

Sé que hay paseos igual, pero he ido pocas veces. Vamos por el día por ejemplo al museo, a un cerro, a la Coca-Cola, lugares así. Me gusta ir, pero no me motivan mucho esos lugares. Ahora va a ser fin de año y voy a participar en la pura graduación, vamos a tocar en La Granja en diciembre con el grupo. Ahí van a tocar otras bandas también, de distintos géneros, como pop y cumbia.

Acá aprendo más porque son más atentos

Si comparo a los profes de Temuco con los de acá de la escuela, éstos son bien distintos. Aquí son más buena onda, aprendo más porque son más atentos. Además, en el otro colegio éramos como cuarenta y cinco alumnos por curso. No sé si se les acababa la paciencia a los profes, pero eran pesados. Puede haber sido porque había hartos alumnos, pero aquí los profes son mejores. Igual son más exigentes. No dan tarea para la casa, pero se preocupan de que uno aprenda. El profesor le insiste al alumno para que se despabile. En otros colegios no. Te decían: “Ya, estudia”. Si no lo hacías te sacabas mala nota y punto, una onda así. Tenías, obligatoriamente, que hacer las actividades, si no, te sacabas mala nota también.

Acá somos como veinte alumnos por curso. Somos pocos, pero las clases a veces no funcionan correctamente porque algunos son indisciplinados. Entonces algunos profesores se colman y los que quieren aprender tienen que pagar el pato. Pero la culpa no es de uno, no es la culpa del profe tampoco, ni de los que realmente quieren aprender.

Pero siempre va a haber cabros así. De todas formas, yo acá he aprendido más, no sé, he avanzado y he madurado harto. A veces retrocedo en el tiempo y me doy cuenta de que he cambiado para mejor. Antes no tenía muy buenos promedios, y no era por porro, era por el bullying. Pero aquí no, aquí he mejorado. La profesora jefe y los profesores en general me consideran un buen alumno. A veces me pongo tonto, pero me consideran buen alumno. Me hace sentir bien eso, me da ánimo. Yo igual creo que soy buen alumno, porque acá dentro sé que puedo, sé que puedo estudiar, sé que soy buena persona. Lo veo en los trabajos, en las pruebas, en mi actitud hacia el aprendizaje. Nunca he tenido que ir a reforzamiento porque le he puesto empeño a lo que explican en la clase. Las clases de reforzamiento son para los que realmente les cuesta más. He visto cómo después les va mejor en las pruebas.

Profesores así debería haber en todos los colegios

Rescato la paciencia que tienen los profesores. Aguantan harto a diario. Por ejemplo, con los cursos desordenados que no dejan que la clase avance, son re' preocupados con los que realmente quieren aprender. Además aceptan las opiniones de los demás, las escuchan, son buena onda. Puedo decir que los profesores me han ayudado harto a madurar, a saber comportarme y controlarme, a ser más responsable.

En este colegio hay excelentes profesores, son un siete, profesores así debería haber en todos los colegios. Los podría considerar como amigos a veces, porque puedo contarles cosas personales que no le puedo contar a nadie más. Una vez tuve un problema en la casa y no tenía a quién contarle. Ahí estuvo uno de los amigos de la banda, pero también sabía que podía conversar con la profesora o con el profesor. A veces, cuando estoy muy mal, voy a ver al tío que es orientador y converso con él, le he dicho un montón de cosas. Ha sido bueno poder hablar, me ha servido para soltar las cuestiones que tengo adentro más que nada y distraerme a la vez. Eso hace bien. Aquí en el colegio saben de la separación de mis papás. Saben la profesora jefe que me conoce más y algunos tíos.

He aprendido de todo acá, ha sido un crecimiento general

En estos tres años que he estado acá he tenido un crecimiento general. Me he abierto a nuevas cosas, he podido superar materias que me habían costado, no sé. He mejorado mi conducta, soy más responsable; ahora pienso en mi futuro, cosa que antes no hacía. No pensaba en quién era, por eso hacía cualquier cagá. Todavía no sé quién soy, pero me preocupo de que me vaya bien.

Mi familia no sé qué piensa, pero están contentos de mi paso por acá, de cómo he desarrollado las cosas, de cómo he aprendido. Me refiero a mi formación y a la materia. He aprendido a respetarme, a quererme, a hacer cosas que antes no había hecho. Ahora me preocupo más de estudiar y no me echo para abajo. Esas cosas las fui adquiriendo de a poco, día a día, así empecé a cambiar. Antes era todo lo contrario, me echaba desanimaba por cualquier cosa. Aquí he madurado, no sé si es por la edad o por estar aquí a diario, porque estar aquí es distinto a estar en otro colegio o en mi casa. Aquí he madurado respecto a los conflictos, que las cosas no se resuelven a combos o con insultos verbales. Todo eso me llega, lo analizo, lo pienso y lo cambio. Los profesores, por ejemplo, me decían que había que ponerle empeño, que quedaba poco tiempo para las pruebas, que había que estudiar, entonces eso a mí me llega. Ahí me pongo más estudioso de lo que era antes. Eso lo aprendí con mis papás igual, pero también tiene que ver con la madurez.

Otro ejemplo: los cabros de este colegio son muy distintos a mí, son como de poblaciones. Antes yo no estaba acostumbrado a estar con tanta gente así, porque a ellos les gusta molestar y a mí no, yo soy más piola. Entonces

cuando me molestaban era como “oh, qué fome” y toda la weá, pero después aprendí a ser como más fuerte, a tener más paciencia. Los profes me decían que no pescara, que fuera tolerante; eso lo aprendí solo y también por la escuela. Puede que en otros colegios también haya gente así, pero como estoy tan acostumbrado me va a dar lo mismo, no le daré importancia. En el día a día aprendí a adaptarme.

Yo recomendaría esta escuela para los que no tengan más opción, a los que no los acepten en otros colegios, y que si no les gusta como son los alumnos, que aprendan a vivir con eso y que no le den importancia.

Soy de compartir con pocas personas, me conozco

No hablo mucho, no soy muy conversador. En mis ratos libres muy pocas veces veo tele, juego a veces, paso más metido en mi pieza tocando guitarra. Me gusta escuchar música. En clases me pongo a escuchar música. A veces le bajo el volumen y escucho a la profesora, pero me obligan a sacarme los audífonos. Igual aprendo.

No me gusta tanto compartir, pero hay que hacerlo. Yo soy de compartir con pocas personas, prefiero encerrarme en mi mundo e ignorar al resto. A veces salgo, pero no soy de salir mucho. No estoy pololeando, no me gusta nadie por ahora. Antes pololeé, pero no me gustó. Lo encontré fome, porque, aparte de durar poco, a veces había problemas por celos, algo normal, pero no me gustaba eso. A veces pienso que me gustaría estar con alguien, pero no sé por qué todavía no me llega la oportunidad. He conocido gente, pero puede que no sea para mí.

Antes era tímido, no salía, era muy piola. Todavía lo soy, pero ahora me abro más a la gente, al mundo. Empecé a ir a fiestas, a conocer personas y a socializar, me empecé a reír, a compartir, eso me gustó. Así descubrí que puedo tener harta personalidad, que puedo ser simpático. En las fiestas hablo, me río. Yo pienso que estoy aprendiendo a tener más personalidad, a tener carácter. Soy tímido, eso no lo voy a cambiar nunca, pero soy simpático con ciertas personas, porque el resto no me importa.

En general soy buena persona, eso lo sé. Es que me conozco a mí mismo. Los demás pueden pensar que soy rebelde, o malo, no sé, pero sé que soy bueno. Mi familia en este momento me nota callado, serio. Pocas veces me río y cuando me enoja soy muy prepotente, pero a veces no más. Soy muy piola en la casa. Yo creo que piensan que soy un buen cabro, pero no sé en realidad lo que piensan.

Salí becado; es la opción que tengo

Para el próximo año tenía planeado cambiarme a un colegio en Santiago Centro, pero como salí becado en Cerrillos, ahora no es seguro. Allá tendría un año gratis de los cuatro años de estudio. Una vez vinieron unos tíos de ese colegio para matricular a los que se interesaran en estar allá, en el Industrial. Yo me inscribí y puse lo que me gustaría. Había tres carreras: administración, mecánica y no sé qué más. Yo puse administración, pero no me gusta, ninguna me tinca. Pero salí becado. Me gustaría estudiar allá por eso, pero, por otro lado, no me gustaría por el sector. La comuna no me gusta, la veo como muy cuática, hay mucho flaites ahí. Los flaites son esos que andan con cortes de pelo raros, hablan mal, los que son indisciplinados. Se visten de colores bien vivos, ropa deportiva, usan zapatillas. No me agradan, no me gusta como son. Por eso no quisiera estudiar en Cerrillos, por los flaites y por las tres carreras. No creo que sean de mi gusto. Igual el próximo año voy a ir allá, pero lo más probable es que me cambie al año siguiente. Mis hermanas no opinan nada al respecto. Mi papá me dice que esté un año ahí y que si no me gusta me cambie. Es la opción que tengo.

Mi meta es vivir solo

Mi meta es vivir solo. Como voy a ser mayor de edad, creo que se va a poder, siempre y cuando esté trabajando. Yo creo que podría hacer las dos cosas: estudiar y trabajar. Esa es mi meta, es lo que me gustaría. Me dan los trabajos que encuentre, pero lo voy a hacer mientras pueda ganar mi plata y hacer lo que quiera. Ahora me siento con otro valor por haber avanzado y superado cosas. Por eso creo que estoy capacitado para ese cambio. Igual hay que seguir. Aún no le he dicho a mi familia, no le voy a decir hasta que empiece a trabajar. Va a sonar difícil; o sea, mi papá no lo va a querer creer porque no me imagina trabajando, él todavía me considera un cabro chico. No creo que me ponga problemas, y si lo hace no importa, es mi vida. Ya me queda un año para los dieciocho, los cumplo en noviembre. Mi mamá, aunque no viva conmigo, no creo que me haga problemas. Le va a gustar la idea. Creo que preferiría que me fuera a vivir con ella, pero le va a parecer bien. Está bien que empiece a pensar en mí mismo. Ese proyecto me ayudará para crecer por dentro y pensar como adulto. Creo que estoy preparado.

Me gustaría ser músico; la vida es una sola

Me gustaría ser músico, pero por la edad que tengo y por el curso que voy a hacer, lo veo difícil. No sé qué pasara en el futuro. Ahora me concentro en terminar el cuarto, salir con algo técnico, no sé. Capaz que tenga la oportunidad de poder estudiar lo que me guste. Igual creo que es posible que estudie música. Si es lo que me gusta, no puedo desaprovechar la oportunidad; es decir, no sé si es una oportunidad, pero la vida es una sola. Mi papá me dijo una vez que me apoyaba con eso, pero no me importa lo que piensen los demás, yo sé lo que voy a hacer. Quizás quiere que trabaje en lo que hace él, pero yo quiero algo distinto. No me imagino trabajando en algo que no me guste.

Pienso en mí mismo como una persona a la que no le importa el resto, sólo lo que haga y lo que sea mejor: así me veo. Me imagino con amigos, familia no sé, viviendo solo aquí en Santiago. No sé lo que pasará, pero ojalá en el futuro pueda estar fuera de Santiago, bien lejos. A veces creo que podría ir a otro país, como Estados Unidos o Argentina. Esos países me llaman la atención, no sé por qué, su cultura quizás. Pero si estuviera en Chile me gustaría vivir en el sur. Me gusta porque hay poca gente. El norte no me gusta. Podría ser en el extremo sur, me gusta el frío. Mis sueños son viajar, estudiar, es decir, vivir de lo que me gusta a mí: la música y pasarlo bien, nada más.





Nací el 9 de septiembre de 1997 aquí en Santiago, en La Granja, parece, o en Puente Alto, no me acuerdo. Mi familia es de Santiago, vivimos muchos años en San Gregorio, pero ahora último nos cambiamos. San Gregorio era feo, no me gustaba. Lo que pasa es que antes, la otra familia de nosotros vendía, entonces entraban y salían hombres a cada rato de la casa. Ahí vivíamos nosotros y la otra familia; en la parte de atrás había una pieza y ahí vivía con mis cuatro hermanos, éramos chicos, yo no estaba bien ahí.

En San Gregorio estuvimos harto tiempo. Después nos fuimos al 30 de Santa Rosa, en La Pintana, y ahora estamos en el Puente Alto, en El Volcán. Antes, yo venía todos los días de allá del 30, viajaba hasta acá. Era muy largo, tenía que levantarme súper temprano; además, la micro se demoraba y llegaba tarde a clases. Pero ahora no.

En El Volcán vivimos desde hace poco. Nos cambiamos antes de que mi mamá saliera, como una semana antes, entre junio y julio más o menos, porque van a ser casi siete meses desde que salió mi mamá. Recuerdo eso porque, cuando mi mamá volvió, aún estábamos organizando y ordenando las cosas.

Ahí estoy bien, me siento mejor. Nosotros nos cambiamos para no estar en lo mismo, para cambiar de ambiente, para no estar cerca de donde se vende. Donde vivimos ahora puede ser que igual se estén volando, pero no se vende, no se ven personas fumando pito o cuestiones así. Uno va a comprar a la esquina y se ven viejitos curados, pero nada más. Me gusta vivir así, que esté todo calladito. Antes no, antes uno salía a la esquina y estaban tirando balazos. Aquí no, aquí estoy tranquila; no nos metemos con los vecinos, siempre estamos adentro de la casa. Fue bueno que nos cambiáramos, porque no me gustaba donde vivía antes. No me juntaba con nadie, era mi pololo y yo, los dos no más.

De mi infancia no me acuerdo mucho

De mi infancia no me acuerdo mucho lo que hacía, pero recuerdo que cuando era más grande jugábamos al tombo o a la escondida con mis amigos de San Gregorio. Ahí era chica, o sea, no tan chica. Jugaba con un amigo y con un primo que vivían cerca de mi casa, mi primo todavía vive ahí en San Gregorio. Con él hacíamos planes, inventábamos historias. Me acuerdo de que comíamos limón con sal.

En los veranos, a veces mi primo se iba a quedar a mi casa o yo me iba a quedar a la casa de él. Íbamos a la piscina, al parque, cuestiones así, pero nunca íbamos todos en familia. Ahora no me junto mucho con él ni con mis otros primos. Ya no son igual que antes, tienen malas juntas, ya no me hallo con ellos. Cuando fuimos creciendo como que cada uno andaba por su lado. Además que yo no salgo a fiestas, no salgo, no me gusta. Así que ahora cada uno por su lado.

En mi familia están todos bien

Mi familia es mi mamá y mis hermanos. Mi abuela murió cuando yo era chica, ella nos cuidaba a nosotros, era viejita. Con mis otros abuelos, por parte de papá, no hablo, o sea, el hola y el chao, nada más. Después está el marido de mi mamá, mi mamá se casó con él, llevan como seis años juntos, algo así. Con él hablo poco, no es como para decir “es un buen papá”, pero me llevo bien con él, con mi mamá también. Él trabaja en la Coca-Cola, anda en un camión entregando bebidas. Trabaja de lunes a sábado y los domingos los tiene libres.

En mi familia están todos bien. Yo vivo con mi mamá, la pareja de mi mamá y mis tres hermanos, porque mi otro hermano ya tiene su pareja y su hijo, no vive con nosotros. Él es el mayor de mis hermanos, tiene veintiún años parece; después está mi hermana, que en noviembre cumple los veinte o los diecinueve, luego

estoy yo, con diecisiete, mi otro hermano, que tiene doce, y mi hermana chica, que tiene cinco años. Tengo dos sobrinos, además, uno por mi hermano y otra por mi hermana. Mi sobrina ayer cumplió siete meses, nació en marzo. Mi otro sobrino, el Giuliano, tiene cuatro años; se lleva por un año con la Giuliana, mi hermana chica, se llaman parecido.

Vivimos en una casa grande. Le falta pintura, sí, ya no se notan los colores, está fea. El dueño no la ha arreglado, por eso arriba se ven los cables separados y abajo, donde van los enchufes, se ven los otros cables. Hay que ponerle techo también. La casa tiene tres piezas, hay dos grandes y una chica, la chica es mía. En una de las grandes, mi mamá tiene una cama de dos plazas donde duerme ella con su marido y la niñita. Y en la otra pieza hay una cama de dos plazas y una de plaza y media: en la cama grande duerme mi hermana con la guagua, mi sobrina, y en la otra mi hermano. En la parte de abajo están los sillones, la mesa, la cocina y el mueble. Tiene patio también la casa, pero no lo ocupamos mucho porque es chico. Adelante hay otro patio chico.

Yo tengo pieza sola, me gusta mi pieza porque prefiero estar sola. Antes estaba con mi hermana, un rato dormíamos en la misma cama, pero no hablábamos mucho, por eso prefiero estar sola. Además, ella no ve tele, prefiere escuchar música, aunque a veces veía las cuestiones de la noche, las que a mí no me gustaban, teníamos problemas por eso. Cuando ella salía, ahí yo veía tele, porque si ella estaba, venía y la cambiaba al canal que ella quería. Ahora bajo a ver tele, prefiero estar abajo sola que con ella.

Con mi hermana, desde que quedó embarazada empezamos a pelear. Como que todo le molestaba; que esto, que esto otro, no sé, uno no le podía decir nada. Pero a mí no me gustaba andar peleando. Durante el embarazo no comía, todo lo vomitaba, pero la guagua nació bien sanita. Ahora mi hermana no ha cambiado mucho, no le gusta que le digan nada, está amarga, es que no está con la pareja. Él había encontrado pega, habían hecho planes para la guagua y toda la cuestión, pero después él le dijo que no quería estar más con ella. Mi hermana ya estaba embarazada y la dejó sola.

Fue bueno que llegara mi sobrina. Las cosas cambiaron un poco, pero todo normal. Yo cuidó hartó a mi sobrina, es bien linda. Lo bueno es que se sienta solita y habla, tiene siete meses recién. Es bien paradita y chupa chupete, no toma teta porque a mi hermana no le salía mucha leche, entonces puro chupete. Mi sobrina está siempre con mi hermana. Ella igual cuida a mis primos, después se viene como a las seis y llega en la noche a la casa, no está todo el día con nosotros. Antes sí la veíamos, pero estamos bien así, mi familia está bien ahora. Mi mamá está súper contenta con su nieta. Ella quería entrar al parto, pero como estaba presa no pudo.

Yo iba todos los domingos a ver a mi mamá

Mi mamá estuvo presa siete meses por tráfico. Fue ahora en enero, antes de que yo cumpliera los diecisiete años. Ahí yo me quedé con mi hermana y mi hermano, el mayor. Él nos daba plata para comer y todo eso. Mi hermano tiene su casa, pero estaba todo el día con nosotras y después se iba en la noche. Fue fome para mí, yo estaba triste, lloraba sola. En el colegio conté lo preciso no más, es que soy bien reservada. Iba todos los domingos a ver a mi mamá. Las visitas eran los miércoles y los domingos, y mi cuñada, mi hermana y mi otro hermano iban los miércoles. Yo iba los domingos con el Miguel, mi hermano mayor, y mi mamá trataba de no ponerse a llorar para que nosotros no llorásemos. Pero yo siempre salía llorando, me daba pena tener que dejarla ahí y venirme.

Cuando salió yo no sabía, así que no la fui buscar. Supuestamente había resultado mal el trámite para que saliera, eso me habían dicho a mí, que le había ido mal. Un día yo había ido a la casa de mi pololo, estuve un rato ahí, y me mandaron a llamar por teléfono. Me dijeron que me tenía que ir para la casa por no sé qué cuestión,

no me acuerdo, así que volví. Cuando llegué estaban mi papá, mi hermano, mi hermana, mi cuñada y el amigo de mi papá. Él me pidió que fuera a buscar la pala al patio, así que fui para atrás y mi mamá me dijo “¡shh!, tienen todo el patio sucio!”, porque el perro había botado la basura... y me puse a llorar. Nos abrazamos, ella estaba contenta, yo también.

Es bueno tener a mi mamá de vuelta. Así no tenemos que ir a verla allá, levantarnos temprano, hacer la fila, que nos revisen las cosas y pasar rabias. Es fome ir para allá, pero igual íbamos para no dejarla sola. Mi mamá ahora está en la casa, tiene arresto domiciliario en la pura noche. A las diez tiene que estar en la casa, pero en el día puede salir y trabajar. Supuestamente ahora luego se le acababa el arresto domiciliario, pero se lo alargaron de nuevo. Está aburrida de estar encerrada. Ella quiere salir a buscar pega, lo que sea, lo que venga. Aún no ha encontrado, pero sigue buscando, porque el marido tampoco lleva tanta plata a la casa y a veces llega hediondo a copete. Así que no lleva tanta plata y a mi mamá no le alcanza.

Igual estoy enojada con mi mamá, porque no nos apoya. Yo antes igual le ayudaba, pero ella no estaba en el día a día con nosotros. A veces nos daba plata y toda la cuestión, pero ¿de qué valía que nos diera plata si no estaba? Yo no digo que nos faltara algo, pero nunca estaba en la casa. Si no tenía nada que hacer, ¿por qué no se daba el tiempo de estar con nosotros, de almorzar o tomar once? Nada más, poh.

Ahora mi mamá está todo el día en la casa. A veces sale, pero a mí no me gusta salir tanto con ella, porque anda mi hermana y peleo mucho con mi hermana, con la que tiene dieciocho.

Antes era más apegada a él

Me acuerdo de que cuando era chica mi papá peleaba con mi mamá, se iba y nos dejaba solas. Siempre hacía lo mismo, después se separaron y ahora mi mamá está bien. Para Navidad, cuando hay fiesta, mi papá nos compra ropa y le dice a mi mamá que no puede más, porque tiene que comprarle también a su otra hija, ella tiene cinco años. Antes mi mamá nos regalaba, pero ahora él nos hace los regalos a nosotros.

Yo igual veo a mi papá. Me quería ir a vivir con él, pero él me negó a mí, por eso no lo paso mucho. Con mis otros hermanos se lleva bien, pero conmigo no tanto, porque yo peleo mucho con él. Le digo cuando las cosas están mal y mis hermanos no le dicen nada. Soy la que le dice las cosas como son, es que fue feo lo que hizo.

Cuando mi mamá cayó presa, nosotros con mi hermano estábamos donde mi tía, una amiga de mi mamá a la que le decimos tía de cariño; estábamos en su casa y mi papá, en vez de ir a buscarnos a nosotros, fue a buscar a mi otra tía que vive al lado de mi tía, la amiga de mi mamá. Nos vio afuera de la casa, pero se llevó a mi tía y a su hija, y a nosotros nos dejó ahí. Por eso yo estoy enojada con él.

Nunca le he dicho, no vale la pena. Cada vez que le digo algo nos peleamos, por eso en realidad prefiero evitarlo. Antes era más apegada a él, ahora no tanto, antes yo salía de la escuela y lo seguía. Ahora mi hermano sale con él para todos lados, van a la playa; ya no sale conmigo, me dice que mi hermano es hombre. Me daba pena, pero ya no, total, lo de la pena no sirve... a veces me dan ganas de llorar, pero no saco nada, no va a hacer que las cosas cambien.

Igual nos vemos casi todas las mañanas con mi papá, me va a buscar a mí y a mi hermano para ir a dejarnos al colegio: primero pasa a dejar a mi hermano y luego a mí. Después, a las 3.10, cuando mi hermano sale del colegio, lo va a buscar; a mí no, yo me voy sola a la casa. Ahora mi papá no trabaja, no sé qué hace, pero nos da todos los días una luca para la colación. Nos va a buscar y nos trae en auto; los miércoles no más me vengo en micro o a veces en un móvil que él paga. Yo creo que debe trabajar pero no sé, nunca le he preguntado tampoco.

En 4º básico repetí, así que buscamos otro colegio; yo no quería estar ahí

No me acuerdo de la primera vez que fui al jardín, pero sí me acuerdo de que no me mandaban mucho, mi mamá prefería que nos quedáramos en la casa en vez de mandarnos al jardín. Con el colegio era lo mismo. Yo era chica, mi mamá no nos mandaba mucho porque hacía frío, por cualquier cuestión que pasara.

Del colegio no tengo muchos recuerdos. De lo que sí me acuerdo es que iba a un colegio que quedaba en San Bernardo. Vivimos un tiempo corto allá cuando era bien chica, parece que ahí fui a primero básico. Después me cambié a Puente Alto.

En Puente Alto, recuerdo que la escuela era grande. Había una puerta que abrían en las mañanas y el patio estaba dividido: en un lado estaban los más grandes y en el otro lado los más chicos, de primero a séptimo, parece, y arriba estaban los de media. El colegio era como un cuadrado, era grande. Ahí estuve hasta cuarto básico, ese año repetí de curso. Cuando repetí, nos dijeron cuando ya estaba terminando el año. Hicieron que me cambiara y mi mamá empezó a buscar otro colegio para mí. Igual yo no quería estar ahí, no me gustaba cómo enseñaban, no aprendía. Preguntaba cualquier cosa y reclamaban, así que buscamos otro colegio.

Aquí he pasado todo, pasé de ser chica a la adolescencia y ahí a la madurez

Un día fuimos donde mi primo y a la vuelta de su casa, en el negocio, había un cartelito que decía “dos por uno”. Y como yo iba atrasada, mi mamá lo vio y me trajo para acá: llegué hace siete años a la Escuela Hogar de Cristo, cuando tenía diez años. Cuando llegué a la escuela entré al segundo nivel, pero después me bajaron porque no entendía muy bien la materia. Le preguntaron a mi mamá si yo quería aprender más y ahí me bajaron. Después repetí el cuarto nivel, que es séptimo y octavo, así que he estado aquí desde el primer nivel hasta primero y segundo medio. Lo que pasa es que aquí los cursos son dos por uno; es decir, primer nivel es primero y segundo básico, segundo nivel es tercero y cuarto, tercer nivel quinto y sexto, y cuarto nivel séptimo y octavo, ése justo lo repetí. Este año hicieron primero y segundo medio, y el año que viene van a hacer tercero y cuarto.

Este es el primer colegio de la Fundación que tiene hasta cuarto medio. En los otros, el próximo año van a hacer primero y segundo, y ojalá después tercero y cuarto. Ahora sólo en este colegio hay media, las otras escuelas no lo tienen. Aquí lo hicieron primero para ver cómo funcionaba, mi curso fue el primero. Es súper bueno, porque no en todos los colegios es así. A mí no me gustaría cambiarme, no quiero ir a otro colegio, ya estoy acostumbrada aquí; además, que tendría que acostumbrarme a ver la materia de otro lado, no conocería a nadie, y en cambio aquí los conozco a todos.

Yo llevo hartito aquí, siete años. Sé que el Bryan también lleva hartito tiempo, pero no sé cuánto. Yo aquí he pasado todo: pasé de ser chica a la adolescencia y de ahí a la madurez, siento que me he formado aquí. Este es un espacio, no sé, prefiero estar aquí que quedarme en la casa.

Aquí no hay nadie que me moleste, no me aburro: juego o leo, pero en mi casa no hago nada de eso. En mi casa, cuando llego del colegio y está mi mamá, no ordeno nada, pero cuando no está tengo que ordenar yo la ropa. Después de eso veo las comedias de Mega: “La gata”, “La mal querida”. No salgo a la calle, no veo a nadie, no me junto con nadie allá. Es que no me gustan mucho las niñas, son puros problemas, y para conocer a personas que son puro problema, mejor que no. Por eso prefiero venir al colegio. Si me dan a elegir, yo me quedo en el colegio.

En la escuela he aprendido hartas cosas, he logrado pasar de curso y he madurado. He avanzado hartito aquí, ahora me gusta participar, ya no soy la misma de antes. Creo que los profes piensan que ya no soy conflictiva,

mi mamá igual está contenta porque estoy participando en la escuela, me siento cómoda con esto. Antes no era así: antes era mala, me portaba mal, peleaba con los profesores, con los compañeros, con todos. Pero ahora no ando leseando ni peleando, ahora ando solita, ando callada. Antes era así porque era cabra chica, no le tomaba importancia a la escuela como lo hago ahora. Era bien seria antes; ahora no tanto, porque ya no me gusta ser así, he cambiado mucho. Pasaba afuera, era mala, mala en el sentido de que me gustaba andar peleando. Como era chica, me retaban y yo me ponía a pelear; andaba leseando, jugando, peleando con los hombres o con mujeres, me daba igual, pero así de juego. Ahora es diferente, ya no ando jugando con los hombres a manotazos.

Igual soy peleadora, enojona, soy pesá, pero cuando quiero, no más; cuando no quiero, no. Soy como leona, porque si me dicen algo respondo, o sea, no me quedo callada. Este año, por ejemplo, tuve problemas con una niña, me dijo algo y yo le pegué. Lo que pasó es que nos pusimos a discutir. Ella me estaba leseando mucho. Yo al principio no la pescaba, cuando ella me decía algo yo la ignoraba, no la tomaba en cuenta, hasta que un día me aburrí. Yo iba pasando y me dice “oye, tú”, y no sé cuánto. Entonces fui a pegarle, pero nos separaron. Me fui al otro patio, estuve un buen rato sentada, hasta que me dijeron que volviera a la sala, que ya estaba todo calmado. Iba bien relajada y cuando voy doblando, veo que ella estaba llorando con la tía Bárbara y me dice “ésa tal por cual”. Y yo le respondo “¡qué, chucha de tu madre!” y me tiré encima y le pegué, fue chistoso. Yo no soy de problemas, no pesco a nadie, ¡pero es que ya era mucho ya! Después no me molestó más, eso faltaba.

No tengo amigas, en mi casa tampoco, es que no me gusta estar con gente, sólo estoy con gente conocida, con los del curso, ahí no más. Ando con el Jonathan, sí, mi pololo; si no, con la Marcela, pero con los otros no, ellos son como muy, no sé, no me tinca, es que no me hallo con ellos. En mi curso somos veintidós alumnos, creo, pero no me junto casi con nadie.

Ahí nos ponemos a hablar entre todos

Yo hago sopa de letras, a veces las hago en la sala cuando se ponen a hablar. Un día que fui a la feria y me compré este libro. Antes siempre me compraba el libro chico y nunca lo terminaba porque se me rompía. Entonces me compré uno grande y éste sí me ha durado, este otro me lo regaló mi mamá. Me gusta hacer sopa de letras, me entretengo, pero igual juego con los demás. En los recreos, por ejemplo, me pongo a jugar; no es que ande aislada, sólo que cuando ando enojada no pesco a nadie. En los recreos, o estoy jugando a la pelota con el Jonathan o escuchando música o hablando con la Marcela. Ella es mi amiga, llegó este año al colegio, ahí la conocí. A veces se acercan más personas y ahí nos ponemos a hablar entre todos, no es que sea tan solitaria.

Pero igual no salgo mucho. A veces, de tanto encierro no quiero nada, es que no soy muy conversadora. Me gusta hablar, pero no tanto con los profesores, no me gusta tener que hablar con ellos todo el día, ni todos los días. En la sala hablamos, pero en el recreo no. Igual, yo sé que si necesito algo puedo acudir a ellos, pero hablar así como media hora, no, pero yo sé que están. Puedo hablar con la tía Jazmín, con el tío Mario, él antes era nuestro profesor, ahora es el director. Además está la tía Carolina, está una tía que llegó este año, es psicóloga y psicopedagoga, con ella me llevo bien también. Hay hartas tías con las que me llevo bien. Igual siento el apoyo del Jonathan, mi pololo; con mi mamá me llevo bien, pero su apoyo no lo siento tanto. En octavo, por ejemplo, me estaba sintiendo media triste, andaba bajoneada; no andaba llorando, pero me tenía que dar ánimo para no andar así. Fue un poco difícil, pero lo superé sola. Si estoy triste lloro en mi pieza sola y si estoy en el colegio... los problemas que pudiese tener en mi casa siempre los he dejado en mi casa no más. En el colegio como que no los tomaba en cuenta.

Aquí todo es diferente porque te ayudan, si tienes problemas se acercan y te preguntan, si te ven llorando te preguntan qué pasa. En cambio, en otras escuelas no. Eso creo yo, porque ya casi no me acuerdo de la otra escuela. Creo que en otra escuela no se van a acercar a hablarte para saber cómo estás, les daría lo mismo.

En cambio aquí te hablan, se preocupan. Tampoco es que vayan a tu casa para preguntarte por qué has faltado tanto, ni te llaman o van a verte, porque si una quiere estudiar, va a estudiar por sí sola, por una misma. Pero los profesores se acercan, eso es bueno porque no cualquiera se acerca a preguntarte qué te pasa. Por eso los profes son importantes para mí. Aquí siento que les intereso. No sé cómo decirlo, pero los profesores me han enseñado cómo comportarme. Antes me decían algo y yo contestaba mal, pero ahora converso con ellos con buenas palabras. Aprendí que es importante hablar con buenas palabras, no a garabatos, porque si yo respeto a los demás, ellos me tienen que respetar a mí. Es algo importante, porque nadie te puede agredir o pasar a llevar. Por eso no tengo problemas con nadie; no falta las que te tienen mala o que te pelan, pero yo no pescó, que peleen solas.

Te toman atención, te escuchan

Igual han cambiado mucho las cosas, antes era otra onda aquí en el colegio. Han cambiado mucho a los profes, para mejor, no para peor. Antes pillaban a los cabros fumando y citaban al apoderado, pero a veces se les olvidaba. Como que no sé, como que andaban en otro mundo y los cabros andaban en otra, con los problemas de la casa, pero ahora ya no. Ahora, si los profesores ven a alguien mal se acercan, es bueno eso. A veces uno piensa que preguntan por preguntar o que no te van a decir nada, por eso no les damos respuesta. Pero no es así, uno se da cuenta de que están ahí con uno. Además, si te cuesta te ayudan para que aprendas. Uno les dice: "Sabe, tío, me cuesta esto". -Ya, voy a hablar con la tía Cony. Ella nos ayuda. Es que aquí, cómo me explico, aquí los profesores, el tío Delvis, el tío Mauricio, nos hacen reaccionar, hacen que pensemos las cosas antes de hacerlas. Por ejemplo, si hay dos niños que quieren pelear, los profesores pescan a uno, pescan al otro y hablan con ellos. Después les dicen que se pidan disculpas y así se acaba el problema, es como una mediación que hacen.

La mediación es cuando tienen que hablar los dos y si el problema no se arregla, uno de los dos se tiene que ir suspendido o algo así por el estilo. Pongámosle que hay uno que quiere pelear y la otra persona no quiere, pero va a tener que pelear igual. Pero si se piden disculpas y hay uno que no las acepta, a él lo van a tener que echar. Con la mediación te dan una opción: o cambias o te vas. Yo lo veo así, porque si no quiero cambiar, ¿a qué vengo al colegio? ¿A puro dar problemas y nada más? Entonces no. Es bueno el colegio, esas cosas sirven para que no haya peleas, para que no se lleven mal.

Aquí te tratan diferente, eso se ve en cómo te hablan: te toman atención, te escuchan, en otros colegios no hacen eso. En el otro colegio donde estuve, el director ni se veía, yo no sabía quién era. Pero aquí sí lo conozco, todos lo conocen. Cuando hacen actividades él siempre participa, se ve, se nota que están ahí con uno. No como otros profes a los que les da lo mismo si te sacaste una mala nota, estudiaste o no estudiaste. Aquí te pasan una hoja con corchetes para reparar; si te sacaste una mala nota es porque tú no estudiaste, no porque no se preocupen por ti. Eso es bueno.

Ahora creo ser una buena alumna, antes me costaba más. El año pasado me costó más y repetí cuarto nivel, es decir séptimo y octavo; repetí porque me costaba entender lo que leía, leía y no entendía. Tenía que estar alguien al lado mío explicándome, pero ya no. Ahora, si no entiendo, leo dos, tres y cuatro veces hasta entender. Y si tengo dudas, les pregunto a los profesores, les digo lo que no entiendo y me explican al tiro. No les pregunto a mis compañeros, prefiero hacer las cosas sola. Porque si estoy escribiendo y me dicen cosas, ¿cómo voy a saber si están mal o bien? Prefiero equivocarme yo sola.

«NO SÉ CÓMO DECIRLO,
PERO LOS PROFESORES ME
HAN ENSEÑADO CÓMO
COMPORTARME. ANTES ME
DECÍAN ALGO Y YO CONTESTABA
MAL, PERO AHORA CONVERSO
CON ELLOS CON BUENAS
PALABRAS. APRENDÍ QUE ES
IMPORTANTE HABLAR CON
BUENAS PALABRAS, NO A
GARABATOS, PORQUE SI YO
RESPETO A LOS DEMÁS, ELLOS
ME TIENEN QUE RESPETAR A MÍ»

El año ante pasado, cuando repetí, me esforcé harto y pasé, porque si uno quiere, puede aprender. Si un profesor te quiere enseñar y uno tiene la disposición, puede aprender. Me gusta aprender, pero tenemos poco tiempo para estudiar. O puedo llegar a las ocho de la mañana al colegio, si quiero, y ahí tomo desayuno, porque de las ocho a las 8.22 dan desayuno. Pero como siempre llegan tarde, a veces lo dan hasta las ocho y media. Si llegan tarde, en el recreo dan pan y lo que sobra lo regalan en el patio.

En primero y segundo medio tenemos otro horario, no es como antes. Ahora entramos temprano igual, pero salimos a las dos, y los que llegan más temprano salen a la una y tanto, porque nos dan un pase para poder irnos. Tenemos permiso para irnos a la una y algo si llegamos temprano; si no, nos vamos a las dos. Las clases terminan a la una y cinco minutos, a esa hora tocan para ir a almorzar, y después no tenemos más clases.

Como la media sale a las dos de la tarde, tenemos poco tiempo para estudiar y aprender. Por eso no nos pasan tanta materia, sino que nos dan guías para que nosotros las estudiemos en la casa. Pero hay alumnos que no ponen tanta atención y no entienden nada; esos son los que no hacen nada en clases.

Por ejemplo, la tía de inglés nos entrega la materia que vamos a ver la próxima clase, así sabemos lo que vamos a estudiar. Aquí tengo otra guía de matemáticas, tenemos que tratar de estudiarla para la clase que viene, para la prueba. Igual mañana nos van a hacer repaso porque los viernes tenemos sólo matemáticas.

A mí me gusta matemáticas, pero me cuestan la multiplicación, la división y las tablas de multiplicar, no sé cómo aprendérmelas. Sé que tengo que aprenderlas y quiero hacerlo, pero no sé cómo. La profesora me ayuda, pero igual no cacho nada; o sea, cacho, pero me complica. Con la división ahora estoy mejor. Es más la multiplicación la que me da problemas, porque si uno no se sabe las tablas, no salen la multiplicación y los problemas que nos dan para resolver. Yo trato de resolverlos aquí en la escuela, con la hoja de las tablas, y ahí voy viendo y sacando el ejercicio. Me demoro pero igual lo termino.

Me siento bien cuando aprendo, pero cuando no, me da rabia, así que ahí me pongo a leer hasta entender. Pero igual me da rabia no poder entender al tiro. Eso me pasa más en matemáticas, porque en lenguaje estoy bien. Lo único que no cacho es cuando se pone la boca así o así, con la b o la v, pero en lo demás estoy bien.

En la escuela me va bien: hoy me saqué un siete en naturaleza, tengo buenas notas, tengo un promedio 6,1 y el primer semestre me dio 6,2. Ahora tengo que ver qué notas me van a poner, ver también las pruebas que vienen, las coeficiente dos, pero no tengo rojos.

Lo otro que me gusta es gastronomía, naturaleza también, historia igual, pero no tanto. Lo que menos me gusta es educación física, porque después quedo adolorida. Nos toca naturaleza primero, después educación física y de ahí volvemos a naturaleza. Ahí quedamos un poco delicados. Es que nunca hago actividad física.

Los profes me dicen que yo puedo por mí misma

Aquí me motivan: antes me costaban las cosas, pero ahora me dicen los profesores que yo solita aprendí, que puedo por mí misma. Me hace sentir bien eso, porque ya puedo hacerlo sola. La tía Bárbara me enseñó: ella me hacía hacer guías, a veces me sacaba de clases y me explicaba, me decía que primero tenía que ver lo que me preguntaban y después buscar en la guía la respuesta. Si decía “niño Pepe”, no sé, “¿qué hacía el niño Pepe?” y había como tres alternativas, a, b y c, tenía que buscar. Ahora es más fácil porque leo bien las preguntas, busco y ya; ahí está la respuesta y resulta.

La tía Cony también me ha ayudado, ella hace reforzamiento a los alumnos de diferentes cursos. Esas clases son siempre dentro del horario, no son aparte. Duran como una pura clase: después tocan, salgo a recreo y luego

me vengo a la sala con mis compañeros. A mí me sacaban en el horario de educación física para ir a esa clase; los profesores me decían cuándo tenía que ir, la tía Constanza sabe cuándo llamarnos. Nos sacan los puros miércoles o los puros martes. Ahí la tía va a la sala y habla con el tío o la profesora que esté y le dice: “Me llevo a la Thiare a reforzamiento”.

Ahí la tía Cony y el tío Rodrigo nos ayudan con lo que uno no entiende muy bien. Generalmente somos como tres o cuatro los que vamos; el tío Rodrigo toma a dos alumnos y la tía Cony está con los otros dos.

Esas clases me han servido mucho en matemáticas, que es lo que más me cuesta. Ahí la tía me hacía construir ecuaciones y cuestiones así. Lo que más me hizo fueron sumas y restas, ahora eso me lo sé al revés y al derecho. Lo que no sé aún es la multiplicación y la división, pero ahora igual estoy cachando un poco más. Lo que más me cuesta es la multiplicación.

Aprender es entender

A mí no me gusta pedir ayuda para hacer las tareas en la casa. Es que mi mamá no sabe leer muy bien; escribe, pero no muy bien. Mi mamá llegó hasta cuarto básico. Mi hermano mayor no sé hasta qué curso habrá llegado. Mi otro hermano, el que tiene doce años, está en quinto, también repitió; y mi hermana estaba terminando el primero y segundo medio aquí en la escuela, pero ahora no quiere venir más. No quiere venir por su hija, pero no la entiendo porque a su hija la cuida mi mamá o yo. Yo creo que no quiere venir de floja, no más. Le dije que diera exámenes libres, pero no sé.

Mis hermanos sí saben, todos saben; mi hermano grande sabe mucho, pero cuando yo llegaba del colegio no pedía ayuda, hacía mis tareas sola. Si no entendía, ahí preguntaba y mi hermana me ayudaba, pero sólo si yo le preguntaba. Yo sola no más, porque no se puede tener una buena base si no estudias.

A mí me gusta aprender, aprender es entender. Igual son muchas cosas, no sé cómo explicarlo, es que para todos es diferente. Se puede a veces de memoria o escuchando si estás en la sala y toma atención. Para mí aprender es cuando las cosas se quedan en la mente. Eso me sirve para las pruebas, me sirve para la vida en todo sentido. Por ejemplo, si mi familia me pregunta algo así relacionado con la escuela, yo lo voy a saber.

Una vez que aprendo algo, después lo puedo poner en práctica, y puedo abrir nuevas puertas también. Por eso me gusta venir a la escuela.

Me gustan las cosas que nos enseñan

Cuando hice el primer nivel no tenía talleres, en segundo nivel tampoco, pero de tercero en adelante sí, ahí sí había talleres. En tercer nivel estuve en peluquería y, después, en cuarto nivel, tomé eco-arte. Ahora en primero medio estoy haciendo gastronomía, esos son los talleres que hay. Pero mucho antes, cuando estaba haciendo primer y segundo nivel, había estructuras metálicas, ahora lo sacaron.

En el taller de eco-arte hacíamos, se me olvidó el nombre, pero es un cuadradito así con puros hoyitos chiquititos. Uno tenía que tejerlos con lana y teníamos una hoja de esas que se doblaban y después quedaba marcada la figura que uno quería hacer. Primero uno marcaba la figura, por ejemplo una flor o un corazón, y la rellenábamos con lana. Me gustó mucho eso. También hacíamos atrapa-sueños, muchas cosas, figuras con goma Eva y algodón. Por ejemplo, nos marcan un corazón y después íbamos cociéndolo y lo cerrábamos. Yo hacía gatitos.

El taller de peluquería no me gustaba, era fome; es decir, a mí no me gustaba. Antes pasaban pura materia, no es como ahora que uno se puede teñir el pelo, hacer visos. Antes no poh, antes era más fome. Uno se dedicaba a hacer cortes de pelo y luego ponías la especificación de lo que hiciste en una hoja de cuaderno, en el cuaderno que nos pedían. Les hacíamos peinados a las muñecas, pero ahora no, ahora se hace en personas, antes usábamos sólo muñecas. Eso era cuando yo estaba en tercer nivel, no sabía tanto.

En gastronomía, en cambio, hemos hecho hartas cosas: tortas, pie de limón, queque, una torta de crema moka, de piña, ¿qué más?... queques de diferentes sabores. Lo bueno es que uno hace las cremas ahí mismo, las cremas y los rellenos, y hacemos la decoración con mangas. Después el tío escribe la receta en la pizarra y uno tiene que copiarla. Por ejemplo, aquí tengo la receta de la torta de crema moka: “Seis huevos, harina, azúcar, polvo de hornear, crema moka, manjar, pack de decoración, crema y café en polvo”.

Antes nos tocaba una pura vez y sólo dos horas de taller, el día miércoles, pero no había tiempo para hacer tortas. Ahora nos toca los jueves y estamos todo el día. Vamos sólo los del curso y sí podemos hacer tortas, porque en dos horas no alcanzábamos: las tortas sólo se pueden hacer en cuatro horas. La otra vez hicimos tres, las llevamos al curso y las vendimos casi todas. Sobró como una y media; una se la comieron en el curso y rifamos la otra.

Es bueno aprender eso, saber hacer cosas. Me gusta hacer lo que hacen los profesores, las cosas que nos enseñan. Mi mamá, además, me regaló un libro de cocina. Ahí salen recetas para hacer tartas, pasteles y dulces, hay hartas recetas. Me gusta la cocina, pero no es tan fácil cocinar.

Hacer un asado en el parque

Por el colegio se hacen hartas cosas. La otra vez fuimos a la playa, a Isla Negra, visitamos la casa de Pablo Neruda. Hemos ido al museo también, al Precolombino, al GAM. La otra vez fuimos al 25 de Santa Rosa, entramos y había un proyector. Era como un museo. Ahí nos explicaron con un power point unas cosas, estaban todos sentados mientras nos explicaban. A mí me gusta participar en eso, pero igual es fome. Como que hablan y hablan o nos muestran cosas. Hacemos un paseo de curso también, un paseo para jugar a la pelota, cosas así, pero son actividades para nosotros los del curso no más, no para todo el colegio. Este semestre no hemos salido mucho. El otro día, el tercero creo, no se qué curso, fue al Buin Zoo. Nosotros vamos a ir a la piscina o a acampar; también vamos a ir al parque para hacer un asado, el 26 de noviembre, creo. Ahora a fin de año todo el colegio va a ir a la piscina y a Fantasilandia. Vamos todos los años. Esos paseos se hacen cuando salimos de clases: llaman a los apoderados y les dicen que vengamos a buscar las entradas o que nos juntemos afuera del colegio o directamente en Fantasilandia, así es más fácil. Va el que quiere, yo voy siempre, pero el año pasado no me acuerdo si fui o no.

Está también el Día en Familia, un día en el que vienen los apoderados y los alumnos al colegio para hacer actividades en conjunto. Puede venir cualquier apoderado: tíos, tías, hermanos. Una persona se pone arriba en el anfiteatro con micrófono y dice “la mesa pide monedas de \$5, y hay que llevarle monedas de \$5 o, por ejemplo, un número de carné que termine en guión dos, por decir algo. Son puros juegos.

Cuando se hizo eso, de mi familia vino mi mamá, mis hermanos y mi hermana. Hicimos hartas cosas: jugamos a la Lota, a la Lotería, pusieron una mesa con las cosas del taller de gastronomía, también jugamos a la cuerda. Me acuerdo de que hicieron ese juego donde hay un fierro que hay subir hasta arriba y si tocabas la punta te daban un premio. Los apoderados vienen también para fiestas patrias. Los alumnos bailamos cueca, bailes del norte, del sur. Yo bailé cueca, aquí me enseñaron a bailar en la hora de educación física. Bailé con el Jonathan.

También están las actividades que se hacen por el centro de padres. Los apoderados de todos los cursos se juntan y hacen reuniones en el comedor; los alumnos no pueden estar ahí, están sólo los apoderados y los profesores. Con ellos hacemos un paseo, este año no sé a dónde vamos a ir. Recuerdo que hace tiempo se hacían alianzas: juntaban a los cursos, por ejemplo al primero con el cuarto, al segundo con el tercero y el cuarto nivel. Hacíamos competencias por equipos, no me acuerdo en cuál estaba yo, fue hace mucho tiempo. Tengo súper buenos recuerdos de las alianzas, porque uno se ponía a correr y a gritar. Casi quedé afónica gritando por mi alianza, apoyando a los grupos para que ganaran, fue entretenido.

Además, hay recreos lúdicos ahora, los puros viernes: jugamos a la pelota, al taca-taca, ping-pong. También ponen una cuestión en el suelo con diferentes colores y hay que ocupar las manos y los pies. Si sale rojo, por ejemplo, hay que tocar el color rojo con la mano, y si luego sale verde, hay que tocarlo con los pies. Son varios alumnos que tienen que jugar, es como una alfombra.

Nos vamos todos al círculo

Cuando llegamos al colegio los lunes y los viernes, tomamos desayuno, entramos a la sala, luego salimos a recreo y después nos vamos todos al círculo. Ahí nos vemos todos: los profesores y los alumnos. Se junta todo el colegio en el comedor y nos muestran un power point sobre el bullying o cuestiones así, o hacen concursos.

Este lunes no sé qué hicieron porque no vine. Tuve que quedarme en la casa para hacer unos trámites, porque van a vender el departamento que tiene mi mamá en Puente Alto. Por eso falté. Pero el viernes había un juego: nos hicieron leer una hoja y después ir respondiendo las preguntas que salían ahí. Había muchas preguntas, eran como diez, pero al último decía. “Si ya terminaste de leer todo, responde sólo la pregunta número uno”. Y resulta que todos respondieron todas las preguntas, no leyeron las indicaciones, leyeron arriba no más. La profe dijo que eso mismo era lo que hacíamos en las pruebas, que teníamos que leer bien las indicaciones porque en una prueba podían aparecer instrucciones similares y que, si no leíamos bien, nos íbamos a equivocar. Fue bueno ese ejercicio, todos lo hicieron, pero no leyeron bien lo que decía abajo.

Otra vez en el círculo hicieron el juego del emboque, y otra vez, una actividad por curso: estaba un niño de primero, por ejemplo, y el profesor, un niño de tercero y el profesor, y tenían que armar una figura con un cuadrado y un triángulo, medianos y chicos. Otra vez también pusieron unos tarros con agüita: eran dos alumnos por curso y tenían que tirar pelotas de ping-pong. Al que ganaba le daban torta o regalos.

Soy la presidenta del curso

Este año he sido la presidenta del curso. Yo creo que me eligieron porque soy la más añiñá. Es que todos andan peleando y cuestionando, y yo soy como la más organizada del curso, por eso me eligieron. Igual ha sido un problema porque no todos ayudan, entonces una se aburre de eso.

Trato de organizar actividades, de vender cosas para juntar plata para el curso, para comprar cosas. Los jueves nos “ganábamos” al interior del taller de gastronomía a vender completos y hamburguesas en los recreos, pero ahora no lo hacemos más. Hubo un tiempo también en que les vendimos almuerzo a los profesores. Vendíamos los días viernes cuando tenían reunión; no era todos los viernes, había que ver si se juntaban o no. El problema es que no todos ayudaban. Decían “yo me quedo, yo me quedo”, y no se quedaba nadie, se quedaban una persona o dos

personas, y nosotros teníamos que estar organizando todo. Incluso, a veces el tío nos iba a comprar o iban otros niños, no los del curso. Fueron muchas peleas: los que no ayudaban opinaban más de lo que tenían que opinar. Ése es el problema, siempre éramos los mismos, yo y el Jonathan, siempre los más organizados. Si ayudaran otros al menos podríamos decir “tío, mañana, vendemos tal cosa”. Yo lo organizo por último, pero nadie hace nada, no tienen interés. Somos veintidós en el curso y ayudan dos.

No me gustó ser presidenta. Aún lo soy, pero ya estoy aburrida. No me puedo salir porque cuando me eligieron acepté, sabía que tenía que terminar. Con las actividades que hemos hecho, hemos juntado \$170.000 y con esa plata queremos salir. Los cabros quieren ir a acampar, pero no nos alcanza para eso. Ellos quieren quedarse como dos o tres días, y no, si por cada noche te cobran, ellos no entendían eso. Así que ahora vamos a ir a la piscina parece. Igual hay reunión de apoderados y parece que quieren hacer un asado para el curso.

Estas cosas como que con nadie las había hablado, no soy muy buena para hablar de mí. Creo que soy esforzada, responsable, yo veo eso por cómo soy en el colegio. Por ejemplo, hoy tenía que entregarle una guía a la tía y se la entregué, pero los otros niños no la traen a tiempo. La tía les dice “ya, tráelo mañana”, y les pone la misma nota. Es como que da lo mismo, porque si uno lo trae antes es la misma nota que los demás: Yo traigo las cosas cuando me las piden. Por eso creo que soy buena alumna, soy responsable, vengo todos los días, he faltado como tres días no más: una fue porque tenía que sacar el pase escolar, otra porque tuve que acompañar a mi mamá a otro lado y la otra no me acuerdo. Yo me esfuerzo y vengo a clases porque tengo interés en aprender.

Además, pienso que soy alegre, honesta, buena amiga, aunque amigas no me gusta tener mucho. Pero soy buena polola, hija también, soy afectuosa y derecha. Si tengo que decirle algo a alguien, a la persona que está al lado mío, se lo digo, no me quedo callada ni nada, lo digo mejor. Nada de andar por debajo ni escondida, no; yo voy y digo lo que tengo que decir, soy bien así como derecha.

Tenemos una relación bonita

Al Jonathan, mi pololo, lo conocí aquí en la escuela. Llevamos un año y dos meses juntos, el jueves cumplimos un año y tres meses. Somos compañeros de curso y, de repente, cuando hacemos trabajos en grupo, él se sienta al lado mío y hacemos los trabajos juntos, los dos no más. Tenemos una relación bonita.

Él vive en el mismo lugar que yo, así que nos juntamos y vamos a la plaza. Como vivimos cerca, se va a quedar a mi casa y juega con mi hermano, o yo me voy a quedar a la de él y vemos una película. Dormimos separados, sí.

Yo lo conocí el año pasado. Antes, el Jonathan se la pasaba afuera de la sala, se portaba mal y todo, pero ahora cambió, ahora quiere terminar sus estudios. Yo empecé ese cambio, porque si no, si seguía así... Como que se pegó la escurrida, ahora está mejor, ya no se la pasa afuera de la sala, ni anda peleando, ya no. Ha cambiado para mejor. Ahora en el verano, a lo mejor vamos a ir a la playa juntos. Nos vamos a quedar con los tíos del Jonathan en la casa que tienen en la playa. Sería entretenido, yo no he viajado mucho. Viajar me llama la atención, así como por curiosidad. He ido a la playa, a Viña, a Valparaíso, a San Antonio, he ido a la nieve también, pero me gustaría ir al sur para conocer.

Estoy contenta de estar acá, me gusta, es bueno sentir que se preocupen por una; si no, no vendría todos los días. Yo no me iría de acá. Todavía tengo que seguir porque quiero terminar mis estudios, hacer tercero y cuarto. Mi mamá nunca terminó sus estudios, pero yo sí quiero terminar, quiero ser más que ella. Así, cuando sea grande y tenga hijos y ellos me pregunten algo, sabré responder. Quiero ser alguien, que me pregunten algo y yo saber, no quedarme ahí, que no sé, que no sé. Me levanto sola en las mañanas para venir a la escuela, nadie me tiene que estar despertando. A mi hermano sí, porque no le gusta, pero a mí no, porque me gusta venir al colegio.

Mis planes son seguir estudiando y terminar tercero y cuarto aquí, porque sólo en este colegio de la Fundación hay media. Lo bueno sería que pusieran algo; o sea, que uno saliera con algo más que el cuarto medio, pero no sé si lo podrán implementar para el año que viene, para el tercero y cuarto. Sería bueno, además, que hubiera otros talleres, para que aprendiéramos otras cosas.

Estar aquí ha sido bueno para mí, porque ya estoy terminando ¡Cómo no va a ser bueno eso! En un colegio normal igual habría terminado, pero quizás hubiese empezado a repetir de curso. Aquí, en cambio, he podido avanzar hasta subir a mi nivel. A mí no me da vergüenza decir que estudio acá, los demás dicen “voy en el 2o de Santa Rosa, justo en la esquinita está el colegio”; o dicen que no se saben el nombre, pero si a mí me preguntan lo digo. No sé por qué los otros no lo dicen, por el nombre yo creo, nunca me he hecho la pregunta. Yo recomendaría este colegio, es bueno, no hay otros colegios así. Todo es diferente: los profesores, los alumnos, todos saben compartir.

Si yo quiero yo puedo, va en mí

Cuando era chica quería ser carabinera, pero eso era cuando chica, ahora no. Todavía no sé qué me gustaría estudiar. No he pensado mucho en el futuro, pienso en estudiar no más, esa es mi idea, es lo que quiero hacer más adelante. Mi meta es ésa, porque me sirve para el futuro y porque lo tengo que hacer, porque no voy a encontrar trabajo si no estudio. Me gustaría estudiar gastronomía, es lo que más me gusta, o algo de ciencia, no sé. Ahora no he visto ninguna otra carrera que me interese, cuando sea el momento lo veré. Además, tengo que experimentar en otros lugares, porque a lo mejor pueden ser diferentes que acá. Mi familia me apoya con la idea de seguir estudiando, mi mamá me dice que bueno. Sé que si quiero yo puedo; si no quiero, nadie me va a apoyar. Sé que si tengo el ánimo lo podré hacer, me podré levantar temprano y no faltar a clases. Me siento segura con eso, porque va más en uno, porque si uno no quiere seguir adelante no lo va a hacer. Por eso es importante para mí venir a la escuela, porque quiero terminar y luego tener un título de algo que yo sepa hacer.

Aparte de eso no tengo ningún sueño. Sólo me imagino estudiando, trabajando, viviendo en Santiago. Me imagino sin hijos o a lo mejor con ellos, no sé. No quiero tener hijos aún, pero en el futuro quizás sí. Más sueños no tengo.



5

AARON
PERALTA



No soy chileno, nací en Perú, en Piura, pero me crié en el puerto de Ilo, eso es en el sur, en la costa. Está a dos horas de Tacna y a tres horas de Arica. El 2005 llegué a Santiago con mi mamá, llegamos a vivir con Eduardo. Él no es mi papá biológico, pero yo lo reconozco como mi único papá.

Cuando llegué tenía ocho años. He estado más de la mitad de mi vida en Santiago, recuerdo más la formación de aquí que la de allá. Desde hace seis o siete años estamos en Quilicura, antes vivíamos en el centro, cerca de la Quinta Normal. Ahora mi madre vive en Quilicura conmigo. Antes vivíamos con mi padre también, pero se separaron emocionalmente. Ya llevan más de cinco meses separados, no sé bien qué pensar. Tengo un gran papá, pero no puedo hacer nada, porque ellos han roto. Yo ya estoy grande, creo que si hubiera sido chico o sentimental, lo hubiera tomado distinto. Pero si tomaron esa decisión es porque lo sienten, y yo tengo que respetar su decisión, no puedo obligarlos.

Mis abuelos por parte de mamá son peruanos, son de Ilo. Por parte de papá son de Santiago. Mi abuelo por parte de mamá era un trabajador del cobre, trabajaba en la refinación del cobre en una empresa estadounidense, Sabores Perú. Ahí conseguía muchos beneficios: hospital, comida, vivienda. Por eso teníamos estabilidad y una familia grande. Mis abuelos tuvieron doce hijos, todos están en Perú. Están mis hermanos y mis sobrinos también. Yo viví en la familia hasta los ocho años; en la casa había sólo dos hijas y dos hijos viviendo con mi abuela, porque mi abuelo murió el 94. Yo nací el 95.

Mi abuela cumplió ochenta y dos años ahora, hace poco mi mamá fue a Perú a saludarla. Fue por una semana y yo me quede solo en Santiago. Nosotros somos cuatro hijos de distintos papás. Tengo dos hermanas y un hermano, pero no conozco la historia ellos, viven en Perú. Cuando mi mamá se vino a Chile, mi hermana mayor tenía veintidós años y la otra veintiuno. Con mi hermano Gustavo nunca viví. Mi mamá tuvo un problema con su papá y los otros abuelos lo adoptaron, ella no pudo hacer nada.

Con Gustavo nos vemos, pero no nos hablamos mucho, no tenemos una relación. Él sí se ve con mis hermanas, pero tampoco son tan cercanos. Se juntan a soldar, son todos soldadores. Mi hermana trata de buscarlo para que él se integre a la familia, pero él igual se siente dañado. “¿Por qué no me cuidaste?”, le dice a mi mamá. -No podía hacer nada, si tu papá hizo esto.

Mi hermano Gustavo es mayor que yo, tiene familia, tiene entre veintinueve y treinta años. Con mis hermanas no han sentido mucha conexión porque tienen como diez años de diferencia. Ahora ellas están allá con mi abuela, se criaron allá. Fueron rebeldes: a los catorce años tuvieron hijos y mi mamá pasó rabias por eso. Ellas dejaron de estudiar y ahora a los treinta están buscando estabilidad.

Mi mamá se hizo por sus actos

Mi mamá tiene el corazón bien dañado por la familia, siempre han tenido prejuicios con ella. Mis abuelos eran muy disciplinados, no dejaban que saliera a la calle, no podía buscar novio. Mi mamá tuvo problemas con la familia, era la hermana mayor. La tradición antigua decía que la mayor de los hermanos tenía que cuidar a los demás; si le pasaba algo a alguien, era culpa de ella. Tenía la responsabilidad de levantarse temprano, cocinar, ayudarle a mi abuela, lavar la ropa, todas esas cosas. Mi mamá me contó que ella pasó a la juventud y se rebeló, se fue al norte del Perú, estuvo por la selva, y en Piura conoció a mi papá. Ella es bien inquieta, era muy movediza y siempre viajaba. No lo entiendo bien, pero siempre se ha estado moviendo para otros lugares por la familia, porque no la querían, la trataban de prostituta. Todavía es criticada, pero con mi abuela ya se hablan y se llevan bien, se quieren un montón por el amor que ella les dio cuando eran chicos. Mi abuela se encargó de cuidarlos

bien. Ahora yo lo puedo ver con mi mamá: ella siempre es atenta, siempre hay algo para comer, es una gran mamá, puede mantener la casa sola. Se hizo por sus actos, por lo que ella tenía. Me decía “yo soy así” y me mostraba sus negocios, su estabilidad.

Parece que él era distinto

Cuando mi mamá estuvo en Piura conoció a Pablo, mi papá, y estuvieron juntos, pero él se desapareció y ella se fue a otro lugar. Allá conoció a otra persona y estando con esa persona se dio cuenta de que estaba embarazada. Esta otra persona pensaba que era mi papá, pero no era así. Después se separaron porque él era violento, tenía dos hijas y las trataba mal a todas. Mi mamá dijo: “Este trato no lo quiero para mi hijo”. Y a pesar de que quería a las hijitas del caballero, tomó la decisión de irse.

Cuando se fue no volvió a Piura, se fue a Ilo, ahí viví muchísimo tiempo. Después de un año volvió a Piura a darle la noticia a mi papá. Mi papá me conoció jugando por ahí, mi mamá le dijo: “Él es tu hijo”. Ella me cuenta que él quería que se quedara con él, pero mi mamá tenía un negocio en Ilo y había pedido permiso para viajar: sólo quería que supiera que yo era su hijo. Después se fue y no hablaron más. Entonces él sabe que yo existo, pero viajó para Argentina y ahora tiene otra familia. Sólo eso sé, es lo que me ha dicho mi mamá.

No tengo recuerdos de él, no conozco a mi papá biológico, lo he visto en fotos no más. Sé que le gustaba jugar a la pelota, que tenía el pelo ondulado y que trabajaba en un puerto. Según la apreciación de mi mamá, parece que él era distinto, distinto en su forma de vestir, en su forma de tratar.

Yo he dejado de lado esa historia, he tratado de no sentirme mal porque no estoy con él. Sí he pensado en cómo sería si lo conociera. Ahora reconozco a Eduardo como mi único papá, él es mi papá.

Mi formación fue bien liviana

Yo me crié en el puerto de Ilo. Mi mamá no vivía en ese tiempo con nosotros, se vino a Chile cuando yo tenía cinco años. No recuerdo bien eso, pero la recuerdo en Ilo conmigo, estábamos juntos en la casa o viajando. Después viví con mi abuela, dos tías y mis dos hermanas. Vivía también con mis dos sobrinas, había muchas mujeres. Éramos sólo dos hombres, yo y mi sobrino, el hijo de mi hermana. Con él nos escapábamos.

Mi formación fue bien liviana, porque no había una mano de papá. Mis hermanas me formaron. Estaba acostumbrado a hacer lo que ellas hacían. Igual tuve mano dura, porque mi hermana trataba de ser mi papá. Tengo buenos recuerdos de ese tiempo: vivíamos en un lugar muy bonito, en una casa blanca frente al mar; igual el mar no estaba tan cerca, porque Ilo es así como Valparaíso, va subiendo. Nuestra casa estaba en el cerro. Todavía mi familia vive ahí. La casa tiene dos pisos, en el primer piso hay un patio central. La cocina está arriba, el comedor es grande, la sala. El balcón tiene vista hacia el puerto. Ahora hay un tercer piso. La casa está remodelada porque mi tía la arregló por las nuevas generaciones. Ya no es la misma casa; tiene la misma esencia, pero mi abuela ya está viejita.

Recuerdo que al frente de la casa están el centro de salud y el colegio. Está el mercado también, donde venden verduras. Las comidas allá son increíbles. Los desayunos no son un pan con queso y té. Comíamos quinua con pan torata, que es un pan sin levadura; teníamos tomates también. Hay mucha variedad de cereales, pero no de esos procesados, sino naturales: avena, quihuicha. Los desayunos son baratos, como \$200 un desayuno así. Hay frutas también: papayas, plátanos, mandarinas. Eso es Perú, aquí igual cuesta formar esos hábitos.

Yo era un niño inquieto

Antes de venirme, un día fui a jugar a la pelota y me rompí las rodillas, me cosieron antes de los ocho años. Me caí porque mi perro, el Snoopy, me empujó y caí donde había un fierro. Mi perro me empujó, pasó rápido y listo. Recuerdo que el doctor me trató muy bien, me dijo que contara hasta veinte, no sé cuántos puntos eran, como ocho puntos, y me dijo que contara y que iba a estar sanado: ¡A los trece ya estaba listo!

Recuerdo el colegio, las amistades, cuando jugaba a las bolitas, al trompo, cuando iba a la playa. También me acuerdo de estar con el Fredman, mi sobrino, él es hijo de mi hermana. Con él éramos partner, pero ahora ya no, ha cambiado. Antes copiaba todo lo que yo hacía, era un niño inquieto y a la vez inocente. Si yo le decía algo, él me creía, era muy hiperquinético, a veces hacía cosas malas. Este año lo vi, ha cambiado mucho. Ahora es una persona muy como cool. Yo creo que también he cambiado, pero para una personalidad más reservada.

Él tiene catorce años ahora y a los trece ya tenía novia, una novia grande de diecinueve años. Es que su físico es grande, como rubio. En Perú sólo hay personas morenas, con pómulos marcados, el pelo distinto, los rasgos mestizos. Él es distinto, por eso llama la atención. Ahora tiene una novia y está viviendo con ella, se fue de la casa. Tiene catorce años y ya se fue de la casa. Está estudiando en la noche y trabajando. Es adolescente, pero piensa como adulto.

Recuerdo que me iba caminando a estudiar, mi casa quedaba al frente del colegio. Cada lunes, o todos los días, teníamos que formarnos y cantar el himno del Perú. Había personas distinguidas entre los alumnos. Había brigadieres con distintos rasgos, unos que cuidaban que no hubiera violencia, otros que cuidaban que no estuviera sucio. Recuerdo que la enseñanza era en la pizarra, pero no en pizarra con plumón, sino con tiza. Un profesor enseñaba todas las materias: matemática, lenguaje, computación, historia y sociales que le llaman.

Yo estuve hasta quinto o sexto básico. Tenía hartos compañeros, como treinta, tenía amigos. Con ellos jugábamos a la pelota en mi casa o en el entorno, yo me sentía bien. Por estar jugando a la pelota siempre llegábamos tarde a clases y los profesores nos castigaban tirándonos las patillas o pegándonos en la mano con la regla, dependía de la falta: si llegábamos tarde, si hacíamos algo malo, si nos burlábamos de un compañero o no hacíamos las tareas. No recuerdo haber hecho muchas tareas, pero si mandaban, en mi casa me ayudaban. Nos formaban para que tuviésemos buena letra, escribíamos con lápices, no con lapiceros, es decir, con lápiz pasta, eso era para los mayores. Nosotros ocupábamos lápiz mina azul, negro o rojo. Hacíamos ejercicios de caligrafía, nos revisaban los cuadernos, era bien formado.

Esa enseñanza ahora la conecto con el orden que tengo. Cuando empiezo las asignaturas, recuerdo lo que me enseñaron y lo practico, ordeno las materias. Las cosas que me interesan las anoto, porque la práctica del estudio me lleva a tener buena memoria. Así no me tengo que quedar estudiando hasta tarde. En la escuela allá aprendí algo de la cultura de Perú, que se divide, no como Chile, en costa, sierra y selva; el distrito de Iquitos es la selva del Perú. Aprendí algo de los incas, recuerdo que hay muchos incas. Estudié también el lema de la policía que es: “No robes, no mates y no mientas”. Eso está escrito en lengua quechua o aymara. Mi abuela hablaba quechua.

Todo pasó rápido y llegamos a Santiago

Mi papá Eduardo quería tener un hijo, pero como tenía malos hábitos por el uso de drogas, el doctor le dijo que no, que a los cuarenta y tanto podría salir mal, por los hábitos y también por su edad. Entonces mi mamá le dijo a mi papá que ella tenía un bebé en Perú que estaba solo, que me podía traer, ahí yo llegué.

En el 2005 mi mamá fue al Perú. Yo estaba estudiando y a mitad de año me sacó del colegio y me dijo: “Ya, nos vamos”. Recuerdo eso porque me gustaba una niña y decía: “Me voy a ir, no la voy a ver”. Todavía la recuerdo. Todo pasó rápido, me tomaron y fuimos a hacer los documentos a Lima. Mi mamá siempre ha sido preparada, entonces salimos con tiempo y nos fuimos de madrugada. Recuerdo muchos edificios grandes, mucha gente y después el viaje a la frontera.

Nos vinimos en bus, es largo ese viaje: si de Santiago hasta Arica hay treinta horas, y a Tacna son más. En la frontera mi mamá entró a una caseta y me contó que pagó dólares para que me dejaran pasar, porque no me querían dejar pasar. Llegamos a Santiago en el segundo semestre del 2005. Ahí estaba el presidente Lagos, eso es lo que recuerdo. Llegamos en la noche directo a la estación, se veía bonita, era temporada de invierno. Y mi mamá me dice: “Abajo está tu papá”. Yo lo buscaba y vi a un chico levantando las manos. Ya se estaba yendo porque el bus se atrasó y decían que ya no llegaba, pero justo miramos y lo vi.

Después nos fuimos a la casa de Matucana. Cuando llegamos tuve la sensación de bienvenida, porque la gente y mi papá fueron muy atentos. Mi papá me dijo: “Mira, te tengo esto”. Yo ni siquiera lo conocía, pero me llevé bien altiro con él. –Mira, yo te traje esto. Le había traído un chocolate. Ahí cocinamos, a mi papá le gusta mucho la carne, nos sentamos y comimos, fue bacán. Vi tele también. Ahora recuerdo cómo todo empezó a formarse, ahora veo que estamos distintos. El problema en ese tiempo era que yo estaba integrándome, estaba contento a pesar de la adaptación, a pesar de que vivíamos en un espacio bien chico. La pasábamos bien, a veces salíamos.

Esta foto es de una subida al cerro Santa Lucía, después fuimos al San Cristóbal. Yo tenía vergüenza de sacarme esta foto porque no me gustaban las fotos cuando había más personas. La camisa que tengo en esa foto es la misma que ocupé para sacarme la foto del pasaporte y ése es el polerón que me compré para ir al colegio. Esa camisa y esa polera me acompañaron en el viaje desde Perú.

La casa en la que vivíamos era antigua; el techo grande, las maderas súper viejas, el baño muy distinto. Había una tina y como un bidé, pero no se ocupaba para nada, y en el lavamanos había una bolita. Todo era de madera, estaba en mal estado. Esa casa queda cerca de la Quinta Normal, cerca del hospital, a una cuadra del centro como yendo hacia Cumming. Es bonito el entorno. En esa casa vivían dos personas más no tan jóvenes, como de treinta años, y dos abuelas también. En nuestra pieza estaban la cocina, dos camas y el refrigerador. Teníamos todo en la pieza, era chica. Con el tiempo fuimos moviéndonos hacia lugares más grandes, siempre dentro del centro. Santiago era distinto, me impactó cuando llegué: lo veía grande, muy distinto, porque las casas que hay acá no están en Ilo, la arquitectura es diferente. Me acuerdo de la gente, la cara de la gente era distinta. En Perú no hay personas tan bonitas. Yo encuentro que las personas aquí son bonitas físicamente, de cara, bien formadas, blancos o morenos.

Además encontré que era helado. Yo estaba acostumbrado al clima cerca de Lima, pero la playa aquí es helada, hasta para bañarse en la casa es distinto. Aquí es muy fría el agua en las mañanas, el baño es muy húmedo.

Cuando llegué, al principio tuve muchas aprensiones: quería irme, extrañaba a la familia. Durante el primer año no tuve amigos, sólo mi mamá y mi papá, pero no me gustaba andar con ellos porque pasaban peleando. Cuando salíamos a la calle ellos se iban al frente y yo por otro lado, me separaba y observaba de lejos.

Al principio no le decía papá

Eduardo es una gran persona, tiene la misma edad que mi mamá. Ella dice que tiene cincuenta y cinco años, nació el 62. A veces me cambia la edad, me dice cincuenta y tres, cincuenta y cuatro. Con mi papá nos fuimos acercando después del año, creo; pasó tiempo, se fue dando solo.

Al principio costó, él trabajaba mucho y lo veía poco. La relación se fue acercando cuando ellos empezaron a tener discusiones por mí, recuerdo bien eso. Mi primera impresión fue buena, bonito todo, fue bueno conocerlo. Pero después nos llevamos muy mal. A los meses ya me mandaba y él no estaba a la altura de un papá. Mi papá y mi mamá discutían por mí porque a veces me portaba mal.

Recuerdo la primera vez que me pegó, porque yo estaba siendo muy mal criado. Me llevó a jugar a la pelota para que hiciera más amigos, eso no me gustó y le dije que no y que me quería ir para la casa. Él fue detrás de mí. Cuando llegamos me habló, me sentó y me dijo: “Mira, yo soy tu papá”. Me habló duro y me pegó. Yo me puse a llorar porque no quería estar aquí.

Otra vez, yo de curioso, lo fui a buscar al baño, porque pasaba mucho rato en el baño, y vi que estaba consumiendo droga. Ahí le avisé a mi mamá, pero ella no me hizo caso, creo que ya sabía y prefirió esconderlo. A mí desde chico me dijeron que no saliera a la calle hasta tal hora, que los borrachos son como personas malas. Entonces fue algo nuevo para mí, porque estaba viviendo con una persona mala, y mi mamá sabía que él estaba metido en eso. Mi papá tomaba igual, eso era más normal. Pero que se encerrara en el baño... creo que hasta hoy es pastabasero, su debilidad siempre ha sido la pasta. Luego nos cambiamos de casa. Yo había empezado séptimo, octavo, y mi papá dejó de esconder que tomaba y que se drogaba, y empezó a salir. Mi papá siempre ha sido desordenado y mi mamá lo ha consentido. Eso fue en la etapa en que yo era chiquito. Mi mamá quería que yo tuviera un papá, pero ahora cambió eso. Hasta hace poco seguían discutiendo y peleando, pero a mi mamá ya no le interesaba tanto que las cosas se arreglasen y que se fuera de la casa porque yo ya había crecido. Ellos deben llevar como doce años de casados.

Con él peleamos el primer año. Muchas veces pensaba en pegarle, tomar una escoba y... pero me sentía amenazado porque él se defendía, me agarraba las manos. Me daba rabia a mí como trataba a mi mamá. Mi mamá le pegaba y yo lo agarraba para que él no le pegara a ella y, pucha, mi mamá a veces lloraba.

Para ella siempre ha sido fuerte, porque cuando era chica también se pegaban sus papás, entonces sufrió por eso. Su vida siempre ha sido de sacrificio, ella es muy luchadora, cuando sonríe es una alegría. Mi papá es muy inteligente, pero también le pegaban cuando era chico, su papá era militar. Como se dice, quizás fueron etapas del matrimonio, pero a mí no me gustaría golpear a mi esposa así. Yo pienso que los golpes a veces son necesarios para la reflexión. Agradezco que haya sido hombre conmigo, porque tengo la visión de un hombre y, pucha, los golpes me enseñaron. No fue siempre, sólo cuando yo me pasaba. Me daba y yo me centraba. Después de un año más o menos empecé a decirle papá, al principio le decía Eduardo. Creo que en la etapa de los quince, cuando pasó lo de las tomas, fue cuando pude conocerlo más porque me llevó a trabajar con él.

Eran descalificadores con los extranjeros

Cuando llegamos mi mamá empezó a hacer los trámites para tener el timbre del Ministerio de Educación y así yo poder empezar a estudiar. Íbamos por las calles caminando, era invierno y me tenía muy abrigado. Íbamos al Ministerio de Educación por San Martín y Andes, y ahí empezamos a preguntar si había colegios y encontramos el colegio Alemania, que está en Mapocho. Mi papá había estudiado ahí, yo estuve un semestre.

Cuando entré, como llegué a mitad de año a Chile, en la entrevista me dijeron que para ganar el año era mejor que me pusieran al tiro en quinto. Así no me atrasé. El colegio no quedaba cerca de mi casa, quedaba en Libertad con Mapocho, y para Mapocho había hartas cuadras. Todas las mañanas nos íbamos caminando con mi papá, él me iba a dejar al colegio.

Las salas del colegio eran muy grandes y había muchos alumnos, habrán sido unos treinta. Teníamos jornada completa, desde las ocho de la mañana hasta las tres o cinco de la tarde, dependía del día. Ese cambio fue interesante: los profesores eran distintos, aquí había un profesor por asignatura y allá un profesor por un período de tiempo. Y a pesar de que no veíamos al mismo siempre, teníamos un espacio con un profesor en particular, el profesor jefe. Con él hacíamos consejo de curso. Me llamó la atención además el cambio de la escala de notas: acá era del uno al siete, y allá en Perú era del uno al veinte.

Teníamos recreos también, el recreo del almuerzo era el más importante, siempre me repetía las comidas. Al recreo todos bajaban corriendo. Yo pedía permiso un poquito antes para ir al baño y me ponía a hacer la fila. Después del almuerzo se jugaba a la pelota, porque era hartito tiempo de recreo. Fue ahí donde empecé a hacer amistades. Veía la aprobación y el rechazo, siempre había personas mal intencionadas que se ponían a descalificar.

Hacer amigos me costó. Al principio me sentí un poco discriminado, algunos niños me discriminaban. Más que discriminadores, eran bien descalificadores con los extranjeros. En ese tiempo Chile no era como hoy, lleno de extranjeros. Antes sólo había personas del Perú, pero ahora hay más haitianos, personas de Europa.

Recuerdo muy bien que afuera del colegio se ponían a pelear, recuerdo como hablaban los compañeros. Me decían “¡te cocinaste!”, “perno”. No sé por qué querían pelear conmigo, la jerga era rara.

Para ir al almorzar sólo me juntaba con dos o tres personas, porque los demás eran un grupo bien molesto. En Perú tenía más confianza y más autoridad, más iniciativa. Si jugábamos a la pelota en el colegio, yo armaba equipo, pero aquí no sé, no tenía esa personalidad. No tenía amigos, pero si tenía un conocido. Como él también era de Perú empezamos a conversar, éramos compañeros y vivía a dos cuadras de mi casa. Pero le gustaba la misma chica que a mí, y a la chica también él le gustaba porque le dedicaba más tiempo.

Me rompí la cabeza

Un día estábamos jugando a la pelota, estábamos jugando al veinticinco, yo estaba al arco, y quedaba sólo un gol por hacer. Si me hacían los veinticinco goles me iban a dar una patada en el trasero cada uno. Yo no quería que me pegaran, quería atajar la pelota. Me la estaba jugando con todo y le tocó al Denis pegarle a la pelota. La agarré, la tenía segura, pero le siguieron pegando y, como yo estaba en una esquina, me rompí la cabeza. Me pegué y empecé a sangrar. Ahí vino la orientadora y me llevaron a un hospital por Quinta Normal, me hicieron puntos, me cosieron y listo, no me dolió. La orientadora fue muy amable y me compró cosas para comer, llamó a mi mamá y a mi papá. Luego andaba con un parche en la cabeza y me quedaba en la casa viendo monitos.

Después de que pasó eso, recuerdo que tenía miedo, todos me preguntaban: “¿Qué te pasó, qué te pasó?” En el colegio me pidieron un culpable, y yo les dije que había sido el que me había amenazado, porque necesitaba protección. Había un chico que era el más matón, él fue el que le pegó a la pelota cuando me rompí la cabeza, y dije que había sido él, pero mentí, porque la verdad es que él le pegó a la pelota y no a mí. Me caía mal, pero yo agrandé más la situación para que me protegieran, porque sentía que no estaba en mi mundo. Llegamos al punto de ir a la fiscalía para que se hiciera una denuncia en contra del niño. No recuerdo cómo terminó eso, después me cambié de colegio. Algo significativo de estudiar en el Alemania fue que mi papá me iba a dejar temprano todos los días. Yo era chico y nos íbamos caminando por el Parque de los Reyes. El colegio estaba unas cuadras antes del parque, en las mañanas hacía mucho frío. Llegábamos al colegio, me despedía y mi papá se iba a trabajar.

Yo quería jugar a la pelota

Cuando era chico hacía deporte, jugaba fútbol. Ahora lo hago esporádicamente, estoy leyendo o jugando tenis de mesa. Esta foto es del entrenamiento de fútbol, yo entrenaba en Colo-Colo, fue una de las primeras actividades que hice cuando entré a séptimo básico. Tenía como nueve o diez años. Ahí estábamos en Las Condes, en la Ciudad Deportiva Iván Zamorano, él era como mi entrenador.

Estuve poco tiempo ahí, porque me hacían más entrenamiento físico que jugar a la pelota, y yo quería jugar a la pelota. Al último era una pichanga de quince minutos. No era bueno, a veces me tocaba al arco y no me gustaba.

Allí iba los fines de semana, los sábados, lo recuerdo porque mi papá me iba a dejar. Recuerdo las zapatillas, me acuerdo de que fui al Alemania con esas zapatillas. Eran para jugar en pasto, no en cemento, y no podía correr bien. Todos fueron muy amistosos conmigo, nunca hicieron ninguna discriminación o algo así; el profesor me tenía buena y los compañeros eran buena onda. Una vez celebramos mi cumpleaños con los amigos del fútbol. Ese día fuimos al supermercado Santa Isabel a comprar una torta y, mientras estábamos practicando, mis papás organizaron todo en un espacio para comer. Cuando salimos me cantaron feliz cumpleaños. Mis compañeros y los papás de mis compañeros estaban alegres, todos contentos, felices. Me acuerdo de que soplaban las velas y las velas no se apagaban. Las soplé hartas veces y me puse rojo, las velas se apagaban y se prendían de nuevo. Ya todos querían comer, estuve hartado así. Fue un buen día, por eso lo recuerdo.

El 2006 me cambiaron de colegio. Postulé al colegio Panamá y me aceptaron, quedaba al frente de mi casa. Ahí empecé a ver la realidad, hice sexto básico, sólo estuve un año ahí. Cuando entré, el primer día de clases, tuvimos que usar cotona y hacer una fila. Nos tuvimos que presentar entre los compañeros, contar qué habíamos hecho en las vacaciones y hacer un dibujo de eso para luego compartirlo con los demás. Empecé a hacer amigos, fue una mejor experiencia porque los compañeros eran menos bulliciosos. El colegio era más pequeño, sólo tenía dos pisos, no cuatro como el anterior.

De las clases, la que más me gustó fue cuando tuvimos que conocer Santiago. Ahí me hicieron una prueba sobre el metro; hasta ahora me acuerdo de eso y no de la materia. En esos años no era un alumno destacado, era un hombre de los cinco. No era mi objetivo estudiar, me llamaban la atención otras cosas, por ejemplo con quién estaba, las amistades. En el Panamá empecé a tener confianza y tuve amigos, incluso entré a un taller de periodismo y ahí conocí a más personas. También me encontré con personas violentas: me acuerdo de que alguien casi saca un corta-cartón para pelear conmigo, yo estaba bien como a la defensiva. Allí empecé a juntarme con personas no del Perú sino de Chile. Recuerdo las amistades que hice en ese tiempo. De mi curso estaban el Marcelo -él era nuevo-, el Ignacio, la Fernanda, el Moraga, el Axel, el Quezada, la Astete y el Dorian. Ellos fueron clave: teníamos los mismos gustos, les gustaban el animé, los japoneses y el corte de pelo hacia un lado. Empezamos a ir a la Biblioteca de Santiago, por eso recuerdo al presidente Lagos, porque cuando se inauguró la biblioteca el 2005 decía ahí “presidente Lagos”.

Biblioteca de Santiago

Mis amigos del colegio eran las únicas personas con las que socializaba. Empezamos a conocernos y a jugar a eso de los cartones, los llevábamos todos los días. Jugábamos también a la pelota en educación física. El Marcelo tenía un primo que iba en un curso más arriba. Yo coincidía con él porque le gustaban los juegos de computadores, eso nos unió. Me invitaba siempre a su casa, íbamos a jugar al Nintendo, y a la Biblioteca

de Santiago a ocupar los computadores gratis. Ahí los computadores estaban separados por salas: infantil, novedades y juvenil.

Yo estudiaba en la jornada de la mañana, entraba a las ocho, y a veces no iba al colegio para ir a la biblioteca. Algunos días estábamos desde las once de la mañana hasta las ocho y media de la tarde. Jugábamos mini juegos, video juegos, escuchábamos música, se pasaba rápido el día compartiendo con más niños. Un tiempo fui todos los días a ocupar los computadores, a escuchar música, a los juegos. Llegaba a primera hora, porque la biblioteca abría a las once. Esperaba hasta las once en mi casa para ir, pero la señora que estaba ahí de dueña de casa se daba cuenta, porque la pieza no tenía el candado puesto; cuando uno salía se ponía el candado. Y la abuelita pasaba y veía si había alguien o no. A veces pasaba a las diez de la mañana, no veía el candado y tocaba. Yo no contestaba, porque si no, me iba a pillar, le bajaba el volumen a la tele. Salía sin que me viera, me iba a jugar y volvía en la tarde a la casa antes que mis papás.

Liceo Cervantes, una etapa de definir la personalidad

Después nos cambiamos a otra pieza más arriba, pero en la misma calle, como a cinco cuadras, era Huérfanos con Herrera. Entré al Liceo Cervantes, hice séptimo y octavo básico. Tenía once, doce años, vivía cerca del colegio.

En mi casa mis papás pasaban todo el día trabajando, salían temprano y llegaban tarde. Mi papá trabajaba en la construcción, tenía hora fija de entrada, pero la hora de salida no estaba definida. Mi mamá era asesora del hogar, lejos, en Las Condes, y yo estudiaba media jornada, así que tenía tiempo libre y pasaba en la biblioteca. Me crié como solito en esa etapa y empecé a hacer deportes. Recuerdo que había una pieza al lado de la nuestra que estaba vacía, yo tenía una pelota y una raqueta, entonces empezaba a jugar.

En el Liceo Cervantes me tocó el octavo B, de puros hombres. Todos los otros cursos tenían hombres y mujeres. Entre los compañeros no había dudas, hacíamos las cosas de hombres, era todo desordenado. Empecé a hacerme amigo de tres personas del Perú; no, cuatro. Hasta ahora veo a dos cabros de esa época. Ahí estudiaba en la tarde: entraba a las dos y salía a las ocho.

Esa etapa fue más, no sé cómo calificarla, más de definir la personalidad, de cambiar, también de hacer cosas. Ya tenía once años, recuerdo que mis compañeros me preguntaban “¿qué edad tienes?”, porque ellos tenían trece, otros doce. Yo era el más chico, siempre he sido el más chico. Recuerdo a mis compañeros, ellos no me tomaban en cuenta porque estaban interesados en las chicas, cosas así. Además era extranjero.

La familia me mandó pedir y fui a Perú

En el verano, antes de pasar a octavo, estuve en Perú. Fui porque la familia me mandó pedir y mi mamá me mandó de viaje solo, me hicieron una carta para poder salir de la frontera. Cuando llegué al terminal de Arica, estaba nervioso porque había sido mucho tiempo. Llegué, crucé, tomé el taxi colectivo que cruza de Arica a Tacna. Era un niño chico con una maleta, y llegué a Tacna. Ahí hubo algunos problemillas, porque perdí la autorización de mis papás y me tuve que bajar en la mitad del camino. El chofer te va pidiendo los documentos: “¿Usted es menor?” –Sí. –¿Viaja con alguien? –No, pero tengo el poder de mis papás.

Lo empecé a buscar y no lo encontré. Así que me devolví al terminal y pedí un fax. Llamaron a mi mamá y tuvieron que hacer de nuevo la autorización, me la mandaron por fax. Ahí me tuve que quedar una noche en Arica. Conseguí un

lugar donde dormir, porque también me habían dado dinero. Me puse a hacer todo lo que mis papás hacían: me levanté en la mañana, salí temprano, viajé y pasé la frontera. Estaba contento, alegre porque lo había hecho.

En la casa estaban mi abuelita, el Fredman -me acuerdo que me veía con alegría-, mi tío Jaime. Los primeros días traté de buscar a las personas de antes, a preguntar por los amigos que tenía en el colegio, a buscar a mis compañeros, pero me dijeron que se habían cambiado todos. Me dio pena, porque pensé que iba a estar todo igual, tenía la esperanza de encontrar algún compañero. Me encontré sólo a uno, estaba súper grande, trabajaba de pescador, pero me cayó mal porque tomaba mucho.

Estuve un tiempo en Ilo, pero como había una hermana que estaba en Lima trabajando, viajé a verla y pase ahí el resto del verano. Lima es grande, no es tan avanzado como Santiago. El transporte es muy malo, siempre veía las noticias y siempre había muertes de transporte, no me gustó Lima.

Con mi hermana pasamos tiempo. Ella estaba trabajando así que pasaba todo el día solo y en la noche llegaba. No fue tan bueno, pasaba viendo tele en un cuarto, no tenía amistades tampoco. Después volví a Ilo porque mi tío me quería ver, pasé una semana con él y luego me devolví por el mismo recorrido.

Me habían dado treinta días de estadía en el Perú, no sé por qué. La estadía la daban los caballeros en la frontera. Yo tengo nacionalidad chilena, no sé si tengo la peruana, pero aún está el pasaporte, quizás podría recuperarla o tener ambas. De todas maneras, me quedo con la nacionalidad chilena, porque aquí es donde eché raíces, es decir, como que sacaron el árbol, lo pusieron acá y eché raíces.

Empecé a ser más autónomo

Cuando tenía que entrar a octavo nos cambiamos de casa porque el caballero cobraba mucho y mi mamá consiguió un arriendo en Quilicura por \$50.000, un departamento más bonito. Ese verano, cuando volví de Perú, ya estaban en Quilicura, fue un nuevo un cambio y tener que volver a adaptarme al entorno.

Me cambiaron de colegio, pero no me acostumbré. Hice las primeras semanas de clases, pero no eran las mismas personas. Pucha que era raro, así que me la jugué y volví al Cervantes porque quería estar con mis amigos. Mis papás aceptaron mi idea, hice los trámites y me aceptaron de nuevo en el Cervantes, así que volví. Lo malo era que tenía que viajar desde Quilicura hasta Santiago en micro, pero fue bueno porque empecé a ser más autónomo, a hacer las cosas por mí.

Me acuerdo de que caminaba y venía a Santiago con seguridad. Estudiaba en la tarde y me devolvía en la noche. Mi interés en ese tiempo no era tanto el estudio. Era mal alumno, empecé a jugar ping-pong. Sólo antes de salir de octavo empecé a preocuparme por mis notas, porque siempre había sido de un 5,1 y al final del octavo, en el segundo semestre, empecé a juntarme con otras personas para que me fuera bien. Mis papás vieron mis notas cuando fueron a las reuniones: tenía un 4,8 y me lo hicieron notar. Ahí empecé a esforzarme más en aprender, a hacer los trabajos, y subí el promedio a 6,1, porque dejé de juntarme con los cuatro chicos con los que me sentaba al fondo. Me cambié para adelante. Me junté con el Johnny, que era súper inteligente, para hacer los trabajos juntos y leer los libros que nos daban, y con el Enzo también, era un alumno nuevo.

Había personas como el Olivares, una cosa súper increíble, él siempre sobre el 6,6 o 6,7. Estaba la competencia entre el Olivares y el Johnny, los más inteligentes, y empecé a ser de los mejores, a formar parte de ese grupo; aprendía y me esforzaba, así salí del octavo. La graduación fue triste, todos llorando y pensando en el futuro, en cómo iba a ser la enseñanza media, una etapa nueva.

En el Insuco éramos todos nuevos

En el Panamá me gustaba una niña del taller de periodismo, y me acuerdo que una compañera me dijo que, al parecer, ella se iba a ir al Insuco. Entonces fui a dar la prueba de selección para el Liceo Industrial y otra para el Liceo Comercial. Yo quería entrar al INBA porque era como un lugar súper grande, los alumnos eran correctos, había una piscina, una cancha de fútbol con pasto, pero era muy demandado. Postulé, al final no quedé, así que me aseguré con el Insuco y el A-20. Quedé en los dos, pero preferí el Insuco por la niña. Cuando entré, me di cuenta de que ella estaba en el Infesuco, que era femenino. ¡Cómo iba a entrar ahí! Me quedé en el Insuco en la parte comercial. Queda en República, cerca del Parque O'Higgins. Había muchos cursos, desde la A hasta la H, y muchos alumnos en todas las salas. En primero medio empecé a bajar mis notas y volví al cinco, al 5,1. La profesora de lenguaje era la más exigente, era muy estricta, era correcta, evaluaba muy bien.

Había un alumno estrella, el Carlos. El siempre tuvo mucha personalidad para exponer, muy centrado, era una persona muy talentosa. Se hizo conocido rápidamente, empezó a pololear con la más bonita del ambiente, él era hardcore, una denominación ruda, era imponente. También empezó a haber un grupo de emos, como personas tristes y cosas así. Yo ahí me empecé a definir, todos se estaban definiendo. También había skaters, flaites que iban a fumar. Yo era observador: veía a mis compañeros cómo se comportaban y empecé a irme por el lado más emocional, y me identifiqué con los emos, porque eran personas más normales. Mis amigos eran tranquilos, no eran inteligentes, pero eran tranquilos. Yo me juntaba con las personas de segundo medio. Luego pasé a segundo medio, en tercero ya tuvimos que definirnos por una carrera: contabilidad, ventas, farmacia o administración. Ése fue otro cambio. Yo me definí por contabilidad porque administración era un desafío más. El Carlos se fue a administración, pero mi personalidad era más sumisa e introvertida, no me veía como administrador mandando a alguien, era muy arriba para mí.

Vacaciones forzadas en Plaza Brasil

En tercero medio me tocó el movimiento estudiantil y la tomas. Estuvimos sin clases por mucho tiempo, entonces pasaba siempre en la Plaza Brasil. Yo no estaba consciente del movimiento estudiantil, para mí fueron vacaciones, fue más tiempo libre, como estar en un entorno más personal. No había nada que hacer, entonces empecé a desordenarme y a tener otros hábitos.

Antes, cuando iba en octavo, siempre a la vuelta de clases pasaba por la Plaza Brasil. Ahí había una mesa de ping-pong y yo jugaba, pero en segundo medio empezó a ser más fuerte y en tercero más. No llegué directo a la Plaza Brasil, pasé antes por la Plaza Yungay. Mis compañeros de la básica vivían por la Plaza Yungay y yo me iba por Santa Ana hacia Rosas con Libertad. En ese lugar había un espacio para jugar a la pelota.

En Plaza Yungay conocí a una persona skater y empecé a ser skater también y me compré una tabla. En ese tiempo estaba lleno de piercings -en el labio, en la lengua, en la nariz- y andaba arriba de un skate. Me duró harto ese bichito de los tatuajes y los piercings; en la ceja me hice una expansión que ya se cerró, tuve suerte porque no me la hice tan grande. Conocí a alguien que tatuaba, así que me tatué, me hice una flor primero y luego le agregaron lo demás. Uno es siempre vicioso con los tatuajes. Elegí la rosa porque me gustaba, después le di significado: la rosa significa mi mamá, mis hermanos son las hojitas y el entorno, la otra rosa, es mi papá Pablo, mi papá biológico.

Ahí empecé a conocer a los que iban a Plaza Yungay y después los encontré en Plaza Brasil. Por eso empecé a ir a esa plaza. Había personas muy interesantes y como ellos vivían cerca estaban siempre ahí. Empecé a ser bueno

en ping-pong. Como era de noche, el entorno era más desordenado: había personas tomando, fumando marihuana, no había carabineros cuidando. Llegaba como a los once o las doce de la noche a mi casa, mi excusa era que el transporte era lento.

Yo conocí las drogas cuando salí a la calle

En ese tiempo de vacaciones forzadas empecé a consumir droga, alcohol, para probar, porque en el colegio había personas que fumaban y les dije: “Quiero fumar”. Después me compraba cajetillas. El cigarrillo lo empecé en la media, después fue la cerveza. Primero sólo fue el alcohol, pero de ahí probé la marihuana. Con el tiempo me di cuenta de que las personas con las que jugaba ping-pong vendían marihuana y pasta base, yo probé las dos.

Esa era mi vida en ese tiempo, estaba muy desordenado y empecé a llegar más tarde a mi casa, como a las tres de la mañana. Mis papás estaban muy preocupados. Recuerdo que hice muchas cosas impulsivas, que robaba en los supermercados. Andábamos sacando cosas, tenía plata, estaba varios días fuera de casa, la comida era poca, andaba tomando. Tenía un compañero, el Johnny, que vivió siempre en la calle y tenía una casa okupa y vivía solo; nos hicimos amigos y me fui para su casa. Como él era de la calle tenía lugares donde comer. Las personas lo conocían, me tocó andar con él, compartíamos los almuerzos y tomábamos en la noche.

Pasó de todo. El hacía carretes y había muchas peleas, después los carretes salían en la tele. Con el tiempo empezaron a llegar colombianos a la fiesta, a traer cocaína y vendían en la misma casa. Ahí probé la cocaína.

En ese tiempo peleábamos mucho con mis papás porque yo llegaba muy tarde y mis papás peleaban entre ellos. Mi papá me quería pegar o corregir: “Esto es una casa, no es un restaurante, ésta es tu mamá, no es una empleada, yo soy tu papá, no soy cualquier cosa, tú llegas a la casa y tienes que respetar”. El conflicto explotaba entre ellos. Igual a veces me llegaba a mí cuando se ponían a discutir, pero estos once años siempre han sido así: que las peleas, los carabineros. Eso fue en tercero y cuarto medio. En tercero vinieron las tomas y, a partir de eso, el tiempo libre desde marzo a diciembre. No, hasta el marzo siguiente, de corrido. Duró casi un año, fue corto pero intenso, después me desligué.

Recuerdo que éramos puros hombres en el grupo. No me gustaba nadie, tenía amigas, pero pasaba mucho tiempo en la Plaza Brasil, mucho desorden. Ahí ya no era skater. Muchas veces tomábamos y bromeábamos, con mis amigos íbamos a fiestas y en una de esas fiestas conocí a mi polola, a mi ex polola, a los dieciséis o los quince años, no recuerdo. Ella tenía trece, pero me dijo que tenía quince.

Me gustó desde que la vi

Un día fuimos a una fiesta; nos equivocamos porque era la semana siguiente, nos dieron mal el dato, así que volvimos a la Plaza Brasil. Habíamos comprado cosas para tomar. La Catalina andaba en el grupo y nos quedamos hasta tarde. Como no había vasos decidimos andar en pareja y ahí nos empezamos a conocer.

Ella era muy atractiva y me gustó desde que la vi. Me acuerdo del primer día: fue algo significativo, porque nos fuimos de la mano y ni siquiera nos habíamos dado un beso. La acompañé a su casa, ella vivía en Santa Ana. Yo estaba con alcohol y recuerdo que había un mapa en la plaza y le decía: “Mira, yo vivía aquí”. Empecé a hablarle de mí. Ella estudiaba cerca de la biblioteca, a la vuelta de la Biblioteca de Santiago, y así comenzamos una conversación. Cuando llegamos estaba su mamá esperándola. Ella me soltó la mano, la mamá la retó.

Al siguiente día me quedé en la casa de un amigo y le conté que me había interesado esa chica, que quería saber dónde vivía. Fuimos a la casa de una amiga, la Gina, y estaba la Cata, yo estaba sobrio. Ella tenía una actitud de simpatía y conversamos, la invitamos a almorzar. Como era tiempo de vacaciones forzadas teníamos todo el día libre. Con el tiempo empezamos a pololear. Ahí cambié mi forma de actuar porque no podía estar borracho todos los días. Después me enteré de que tenía trece años y no quince, tenía mentalidad de chica.

Recuerdo que la Cata también estaba en período de toma y pasábamos siempre juntos en su casa, cocinábamos. Me contó que cuando ella fue a la Plaza Brasil era la primera vez que salía de noche, porque, como tenía trece, su familia le había dicho que salir después de las nueve era malo.

Con mi imprudencia ella comenzó a salir de noche, a tomar. Empecé a llevarla por donde yo estaba caminando y ella cambió su actitud, empezó a madurar, a crecer. Conocí a su mamá, pero me tenía mala porque la Catalina se puso desordenada. Pasaron muchas cosas entre nosotros, hasta que se acabó. Recuerdo muy bien esos años, fue hace tres. ¡Cómo pasa rápido el tiempo! La tengo presente hasta el día de hoy. Fueron bonitos tiempos, ella fue importante para mí, me sacó del entorno. Cambié muchas actitudes con mi familia; por ejemplo, dejar de ser alguien desinteresado con mi mamá y mi papá.

Fue un día muy triste

A los seis meses, luego de vivir cosas bonitas, pasó que ya no tenía cómo conocerla más. A los dos meses, creo, ella con trece años y yo con dieciséis, tuvimos relaciones, en poco tiempo como que nos conocíamos al máximo. Yo era muy impulsivo y ella era una niña que estaba aprendiendo. Empezó a cambiar, ya tenía más edad, catorce años, y a hacer cosas por su cuenta.

Yo me había desenfocado un poco de la relación, porque durante ese tiempo estaba pensando en el estudio. Fui a clases recuperativas para pasar a cuarto medio y a pensar de nuevo en el futuro, pero ella empezó a salir de noche con sus amigas y amigos. En uno de esos carretes de noche, creo, se acostó con otra persona. Yo me enteré por otros, me dio pena.

Antes de eso habíamos terminado, pero volvíamos luego. Ese juego desgastó el amor, y los comentarios de los amigos: “Oye, vi a la Cata”, “oye, vi al Aaron”.

Fue muy triste, porque ese día había estado con ella, estaba lloviendo. Hablé con ella, tuvimos muy mala comunicación y me fui a mi casa. Después tomé la decisión de no verla más. Me dije: “De aquí a dos años más no la voy a volver a ver, no voy a pasar por esa calle, nada”. Los primeros tiempos fueron terribles, terribles. Quería llamarla, saber de ella, qué estaba haciendo, me preguntaba por qué había pasado lo que pasó. Lo bueno es que me salí de ahí y me dije: “No, no me voy a enlodar”. Por eso nunca he ido a buscarla.

Con la Catalina me di cuenta de dónde estaba, así que me dediqué a pololear y a estudiar. Pero después de un tiempo descubrí que no teníamos el mismo objetivo, se desviaron las cosas y se fue con un amigo. Yo estaba en ese tiempo planteándome cosas existencialistas. Ahí fue cuando mi papá tuvo el impacto de bala, me invitaron a la iglesia y cambió todo.

En ese tiempo yo me había salido de las amistades de la Plaza Brasil y ahí fue cuando mi papá recibió un impacto de bala y estuvo mal del pie. Mi papá un día tuvo una pelea con un chico que le quería robar plata; entonces él le pegó, cosas de la calle, para él era común eso. Después, el día sábado, llegó tomado del trabajo y quería bañarse, porque los sábados siempre toman en las construcciones, pero como yo me estaba bañando, salió. Mi mamá estaba cocinando algo de carne para comer. Y cuando salió se encontró con el chico del día anterior. Mi papá dijo que lo vio

con ojeras, como drogado y chicoteado, no sé, y le disparó a mi papá en la pierna. Mi papá se quebró la pierna con ese impacto de bala, lo bueno es que no lo mataron. Alguien lo vio y fue a avisarnos a la casa, llegó la ambulancia, llegó la policía, fue una noticia fuerte.

Lo llevaron al hospital para intervenirle las piernas, estuvo un tiempo internado y luego llegó a la casa. Estuvo harto tiempo con unos fierros por la fractura, andaba con una sola pierna y con dos muletas. En ese tiempo yo lo tuve que acompañar, andábamos juntos para todos lados. Lo subía a la micro cuando íbamos a cobrar las licencias, a hacer sus trámites al Hospital del Trabajador, a buscar las cajas de mercadería que nos daban de la municipalidad. Porque fuimos a la municipalidad para que lo ayudaran, para que como familia tuviéramos algún beneficio, alguna vivienda del Estado ¡Si casi lo matan! Él mostró sus piernas y el Estado le dio la prioridad, ahí nos dieron la casa donde vivimos actualmente, el departamento que nos entregaron hace un año en Quilicura.

Después de eso hubo un cambio. Mi papá ya no podía trabajar y como yo estaba en estas vacaciones forzadas, tuve que asumir su rol en el trabajo y cubrir su puesto de carpintero. Así que fui, su jefe me recibió, me dio el trabajo y me dio los bototos. Era la construcción de un colegio fuera de Santiago, por allá por Vitacura. Yo no había trabajado nunca como carpintero, mi papá me enseñó, desde chico lo veía siempre con sus herramientas. Siempre ha hecho también trabajos de cerámica, entonces yo jugaba con los clavos.

Ahí me tuve que levantar temprano. El primer día, el segundo día, fueron terribles, llegué muy cansado a mi casa. Era verano y había mucho sol, mis tobillos estaban negros, yo estaba chocolate. Primero llegué a hacer cosas de un jornal y después empecé a ayudar al carpintero. Entré en la quincena, estuve quince días, pagaron y no di más. Cada día que iba era como “¡qué pena ir!”. Cuando llegaba la hora de almuerzo era “¡ah qué bien!”, pero luego no sabíamos a qué hora salíamos.

Cuando asumí el rol de mi papá en el trabajo, me puse más consciente, dejé a mis amistades de lado y empecé a compartir más y a hablar con él. Él me mostraba dónde compraba sus drogas, íbamos a comprar juntos. Ahí él se empezó a ganar mi confianza, porque me abrió un espacio para enseñarle qué era lo que yo sabía también, él sabía mucho más que yo y me ganó con su forma de ser.

Después de un tiempo me llevó a trabajar con él en las vacaciones. Yo era su ayudante, después salíamos y compartíamos una cerveza o algo así. Nos fuimos a trabajar con un amigo, porque él se conseguía pitutos para solventar el mes, trabajamos juntos en el cementerio de Quilicura. Un amigo quería hacerle una tumba bonita a su esposa y mi papá se la hizo, de ladrillos, y me enseñó cómo hacer las mezclas y todo. Ahí yo iba aprendiendo, y tenía también mi plata porque él me decía: “Ya, ganamos esto, esto para ti y esto para la casa”.

Cuando le sacaron los fierros estuve con él, le dolió mucho, el doctor estaba ansioso y le estiró la pierna. Yo estaba dándole la mano y le sacaron los fierros que van por dentro; el doctor empezó con un alicate a sacarlos, mi papá hasta lloró. Gracias a Dios el hueso le sanó y ahora puede caminar, está normal.

Después llegó el cuarto medio y me dijo “Ya sabes lo que es esto, ya pasó mucho tiempo, ahora sácate buenas notas o si no vas a tener que ir a la construcción. Estudia contabilidad, trabaja en una oficina, dedícate a eso”.

Cambié el rumbo

Era el tiempo de cuarto medio, un año de cambios de estilo, una etapa de concluir, de cambiar a un nuevo ambiente y de avanzar, de empezar a formar una perspectiva diferente de la vida. Lo que me hizo cambiar fue la soledad. Era alguien que tomaba decisiones, esow ya estaba en mí, porque cuando conocí a la Catalina dejé cosas un poco de lado, pero también fui impulsivo con ella. Viví todas esas etapas profundamente, como a full, hasta que llegué al

tope y chuta, todo de nuevo: “¿De qué más se trata esto?”. Un día me bajé de la micro y me puse a caminar hacia otro paradero, cuando una niña me tocó la espalda y me invitó a la iglesia para una cena de las mamás. La niña era bonita y estaba con un chico, les pregunté si eran pololos y me dijeron que no.

En la iglesia encontré algo grande, interesante, distinto de todo lo que fue Plaza Brasil, la noche. Tomé la decisión de ir porque creo que uno viene a hacer algo más en esta vida. Antes yo no pertenecía a nada y, ahí, independientemente de que fuera una iglesia, me dieron respuestas sobre esa parte inconclusa que sentía, sobre el vacío. Me di cuenta de que podía tener una relación con Dios a través de la Biblia. Ahora, cada vez que me encuentro desorientado o afligido, puedo hablar con Dios, es algo como que me da paz, uno se concentra en leer y es como una meditación de paz y sabiduría para seguir las cosas.

Le conté a mi mamá sobre la iglesia, y la llevé una vez, ella siempre ha sido religiosa. Mi mamá se puso contenta porque vio toda mi etapa de desenfreno. La iglesia me ayudó porque yo había pasado por el alcohol y todo, pero luego me centré y empecé a jugármela con todo por mis notas. Sumando y multiplicando me daba un cinco y tanto, y “¡vamos que se puede!”, di la PSU. Estudié y salí de la media, ese año; en el segundo semestre del cuarto medio conocí Súmate.

Fundación Súmate

Por el problema de las piernas de mi papá, el accidente, la orientadora supo lo que había pasado, entonces a veces me ayudaba con cajas de mercadería que entregaba el comedor. La orientadora del Insuco me ayudó bastante, se llamaba Claudia Peralta, teníamos el mismo apellido. Yo no estaba bien en las notas, tenía un 5,3 porque había hecho mucho desorden en tercero y cuarto. Cuando di la PSU, obtuve como 500 puntos y de chiripa. La orientadora me dijo una vez: “¿Qué vas a hacer después?, ¿te gustaría trabajar?”. Ahí me habló de la Fundación Súmate. Ya era como fin de año, pero me dijo que podía ir a preguntar; aquí se postula en agosto, en septiembre, así que me acerqué y hablé.

Para mí fue como una oportunidad llegar a Súmate. Tenía pendiente la PSU, vi que había un preuniversitario y pensé: “Esto puede ser”. Vine solo a averiguar, porque estaba interesado. Junté todo lo que me pedían.

Desde el principio me aceptaron fueron muy amables conmigo. Me integraron a un taller de día, ahí venía con más personas y hablábamos acerca de nuestros sueños. Eran grupales, pero también había talleres personales. Iba a la escuela en la semana y venía a los talleres el día sábado.

En los talleres grupales somos de seis a diez personas. Ahí te asignan un facilitador, como tu monitor en entrevistas grupales e individuales. En mi caso primero fue Claudia, después fue Nicolás.

Además, Súmate hace talleres extra académicos, para mi vida personal. El primer semestre hay una etapa interna que trata sobre las emociones, mientras que el segundo semestre fue algo más social. El tercer semestre, en cambio, fueron actividades grupales, cuya intención es llegar preparado para el área laboral. Nos enseñaron un poco de ética, qué hacer con los sueldos, qué hacer cuando alguien tiene más poder que uno, cómo pedir aumento, cómo renunciar, cómo presentarse a una entrevista de trabajo.

Recuerdo que al final hablamos acerca de mi vocación: me hicieron un test y salió que estaba entre marketing, contabilidad y comercio exterior.

A dos cuadras de la Fundación está la institución educacional DUOC. En ese tiempo yo pensaba que era la Católica. Nada que ver. Pensaba que podía estudiar ahí si me aceptaban, así que fui a preguntar, averigüé y al final elegí comercio exterior. Mi papá quería que continuara la contabilidad de auditoría, pero no me gustaba esa carrera, y aquí en Súmate me decían que yo estaba más cerca de marketing, y que tenía que darles una respuesta, pero elegí otra

«IGUAL LAS PERSONAS QUE TRABAJAN AQUÍ ESTÁN MUY INTERIORIZADAS DE LO QUE HACEN, YO CREO QUE NOS VEN A TODOS COMO MATERIA PRIMA PARA MOLDEAR HACIA EL BIEN. NO ME MOLESTA ESO, QUIEREN LO MEJOR PARA MÍ. Y ADEMÁS VIENEN DEL HOGAR DE CRISTO, SON JESUITAS, ENTONCES TIENEN Y TRANSMITEN SU VOCACIÓN POR LO SOCIAL. NOS ENSEÑAN A AYUDAR A LOS DEMÁS. A VECES SOY VOLUNTARIO, ES MI INTENCIÓN DEVOLVER LA MANO»»

carrera. Estoy contento con la decisión que tomé, encontré que la carrera es muy interesante, y ahora lo llevo como vocación. Ya sé lo que me mueve, he aprendido mucho. Esa decisión la tomé con la ayuda de mi papá y de Súmate.

Súmate me apoya con los estudios; es un ente externo a la institución de estudio, de la universidad, pero tienen conexión, porque me ayuda con el 25% del arancel, más las matrículas.

Para mí ha sido excelente, me ha dado un respaldo

Si pienso en Súmate, lo primero que se me viene a la mente es “unidad”. Aquí se conocen todos, incluso las personas que se están integrando. Todos se saben los nombres, aquí te buscan, se interesan por ti: “¿De dónde vienes?”, “¿qué has hecho”, “por qué estás aquí?” Aquí me siento valorado, como premiado, siempre he tenido la atención del facilitador, siempre preocupado en ayudarme con mis cosas personales, en que fuera puntual, en trabajar en equipo.

Estos dos años de estar en Súmate han sido para mí una etapa de formación, de crecimiento y de dar pasos. Ha sido excelente, importante, porque me ha dado un respaldo. Recuerdo que el segundo semestre de mi carrera estaba mal en contabilidad de costos. Entonces hablé con las chicas de Súmate y me consiguieron un profesor personal para pasar esa asignatura. Era muy seco, muy atento, me enseñó la materia y me preparó para el examen.

Igual las personas que trabajan aquí están muy interiorizadas de lo que hacen, yo creo que nos ven a todos como materia prima para moldear hacia el bien. No me molesta eso, quieren lo mejor para mí. Y además vienen del Hogar de Cristo, son jesuitas, entonces tienen y transmiten su vocación por lo social. Nos enseñan a ayudar a los demás. A veces soy voluntario, es mi intención devolver la mano.

Ahora ya se acabaron los talleres, pero estoy muy agradecido, estoy contento de tener a Súmate, de que me dieran la oportunidad de estudiar en DUOC. He sentido mucho apoyo de Andrea, de María Eugenia, de Claudia, de Carla, de Nico, todos ellos muy amorosos, muy al tanto. Yo antes tenía en mente estudiar en algún lado, pero Súmate me llevó donde estoy ahora. Les debo mucho, me dieron el espacio para poder desenvolverme y construir lo que soy ahora.

Un premio al mérito: México y el exterior

Ahora estudio comercio exterior en el DUOC. Una carrera en DUOC dura dos años y medio, yo estoy en mi segundo año, en el cuarto semestre. Me ha ido bien, he crecido mucho como persona, las notas no reflejan en el fondo lo que sé. Ahora estoy proyectando continuidad de estudios en ingeniería, eso a largo plazo igual, porque a corto plazo voy a hacer un intercambio de un semestre en México, me estoy preparando para eso. No quiero ser autorreferente, pero creo que estoy preparado para estudiar en otro país, porque le he dedicado todo el corazón a las clases. Esta posibilidad del intercambio es la materialización de las ganas que les he puesto a mis estudios. El haberme ganado la beca es como un premio al mérito, porque ha sido difícil mantener las notas.

El año 2014 vi un afiche que decía “becas Santander”, donde te daban cinco mil dólares para estudiar en otro país. Así que empecé a investigar, completé todos los documentos que pedían y seguí todas las instrucciones para postular. Los países eran Nueva Zelanda, Francia, Estados Unidos y Canadá. Yo quería ir a otro país. Al final elegí Nueva Zelanda, pero no pasó nada. Me acuerdo de cuando estaba redactando mi primera carta, eso me hizo pensar y reflexionar. La envié, pero los resultados no fueron lo que esperaba, ése fue mi primer intento. Luego, por otro medio, empecé a postular con unos cuentos. Hice un cuento para un concurso, para tener ingresos, pero también perdí.

Cuando perdí en la postulación a la beca Santander me mandaron un mensaje que decía: “Estimados postulantes de Becas Santander Libre Movilidad 2014. Junto con saludarlos, comunicamos a ustedes que el proceso de selección ha finalizado. Lamentablemente en esta oportunidad no han sido seleccionados, pero sus postulaciones fueron de un alto nivel, por lo que internamente hemos decidido, en consideración a vuestros antecedentes, recomendar que postulen a las becas AGCI, de la Alianza del Pacífico”. Esa beca cubría pasaje aéreo, seguro de salud y una mensualidad de seiscientos dólares.

Antes de que me llegara ese mensaje estaba tan nervioso que prendía el celular a cada rato. Cuando llegó no quería leerlo, no quería saber la respuesta, así que le pedí a alguien que lo leyera. Me dijeron: “Buena y mala, ¿cuál quieres?” -La mala. -La mala es que no quedaste. -Ya. -Y la buena es que tienes otra oportunidad.

Eran muchas emociones en ese momento. Ahí me dije: “Esto no me puede vencer, no puede vencer mis sueños; el comercio exterior tiene que ver con el exterior, postula a una visión más global”. Así que ahí postulé a la beca del Ministerio de Relaciones Exteriores, a la beca AGCI.

A esta beca pueden postular de todas las universidades de Chile y está enfocada en la Alianza del Pacífico, formada por países que se unieron en el tiempo del ex presidente Sebastián Piñera. Están orientados hacia el mercado asiático, un mercado grande donde están China, India, Japón y Corea. Esta alianza propone el intercambio de bienes y servicios, eso es lo que veo en mi carrera, pero también el intercambio de capital humano.

Son setenta y cinco becas para pregrado y veinticinco becas para magíster, creo. Yo postulé a la beca de pregrado, que dura cinco meses. Postularon de todas las universidades y había sólo dieciséis cupos para Chile, fue emocionante ver mi nombre. Postular significó mucho trabajo, porque a pesar de no tener el resultado tenía que hacer las cosas como si ya lo tuviese. Tuve que hablar con el director, tenía que estar molestando a las coordinadoras y hacerme el tiempo además para terminar bien el semestre. Estaban las cartas, las impresiones, todo un detalle de costos, pedían muchos requisitos. Además, la carta de aceptación que mandé al TEC, el Tecnológico de Monterrey, se demoró en llegar.

Elegí México porque, entre Colombia, Perú, es el más avanzado económicamente. Me interesa la infraestructura de ese país. México está a la par con Chile y Perú no está avanzando. Soy de allá, entonces algo recuerdo. Además me gusta México por su cultura, los aztecas, sus lugares bonitos. Me llama la atención su gente, he conocido a personas de allá y son bien empáticas.

Antes de conseguir esta beca, para mí era un sueño viajar, es como empezar de nuevo. Por eso elegí comercio exterior, para conocer otras culturas, otra gente, otros idiomas. Mi mamá está contenta con la noticia, alegre del progreso de su hijo; no la veo triste, la veo normal, trabajando. Mi papá está contento. Con todo lo que me ha pasado di una vuelta a la rotonda. Al final, creo que me gané esta beca porque tuve las ganas de perseverar, eso me permitió darme cuenta de otra área en mí.

En Ciudad de México voy a vivir en la casa de una persona de la iglesia. Ha sido importante para mí participar con ellos; a medida que fui conociendo la iglesia fui haciendo amistades que tienen algo de incondicional. Me han ayudado a través de la oración, preguntándome cosas también; incluso me preguntaban cómo me había ido en Súmate cuando entré.

Me gusta la idea de vivir con ellos, porque hacen lo que me gusta: conversar cosas de la Biblia, mostrarles a otras personas la Biblia y predicar la palabra de Dios. Yo predico la palabra de Dios, pero con mis actos, por el hecho de vivir la vida con fe cada día. Ya les mandé el itinerario y me tienen que mandar un mensaje para ver si lo aceptan, y estaría partiendo a México. Una vez que esté allá, ojalá pueda quedarme más tiempo para conocer un poquito el país. Como sea, será bacán.

Le tengo miedo al orgullo

En estos momentos me siento a gusto. Si salgo a la calle, sé que voy a tener la sensación de satisfacción, porque siempre estoy aprendiendo de mis errores y de la vida; aprendo de mi impuntualidad o de hacer compromisos y ser ligero en mis palabras. En una conversación con mi facilitador, él me preguntó por qué tenía tantos compromisos, que eso tal vez me hacía fallar en mis horarios, me dijo que quizá yo quería estar en todos lados. Dicen: “Las moscas muertas apestan y echan a perder el perfume, pesa más una pequeña necesidad que la sabiduría y la honra juntas”. Eso me pasa, es como tener un 6,9.

Le tengo miedo al orgullo, a que sea el “yo” lo que predomine. Por eso no me gusta mucho valorar tanto las cosas que hago, no me gusta ser presumido, pretencioso. Le tengo miedo a la arrogancia, es decir, a una sobrevaloración de mí. A veces la veo y la tengo presente, no lo sé, cuando sólo pienso en mí y no en la necesidad de la otra persona. No quiero ser alguien superficial. Como personas siempre vamos a ser un conflicto, por eso siempre me pregunto ¿“de qué se trata todo esto?”, “¿por qué existe eso?” Ahora mismo estoy luchando: iba a afirmar algo que ni siquiera sé, iba a decir que sé que tengo el apoyo de Dios, pero en verdad me gustaría tener el apoyo de una persona a la que pueda abrazar, con quien pueda conversar, y querernos juntos.

Disfrutar, aprender y trascender

Tengo una sensación de nostalgia cuando observo mi vida. Digo eso porque al final la vida siempre es hacer, querer algo; como que todo es correr para alcanzar algo, como con el viento: puedes correr y nunca alcanzarlo, eso me da pena. El viento puede ser la sensación de felicidad. Uno siempre está buscando la autorrealización: eso es lo que aprendí en antropología, que el ser humano busca eso, que somos como animales. Los animales trabajan por instinto, por una necesidad y yo creo que mi necesidad como persona es siempre sentirme realizado, conseguir mis metas y lograr cosas en todo sentido, porque todo va conectado: la meta del intercambio, de ser profesional, la meta del trabajo, la meta de tener una familia.

Quizás en el pasado tuve mucho tiempo libre. Fue una etapa que pasó como tuvo que pasar, pero me gustaría resaltar el tema de la vida que estoy pensando ahora, en el sentido de llegar a cosas concretas. Para mí es importante ser profesional, porque es lo que necesito para ser parte, para estar en la sociedad, es como un pase para llegar a algo más grande. Ser alguien también creo que va con la autoestima.

Por eso mi idea es volver a Chile a terminar mis estudios, salir de la carrera siendo un profesional, una persona independiente y trabajar. Con eso quedo agradecido de la vida. Me imagino trabajando y especializándome en la empresa. A mi mamá le da seguridad que su hijo estudie, así ella piensa que voy a estar bien. Le da la seguridad creer que voy a tener un lugar donde dormir, donde comer.

Mi sueño también es tener una familia, pero para eso tengo que crecer como persona, disfrutar primero y aprender, hacer todo lo que pueda y arreglar mis errores para estar preparado para una familia. Tener una familia es mi sueño porque es lo más cercano a la trascendencia. La vida es súper corta, son menos de cien años, quizás, setenta y cinco. Ya llevo diecinueve años, entonces luego quiero tener hijos para cuidarlos y una esposa para conversar. Otra cosa que me gustaría es poder ver lo que pasa después de esta vida. Ese sería mi sueño. Yo creo que es muy pronto para conformarse, estamos en esta realidad y es complejo salir íntegros de aquí, ser dichosos.



6

NICOLÁS
BURGOS

sú
ma
+e Fundación hbc

Programa

Súmate a la Escuela



Mi papá tiene cincuenta y seis años y mi mamá tiene cuarenta y cinco, vivo con ellos en Estación Central. También tengo dos hermanas, pero no vivo con ellas. Mi hermana más grande tiene veintiséis y mi otra hermana igual es mayor, tiene dieciocho. Ella se fue como hace un año de la casa, tiene un hijo, y mi otra hermana mayor ya es independiente: tiene dos hijos, uno de cinco años y una de uno. Las dos viven con sus parejas, pero igual van a la casa. Mi hermana grande pasa todo el día allá porque vive cerca y mi otra hermana igual pasa a vernos.

Yo voy a verlas también, porque cuando llego a mi casa después del colegio no hay nadie, mi mamá llega como a las cinco y media. Entonces, como mi hermana vive como a una cuadra, cuando me aburro a veces me paso del colegio para allá. Mis dos papás trabajan. Mi papá trabaja manipulando alimentos en el Hospital de Carabineros desde las siete de la mañana hasta las cinco y media, creo. Y mi mamá trabaja cuidando niños en una casa particular allá en Los Dominicos, todos los días de ocho a cuatro de la tarde. Después se viene para la casa.

Del jardín me acuerdo de los actos, de los juegos. Yo saltaba en una rueda que estaba enterrada, jugábamos con mis compañeros, a veces bailábamos. En el jardín aprendí los colores, aprendí a decir en inglés los colores, más no me acuerdo. Después entré a pre-kínder al colegio María Goretti, que ahora se juntó con este colegio. Aquí he estado desde pre-kínder hasta primero medio.

Me acuerdo de que cuando llegué me presentaron; estaban todos ordenaditos y me dijeron donde me tenía que sentar. Me acuerdo de que jugaba hartito, las tías eran simpáticas y me ayudaban, porque me costaba.

Yo sentía que me costaba porque era tímido, no hablaba con nadie. Las tías me empezaron a decir que no tenía que ser tan tímido, que tenía que preguntar, no más. Igual mis compañeros me ayudaron, jugábamos hartito. Mi mamá y mi papá me ayudaban también a hacer las tareas, mis hermanas igual, cuando mis papás no podían por el trabajo. Lo que no preguntaba en la clase, lo preguntaba en la casa. Lo pasaba bien, me levantaba feliz para ir al colegio. El horario era de las nueve hasta la una y media. Después llegaba a mi casa y estaba con mi mamá. A veces salía a jugar con mis hermanas.

Me gusta venir al colegio

El colegio para mí es estudiar, estar con mis compañeros, jugar. Me gusta venir al colegio, vengo siempre. Cuando faltó es porque tengo que ir al médico o ando enfermo. Una vez falté porque se enfermó mi papá y tuve que acompañarlo al médico. Para mí es importante venir al colegio porque te ayuda para el futuro, para que después puedas salir con una carrera. Si no vengo a la escuela, no voy a tener ningún futuro; o sea, si tengo un futuro, sería en la calle. Me gusta estudiar. Algunos profesores enseñan bien, pero otros no tanto. Hay profesores con los que estoy hace tiempo. Hay algunos que son más viejos y hay algunos que son más nuevos. Me ayudan más los que son más jóvenes. Los nuevos explican mejor, los antiguos no explican.

Lo que más me gusta es matemáticas, porque entiendo. Bueno, no sé si me gusta más, pero es la que entiendo mejor. Antes no me gustaba la matemática, pero este año llegó una profesora y empecé a entender; no como con los otros profesores, a los que no les entendía nada. Esta profesora, si uno le pregunta, te responde mil veces si es necesario; los otros profesores explicaban una vez y después no explicaban más.

Con mis compañeros nos ayudamos entre todos. Yo me junto casi siempre como con cinco compañeros. Algunos de ellos entraron en quinto, pero hay uno que viene conmigo desde kínder. Con mis amigos de aquí del colegio salimos a jugar, jugamos a la pelota. Cuando tenemos que hacer trabajos, los hacemos juntos todos.

Aquí en el colegio no he tenido problemas con nadie, hay algunos no más que son desordenados. Como en todos los cursos, siempre están los más pesados que quieren echar para abajo y no pueden. No los pescamos

nosotros, si los pescáramos estaríamos igual que ellos, no más. A veces en la mañana llegan volados. Me da rabia eso, porque no dejan hacer las clases. Está bien que leséen, pero un rato no más.

Nosotros tratamos de prestar atención a los profesores y que los otros se porten bien para que los profesores puedan hacer sus clases, pero no hacen caso. Ellos son más desordenados, pero a veces aportan en la clase, una vez a las quinientas aportan. El colegio ha cambiado harto. Antes hacían entrar a los alumnos con pruebas y ahora no hacen nada, ahora dejan entrar a todos.

Acá igual hay hartos que tienen familias drogadictas, entonces hay algunos que pasan hambre y vienen al colegio a puro comer, el colegio los ayuda. A mí me gusta venir al colegio, pero lo que no me gusta es que nos tienen muy encerrados, nos tienen como en cárceles, porque hay cámaras y cerraron las rejas. Es que hay mucha delincuencia aquí. Dejan entrar a cualquiera y el colegio es para estudiar. Hay mucha delincuencia y no deberían ser así, porque hay alumnos que quieren estudiar y los otros los perjudican. Antes este colegio era bueno, pero ahora empezaron a meter a casi puros delincuentes.

Entré a Súmate porque me costaba aprender las materias

Cuando estaba en quinto, un día estaba en clases y llegó la tía Jazmín a llamar a hartos compañeros. Nos llamó y en la sala de coordinación estaban la tía Danae y otra tía que tiene lentes. Ellas nos contaron del proyecto de Súmate y nos preguntaron si queríamos participar. Nos explicaron todo, nos dijeron que Súmate era para ayudar a las personas, o sea, para ayudar a ejercitar las materias que nos costaban, y que también habían paseos una vez al año, creo. Ese día llamaron a casi todos mis compañeros y yo con otro compañero dijimos que sí, que queríamos meternos a Súmate. Al principio entramos como cuatro de mi curso, pero después quedé yo con otro compañero.

Yo quise entrar porque me costaba aprender las materias; era olvidadizo y sentí que me iban a ayudar hartos, así que me motivé y entré. Quería aprender más, porque igual me costaba hartos matemáticas y lenguaje, y como nos dijeron que nos iban a reforzar lo más difícil, quise entrar para aprender.

El primer día se presentaron y todo, nos contaron sobre las reglas de Súmate, porque había tres talleres: estaban orientación, creo, para reforzar la materia y el otro no me acuerdo cómo se llamaba. Ahí nos dijeron los días de los talleres.

Yo estuve tres años en Súmate: hice quinto, estuve también en sexto y séptimo, pero no en octavo. En octavo algunas veces iba a la una y media cuando venían las profesoras, la tía Danae y la tía Paola. A esa hora venían a hacer clases y yo pasaba igual a verlas.

Los talleres eran los días miércoles y viernes después de la una y media, de la una y media hasta las tres de la tarde. Los miércoles eran de reforzamiento de las materias y el viernes era orientación o algo así. Éramos como diez más o menos, éramos más, pero nos dividieron en dos grupos: séptimo y octavo era un grupo, y sexto y quinto otro.

Primero nos preguntaron qué asignatura nos costaba y nos repasaban esa asignatura. Nos hicieron pruebas para ver lo que sabíamos y lo que no. A mí me costaban matemáticas y lenguaje, y me hicieron una prueba de matemáticas: teníamos que identificar una figura y buscar las figuras que se le parecían.

Los profesores nos hacían clases de reforzamiento y cuando teníamos pruebas repasábamos también. Yo siempre estuve en los talleres de lenguaje y matemáticas, pero habían otras materias como naturaleza y otra más que se me olvidó. En reforzamiento estaban el tío Pablo y la tía Paola; el tío Pablo enseñaba lenguaje y la tía Paola matemáticas. Éramos como diez niños en total, de sexto y séptimo. En esos talleres hacíamos ejercicios. Nos preguntaban primero lo que a nosotros nos costaba y según eso escribían ejercicios. Por ejemplo, si nos costaba

multiplicar, hacían multiplicaciones y nos iban ayudando, nos iban explicando. Algunas veces lo hacíamos en grupo y otras veces lo hacíamos individualmente.

También nos hacían un taller con juegos, una orientación: nos hacían pensar en finanzas, inventar casos, y nos pasaban cartas para que jugáramos. Esos talleres eran los viernes en la tarde. Este año creo que agregaron uno de fútbol, porque los viernes todos se quedan después de las cuatro y media. Después no vine más porque entré a la media y no hay Súmate para la media.

Conocí nuevos lugares

El primer paseo que tuvimos fue al Santuario del Padre Hurtado. Ese día fuimos con las mamás y con los papás, fue con toda la familia. Hubo una actividad de teatro, pasamos toda la tarde ahí, nos dieron jugo, pan, galletas y después nos dieron una bolsa de dulces.

Lo que más me gustó fue el paseo que hicimos al Museo de la Moda, porque había hartas cosas: estaba el auto del futuro, había cosas lindas. La casa no sé de quién era; antes había sido de un famoso, era súper grande la casa. Ese día nos llevó un tutor y, primero, con una cámara chica nos mostraron un video. Había ropa de Michael Jackson, había ropas de mujer; no sé de quiénes eran, pero eran de famosos, eso sí, eran puras cosas de famosos. Había ropa de novia también.

Ahí hicimos unos monos de cómo nos imaginamos nosotros a los famosos de antes, todos tuvimos que hacer eso. Nos pasaron una cara y nosotros teníamos que dibujar las manos. Hicimos a Elvis Presley parece, en grupo. Fue bueno eso, porque así nos ayudamos entre todos, nos pusimos de acuerdo. A mí me gusta trabajar en grupo, pero a veces peleamos porque no nos ponemos de acuerdo nunca.

Hemos ido a Fantasilandia también, a Valparaíso, hemos ido a la nieve. Este año ya no estoy en Súmate, pero igual me invitaron. Con Súmate conocí nuevos lugares, antes yo no conocía la nieve y me llevaron. Me gustó ese paseo porque compartimos todos. La nieve es bonita, fue como impresionante, era la primera vez que iba.

En los paseos nos juntamos con otros colegios, como el colegio Unión Latinoamérica, creo que se llama. Siempre vamos con ellos, pero al paseo del museo fuimos nosotros, no más. A mí no me gustaban mucho los niños de los otros colegios, igual eran pesados y nosotros no. No había onda.

Ahora estoy en la media, pero igual los profesores de Súmate me invitan a los paseos. Hoy día, creo, había una actividad de Súmate con los papás, no sé. Le dieron una tarjeta a mi mamá, una comida, creo, para los puros papás.

Antes era tímido, pero como que cambié: fue un cambio drástico

En Súmate me enseñaron a no ser tímido. Los profesores me empezaron a decir que no tenía que ser tímido, porque si no, los otros profesores no se iban a interesar nunca en mí; y que si yo preguntaba, los profesores iban a decir: “Está preocupado, quiere aprender más”. En los talleres, lo primero que aprendí fue eso, me enseñaron que tenía que preguntarle al profesor cuando me costara algo; entonces, yo empecé en las pruebas a preguntarles cuando no entendía. Antes siempre me quedaba callado, con las dudas, pero después les empecé a preguntar a los profes y me fue mejor, fue como un cambio drástico.

Después de un tiempo que estuve en los talleres como que cambié, vi los cambios cuando me hacían las

pruebas. Antes tenía un promedio 4,5, en lenguaje tenía un 3,9, tenía puras notas malas, y ahora en matemáticas tengo un 6,5. En lenguaje no he subido tanto, pero tengo un 5,3, creo. En todas las asignaturas subí un poco.

Me va bien en el colegio. Ahora tengo buenas notas porque quise cambiar, porque los profesores me ayudaron a cambiar. Yo creo que me iba mal por pura timidez. No sé por qué era tímido, pero ahora ya no soy así. Ahora consulto cuando no entiendo, pregunto más, no soy tan tímido como antes y subí las notas. Los profesores me tienen más confianza, me siento más seguro. Me gustaba Súmate. Me ayudó mucho, además hacíamos muchas cosas entretenidas.

Las profesoras son personas esforzadas, solidarias, respetuosas, ayudan a niños a los que les cuesta y los motivan a seguir estudiando. Por eso yo subí mis notas: entendía más con los profesores, porque me explicaban mejor, se preocupaban. Los otros profesores no explicaban mal, pero no podían explicar bien porque mis compañeros de curso no los dejaban. Entonces no podía prestar atención.

Ahora los profesores del colegio me han dicho que he mejorado, porque vieron mis notas, me han felicitado porque me estaba yendo bien.

Mi familia también vio mi cambio. Me dicen que siga así, porque antes yo no tenía personalidad y ahora tengo personalidad con todos los profesores, hablo con todos.

Ahora creo que soy amigable, respetuoso con los mayores, igual con mis compañeros. Algunas de esas cosas las aprendí con los profes de Súmate. Antes, por ejemplo, no era solidario, y en Súmate aprendí que si eres solidario siempre te van a dar, y que si no lo eres, no te van a dar. Para mí, ser solidario es dar, pero no lo que te sobra, sino dar algo del corazón; da lo mismo que sea pequeño o grande.

Aprendí eso porque los veo a ellos, veo a los profesores de Súmate cómo comparten todo, comparten sus colaciones, comparten las enseñanzas con nosotros, su aprendizaje lo comparten con nosotros. Ellos son más que profesores, porque a mí, por ejemplo, me enseñaron a mejorar mi comunicación con toda la gente. Ahora me puedo expresar con los profesores, no tengo miedo de que si les digo algo me vayan a responder mal. Antes aquí en el colegio no era amigable, pero ahora soy amigable dentro del colegio y afuera.

Ahora participo en la orquesta del colegio

Acá en el colegio hay fútbol, básquetbol, acondicionamiento físico, tenemos una orquesta también y hay un grupo como de rock. Hay muchas cosas.

Yo estoy en la orquesta, me metí como hace un mes. El profesor Dante, que es nuestro director de música, un día fue a la sala a preguntarnos si nos gustaría entrar a la orquesta, nosotros le dijimos que sí y ese mismo día nos quedamos a ensayar con el profesor de contrabajo. Ahí el profesor nos saludó y todo, nos presentamos, y después nos pasó unas partituras y nos enseñó cómo se leían las partituras. Yo toco contrabajo, hay violonchelo también, viola, violín, clarinete.

Ensayamos los miércoles y sábados. Los miércoles estamos con el profesor de contrabajo y los sábados estamos con nuestro director de orquesta. Tocamos “Pimpón”, “Los piratas del Caribe” y otras dos canciones más que no me acuerdo muy bien, pero igual son bonitas.

Hace tres o cuatro semanas empezamos a practicar en la orquesta. Me gusta estar en la orquesta, pero estoy nervioso también, no sé cómo hay que hacerlo. Todos se llevan los instrumentos para la casa para ensayar. Hay dos contrabajos, pero son muy grandes para llevarlos a la casa. Los ensayos son los fines de semana. Es bueno estar en la orquesta porque a veces los fines de semana me aburría, pero ahora me vengo a distraer un poco con la música.

El 5 de noviembre fuimos a tocar con la orquesta a Valparaíso, en el Teatro Municipal. Nos fuimos a las ocho

«POR LA ENFERMEDAD DE MI
PAPÁ HAY MUCHO GASTO,
ESTAMOS ENDEUDADOS, ESO
NOS AFECTÓ MUCHO. MIS PAPÁS
NO TIENEN SU CASA PROPIA,
ENTONCES MI META ES DARLES
UNA CASA PROPIA PARA QUE NO
SIGAN PAGANDO ARRIENDO. ÉSE
ES MI SUEÑO: SACAR ADELANTE A
MI FAMILIA, DARLE UNA CASA A
MI MAMÁ, PORQUE HA LUCHADO
HARTO POR TENER UNA CASA
PERO NO HA PODIDO. ÉSA ES
MI META»»

de la mañana, a las doce tocamos allá, eran hartos grupos. Después nos fuimos a comer al colegio San Ignacio de Valparaíso y luego nos vinimos. Nos salió súper bien, tocamos tres temas. Yo estaba tiritando porque había caleta de gente.

Quiero sacar adelante a mi familia

Cuando sea grande quiero terminar el colegio y seguir trabajando en la carrera que den aquí. Acá hay una carrera de telecomunicaciones, empieza de tercero para adelante. Es como electricidad, para trabajar con computadores. Mi familia me dijo que está bien, que lo tengo que lograr con esfuerzo, que primero me tiene que ir bien en el colegio y luego pensar en el futuro. Después no sé qué quiero hacer, no lo tengo muy claro.

Para mí es importante estudiar, porque mi papá está enfermo y yo quiero sacar a mis papás adelante. Cuando mi papá era joven comió carne envenenada y ahora tiene un bicho en la cabeza. Él trabaja, pero lo cuidan en el trabajo porque no puede hacer mucho esfuerzo. Siempre le duele la cabeza, porque tiene una manguera y no puede respirar.

Los problemas de la enfermedad de mi papá pasaron cuando yo era chico. Cuando lo operaron yo estaba más grande, tenía doce años. Ahora ya me acostumbré a que a mi papá a veces le duela la cabeza. A veces tiene calambres, pero ya no tiene tantos dolores como antes. Tiene que tomar pastillas todos los días, si no, le empiezan los dolores. En el trabajo mi papá llevaba igual hartos años, llevaba como veinte años, entonces igual se preocuparon de él y nos ayudaron, porque mi mamá no podía trabajar en esos momentos. Mi hermana más grande trabajaba, ella nos ayudaba.

Por la enfermedad de mi papá hay mucho gasto, estamos endeudados, eso nos afectó mucho. Mis papás no tienen su casa propia, entonces mi meta es darles una casa propia para que no sigan pagando arriendo. Ése es mi sueño: sacar adelante a mi familia, darle una casa a mi mamá, porque ha luchado hartito por tener una casa pero no ha podido. Ésa es mi meta. Primero que todo tengo que estudiar hartito, sacarme buenas notas.

Salir del barrio, viajar a otro país

Más adelante me imagino con hijos y familia, viviendo en otro lado, no en Santiago. Me gustaría salir de la ciudad, podría ser el campo o la playa, ahí con vista al mar. Me gustaría vivir donde quiera mi familia, en una parte bonita, pero no por acá. Es muy peligroso y no se puede vivir tranquilo. Ahora vivo en Hermanos Carrera, en Estación Central, y es peligroso para allá. Casi todos los días pelean, tiran balazos todos los días, en las noches igual. Yo creo que venden drogas y cosas así. Igual mi pasaje es como el más tranquilo, pero, cruzando, donde vaya se siente el olor a droga. Por eso me gusta salir, distraerme de todo lo de ahí de las poblaciones.

Me gustaría conocer China, siempre me ha gustado, no sé por qué. Podría ser también Estados Unidos, porque he escuchado que está Disneylandia allá; o viajar a otro país, no sé. Me gustaría conocer otras partes, salir a todas las partes a las que no he podido ir, sacar a mi familia a donde quieran.



7

JENNIFER
PALAVECINO



Soy Jennifer Palavecino y tengo trece años. Estoy en sexto básico en la Escuela Unión Latinoamericana. Este año voy a cumplir dos años en Súmate

Vivo con mi mamá, mi hermana, mi sobrina y mi hermano. Mi papá vive en una casa aparte, mis papás están separados hace cuatro años. De repente veo a mi papá los fines de semana, a veces va, otras veces no, o llega y se va al tiro, así lo hace. De repente estamos bien y de repente mal; es que se pone pesado, se pone egoísta, porque tiene plata y prefiere gastarla en otras cosas y no en nosotros. Ahora no lo veo casi nunca porque hay muchos problemas entre él y mi mamá. Ella está enamorada y mi papá no, y eso a él le complica y por eso dijo que no iba a ir más para la casa, para que mi mamá no se sintiera mal.

Mi papá trabaja para empresas. Mi mamá también trabaja, hace aseo en oficinas y después se pasa donde mi abuela o donde una amiga y de ahí se va para la casa. Con ella nos llevamos bien, a veces conversamos, pero cuando yo no quiero hacer algo nos enojamos, me reta.

Cuando se separaron mis papás fue terrible para mí: yo estaba muy asustada porque mi papá no se quedó en la casa, no quiso vivir con nosotros. Un día llegamos y no estaba, salimos con mi mamá a buscarlo, pero no lo encontrábamos. Después empezó a pasar el tiempo y yo sentí que ya no tenía mucho cariño por él, porque lo dejé de ver largo tiempo. Sentía que no tenía papá. A todos les pasa eso cuando sus papás se van y los dejan tirados.

En los catorce años que estuvieron juntos, mi papá ha engañado a mi mamá no sé cuántas veces y ella lo ha perdonado. Ahora creo que él va a tener un hijo por otro lado, pero no sé si es verdad. Yo, por parte de él, tengo tres hermanos más, no los conozco a todos.

Vivo con mi hermana y mi hermano también. Mi hermana tiene quince años, este año pasó a tercero medio, y yo me digo “¿cómo no repite, si siempre tiene malas notas?” Pero nunca ha repetido. Con mi hermana no hablamos mucho, yo le dejo su espacio y ella me deja el mío. De repente jugamos, pero a veces nos peleamos fuerte y nos tratamos mal. Después nos hacemos cariño y nos entendemos. Mi hermana tiene a mi sobrina, la Geraldine; ella es muy chica, va en pre kínder, es la regalona de la casa.

Mi hermano, el Jordan, va a cumplir dieciséis en enero, ahora tiene quince. Con él nos peleamos mucho, de repente nos agarramos fuerte y mi mamá tiene que estar separándonos. Somos como dos hombres. Si antes me decían marimacho, porque a mí me gusta jugar a la pelota.

Con mi hermano siempre peleamos por mi papá, porque mi papá no ve por nosotros. Él dice que nos quiere por igual, pero se ve como que me hubiese querido más a mí. Entonces mi hermano se siente y por eso antes me tenía mala, pero ahora no. Ahora nos contamos las cosas, me hace cariño, me deja que lo abraza. Antes yo lo abrazaba y no, “suéltame, suéltame”. Yo lloraba mucho porque no había cariño entre nosotros. Él me quería pero así por dentro, no lo demostraba. Mi hermano es muy frío, pero ahora que empezó a pololear se le soltaron las trenzas.

En mi familia parece que todos somos diferentes. Yo soy diferente a mi papá y a mi mamá: mi papá es frío, es como enojón, y mi mamá es muy seria, muy directa. Pero yo ando feliz de la vida, ando todo el día sonriente. De repente me pongo triste porque pasan cosas, pero a los cinco minutos se me olvida, no me gusta andar triste, soy como súper happy. Eso a mi mamá le gusta de mí.

Jardín y escuela de lenguaje

Yo fui al jardín Esperanza, pero no me gustaba ir porque me molestaban. Lo que sí me gustaba es que nos hacían dormir. Nosotros teníamos una sabanita y una camita, y nos hacían dormir todo el rato. Yo tenía una muñeca enorme y siempre me buscaban las niñas, lo pasaba bien.

«EN MI FAMILIA PARECE QUE
TODOS SOMOS DIFERENTES.
YO SOY DIFERENTE A MI PAPÁ Y
A MI MAMÁ: MI PAPÁ ES FRÍO,
ES COMO ENOJÓN, Y MI MAMÁ
ES MUY SERIA, MUY DIRECTA.
PERO YO ANDO FELIZ DE LA VIDA,
ANDO TODO EL DÍA SONRIENTE.
DE REPENTE ME PONGO TRISTE
PORQUE PASAN COSAS, PERO
A LOS CINCO MINUTOS SE ME
OLVIDA, NO ME GUSTA ANDAR
TRISTE, SOY COMO SÚPER HAPPY.
ESO A MI MAMÁ LE GUSTA
DE MÍ»

Después del jardín estuve en una escuela de lenguaje, estuve ahí porque me costaba pronunciar las palabras. La primera vez que mi mamá me llevó, como era mitad de año no me aceptaron. Tenía como tres años, iba a cumplir los cuatro. Entonces esperamos hasta el otro año y ahí entré a la escuela de lenguaje. Ahí estuve más o menos un año y medio. Tuve hartos amigos, tengo amigos ahora que también iban allí. Hoy día recién me di cuenta de que los conozco de hace rato, quedé sorprendida. Allá siempre nos hacían bailar, una vez nos metimos a una piscina, era súper entretenido. Aprendí ahí, porque era tartamuda, tenía la t como adelante.

Siempre he estado en este colegio

Me acuerdo de cuando llegué a primero básico. Había una pura fila de mesas. Ahora hay más: su fila aquí, su fila aquí y su fila allá, una por una. Yo he estado siempre en este colegio. Cuando recién llegué le gustaba a un niño. Hice hartos amigos, conocí a una niña que va ahora en séptimo, se llama Fátima. También conocí a la Dayana, a la Carmen. Ahora sólo queda Fátima en el colegio, las otras dos no están. Con la Coni, mi amiga, nos conocimos en primero. El mes pasado cumplimos ocho años de eso. Con ella y con la Jenny, Jennifer Sánchez, somos las que más nos conocemos. Ahora la Jenny quedó repitiendo y como que quedó aislada de nosotras, pero a ella no le importa repetir; es decir, ayer la vi y me dijo que no le importaba, que no tenía ganas de venir al colegio.

Yo no, a mí me gusta venir al colegio. De repente me da como flojera porque me levanto en las mañanas pegada con la sábana, pero aquí la paso bien, me entretengo con mis compañeras. En mi casa estaría acostada flojeando. Me aburro en la casa porque mi mamá trabaja todo el día y mi hermana llega a las cinco o seis, más o menos.

Me gusta la escuela porque no es tan encerrado, es más libre, no es como estar en la casa. Aquí tienes amistades y en la casa no, uno pasa aburrada, haciendo el aseo, cosas así. Por eso no faltó al colegio, para no hacer el aseo. Yo me vengo todos los días como a las siete y media, en la mañana es lento. Me vengo caminando, no me gusta venirme en micro porque se demora mucho: caminando llego primero que la micro. Pero igual lo voy a dejar un poquito porque me están doliendo mucho las rodillas. Camino todos los días, para donde voy camino.

Lo que más me gusta de la escuela son mis amigas. Me gusta aprender igual, aquí no son estrictas las profesoras; o sea, te exigen mucho, pero no son pesadas, todo lo hacen por nuestro bien, para que pasemos de curso y seamos alguien en la vida.

Nunca he pensado dejar la escuela. No soy como de dejar la escuela así de fácil. Aquí he aprendido muchas cosas y si aprendo puedo tener mi trabajo. Si no, podría andar en las calles igual que otra gente.

Ahora debería estar en octavo

Repetí tercero básico por falta de asistencia. Es que me tuvieron que operar de quemaduras y falté doce días, estuve hospitalizada en el San Borja. Mi mamá habló en la escuela para que me hicieran las pruebas, para que me las mandaran, pero nunca me las quisieron enviar. Así que por culpa de las profesoras que había repetí. Me iban a dejar pasar, pero no, ellas no quisieron. Yo ahora debería estar en octavo, debería estar pasando a primero ya, pero bueno, así es la vida, no me aflijo.

Las profesoras del colegio son bacanes, son simpáticas, tiran tallas, enseñan, pero enseñan chistoso, se enojan y les da risa. A mí me gusta educación física, pero quisiera que fuera con más movimiento; es que siempre hacemos lo mismo: correr como quince minutos o jugar básquetbol, y nada más. No hacemos abdominales, nada. Igual el

profesor es viejito ya. Me encanta dibujar, también. Siempre dibujo, hasta a mi mamá la dibujo, me queda fea pero no importa. Matemáticas... más o menos; lenguaje, no sé. Me empieza a recordar todo lo que vi antes en la escuela de lenguaje, me enseñan como lo mismo; o sea, cosas más difíciles y no entiendo.

En música me va bien, pero en flauta no, porque no tengo flauta. Igual le pongo empeño en tocarla, pero me cuesta porque soy zurda y es con la derecha. Yo en la guitarra tengo las cuerdas cambiadas, ahí me queda bien, pero me cuesta también.

Me gusta aprender, es como saber algo nuevo, es tratar de entender las cosas que enseñan, pero me cuesta mucho poner atención, aunque quiero. Cuando aprendo me siento bien, porque no tengo que estar a cada rato preguntando “¿qué es esto?” Igual no me gusta pedir ayuda. Cuando tengo dudas empiezo a recordar, me pongo seria y me dicen. “¿Qué le pasa?” -Es que quiero recordar esto y no puedo. No me gusta mucho pedir ayuda, porque cómo me dicen tantas veces y no entiendo. Cuando me explican me quedo así, pienso en otra cosa. Eso es lo que me pasa, me desconecto muy rápido y se me olvida lo que me dicen.

Tampoco le pido ayuda a mi mamá. Ella estudió hasta sexto básico, entonces no puede, porque no tiene los estudios; es que antes no pasaban lo mismo que ahora. Con mi mamá, yo le ayudo a ella. Le digo que se meta a la escuela, que podría ser “mamá mechona” y me responde “no sé”, me dice: “Si ustedes quieren ser alguien en la vida y trabajar en una oficina, si su sueño es hacer eso, tienen que estudiar”.

Este año, a principio del semestre, estaba repitiendo. Tenía como un 4,7 y ahora tengo como un 5,5, también tengo sietes. Ahí llego a la casa: “Mamá, me saqué un siete” y mi mamá me felicita. Es que eso me pasa: el primer semestre no me importa, es como que estuviera en verano todavía, como que ando metida en el desorden más que en concentrarme. Cuando parte el segundo semestre me arrepiento y entonces empiezo a subir mis notas y a meterme en reforzamiento. Ahora en séptimo quiero ponerle más empeño desde el primer semestre.

Pensé que era buena idea subir mis notas y dije que sí

Un día nos llamaron a casi todos abajo, al patio. Yo estaba en quinto. No, fue en cuarto, pero a fines de año. Ahí nos preguntaron si nos gustaría participar en Súmate, que iban a hacer cosas, que íbamos a ir a paseos fuera de Santiago, que nos iban a ayudar en las notas.

A mí me gustó y dije sí. Pensé que era buena idea subir mis notas y salir del colegio, y en quinto empecé a participar. Ya voy a cumplir dos años en Súmate, pero este próximo año no voy a estar. Ya no se abre más aquí en la escuela, se acaba. Con los profes del taller nos vemos siempre los miércoles en la mañana. Nos juntamos un rato: es como una hora de clases hasta que toquen para recreo. He tenido lenguaje, historia, naturales e inglés. Hay hartos ramos, pero no tenemos arte y cosas así más básicas.

Con los tíos vamos haciendo los cursos según vayamos necesitando, repasamos los cursos en que nos va mal. Por ejemplo, antes me hicieron historia, pero ahora ya no, ahora me hacen lenguaje y matemáticas. En el taller somos hartos: el Jean Pierre, el José, el Kevin, el Jeremy, la Jenny, el Nicolás, el otro Nicolás, la Francisca, yo. Somos como doce más o menos. Cuando nos sacan de clases para los talleres, nos ponen un power point y nos enseñan; nos enseñan lenguaje, por ejemplo. Nos dicen que nos tenemos que meter las cosas bien en la cabeza y nos hacen leer un rato. Después leemos de nuevo para que nos acordemos, nos dicen que tenemos que poner atención y que vamos a ver las cosas hasta que las aprendamos.

Ahí estábamos con una tía, no me acuerdo cómo se llama, y con el tío Pablo. De repente venía otra profesora, una señora de inglés, y había profesores de historia, de lenguaje y de matemáticas. El tío Pablo siempre ha sido de lenguaje.

A mí me enseñaron lenguaje y matemáticas porque me iba más o menos mal. El año pasado en matemáticas tenía un dos y ahora tengo un cuatro, un 4,9. En lenguaje tenía un cuatro y ahora lo subí a cinco.

Es bacán eso, me siento bien, porque así no tengo ramos que repetir después y no me siento apurada, porque cuando tengo mala nota me siento mal, no sé, tengo que andar apurada para hacer un trabajo. Ahora, cuando me hacen leer un libro no me cuesta mucho: el otro día me saqué un 6,1 y eso que no leí el libro, vi la película; es decir, no vi ni tanto la película porque me quedé dormida, pero me acordaba de los nombres y pude contestar los verdadero y falso. Me colocaron casi todas buenas, me equivoqué sólo en la última que preguntaba cómo acabó la historia. Eso no lo había visto.

Soy una mujer que se esfuerza

En los talleres no me aburro y aprendo más, pero igual me da sueño. Abro los ojos, pero a veces me he quedado dormida. Eso me pasaba en matemáticas, porque la tía de matemáticas es tan lenta para escribir... pero igual le he entendido las divisiones. Eso a mí me costaba, pero aprendí. Estaba feliz, pero luego se me olvidaron; después aprendí de nuevo, estaba feliz y se me olvidaba de nuevo. Lo que pasa es que no entiendo las cosas, son como muy raras. La tía a veces explica como diez veces y yo no entiendo, y para que no se enoje le digo: “No tengo quién me ayude”. Al tío Pablo, por ejemplo, a veces no le entendía, le decía y él me volvía a explicar. Ellos me explican una y mil veces, y yo después de diez entiendo.

Dividir me costó mucho, me demoré como un año en entender. Ahora estoy viendo algo del volumen, eso me lo aprendí altiro; también esto de los precios, el descuento. Yo le he hinchado harto a la tía para que haga una prueba de eso, este lunes la va a hacer. Me llevo bien con los profesores y me esfuerzo. Soy una mujer que se esfuerza, si tengo una mala nota la subo igual. Yo creo que ahora le he puesto más empeño de lo que le ponía antiguamente.

Me han enseñado muchas cosas que antes no sabía

Para mí ha sido bueno estar en Súmate. He cambiado, cambié mucho, porque con ellos aprendí a respetar más a los profesores. Eso es importante para que la gente no diga después “¡qué desubicada esa niña!”, para que no me tengan mala. Además, me han enseñado muchas cosas que antes no sabía: me han enseñado que siempre hay que compartir con los compañeros y no pelear, que nunca hay que faltarse el respeto entre nosotros o a los profesores.

En los talleres de orientación que hacían para nosotros conversábamos de esas cosas. Yo lo anotaba todo, conversábamos afuera en el patio o en la biblioteca. Hablábamos de que no había que pelear, porque para qué si somos todos iguales. Es decir, no somos todos iguales, unos son más feos, pero somos todos seres humanos; entonces, no porque seamos de otra forma hay que pelear.

Estos dos años han sido buenos para mí, porque en las clases yo me aburro, pero en los talleres no. Ahora me puedo concentrar un poco más y más rápido -el año pasado me paraba todo el rato en clases-, pero igual me falta todavía. Los profesores me han ayudado harto, me gusta como son: cuando no les gusta algo lo dicen, son sinceros, no le hacen escenas a uno, son simpáticos, son buena onda; llevamos hartos años conociéndonos y participando entre todos, uno se encariña. Con mis compañeros del taller antes no me juntaba. Me caían mal porque eran muy pesados, tiraban tallas malas, entonces yo era antipática con ellos. Pero ahora los he aprendido a conocer bien. Los talleres son espacios sociables, ahí he conocido hartos amigos, estamos todos juntos, todos igualados.

Un paseo a la piscina

Con los profes de Súmate una vez fuimos a Valparaíso a ver el Congreso. Otra vez fuimos a Fantasilandia y después a un museo en Quinta Normal. Ahí vamos sólo los del taller; van los que se portan bien, los que han mejorado, los que se merecen ir a los paseos. Mañana hay uno a las tres y media, vamos a ir al cine. Siempre vamos al cine, es bacán.

También hacemos paseos con chicos de otras escuelas. Yo anduve con un niño que era del taller de otro colegio, nos conocimos en el paseo a la piscina del año pasado. Fuimos a una piscina que quedaba en una parcela grande, era una casa gigante, enorme. Ahí lo conocí, él estaba con hartas niñas, con hartas amigas. Lo vi y me hizo un guiño, yo me puse roja y seguí nadando, mejor. Después se me acercó y me dijo “hola”. Yo antes era súper tímida. Si me miraba alguien me ponía roja, pero al final estuvimos todo el día juntos, después no lo vi más. Creo que nos vamos a ver el fin de semana que vamos a ir a Fantasilandia este año, pero me da lo mismo, porque yo estoy pololeando ahora.

Estoy pololeando con un chico de octavo. Se va este año del colegio, vamos a cumplir un mes juntos, estamos súper bien. Mi mamá ya sabe, me costó mucho decirle.

Quiero ser cantante

Yo quiero ser una profesional. No sé qué quiero hacer, lo único que sé es que quiero ser cantante. Es mi sueño, pero no sé cómo lograr eso, no tengo idea.

Antes me daba mucha vergüenza cantar; o sea, lo que me daba vergüenza es que había gente que no conocía y cuando no conozco a la gente me pongo tímida, como súper callada. Pero ya no me pasa eso, ya no me da vergüenza hablar en público. Le perdí el miedo cuando empecé a cantar como a los cuatro años, siempre tuve esa veta.

Como supieron de mi talento aquí en el colegio, me dieron la posibilidad de participar en un concurso de la mejor voz. No gané, pero igual no me achaqué. Ya le perdí hartos el miedo: ¡si salí a cantar delante como de cien personas! Ahora me hacen cantar siempre aquí en el colegio cuando hay eventos, me dicen: “Usted canta, súbase al escenario”. Me sé hartas canciones, me aprendo canciones en inglés.

Igual me gustaría visitar otros lados, ir a ver a mi cantante favorita: se llama Nicki Minaj, es como rapera, es pop. Yo quiero terminar el cuarto medio y mi mamá me pregunta: “¿Qué quieres hacer luego?” -Quiero estudiar en un instituto. -Está bien, pues. Yo he pensado en estudiar administración. Es bueno, me dicen que es bueno. También me gustaría ser diseñadora de modas. Siempre que veo una tela chica, siempre les hago algo a las muñecas de mis sobrinas. Lo único que me falta es una máquina de coser, ahí sería bacán. Mi mamá dice que haciendo esas cosas llega cualquier plata. Pero lo que de verdad me gustaría hacer es ser cantante. Le cuento a mi mamá, pero ella me dice que tengo que estudiar para hacer eso. Ahí me quedo callada, pero me dice que sí igual, que me apoya en todo. Le gusta la idea, pero cree que si soy cantante no sería una profesional. Yo le respondo que es mi sueño, y en mi vida quiero decidir lo que yo quiera.



sú
ma
+e
Fundación **thc**